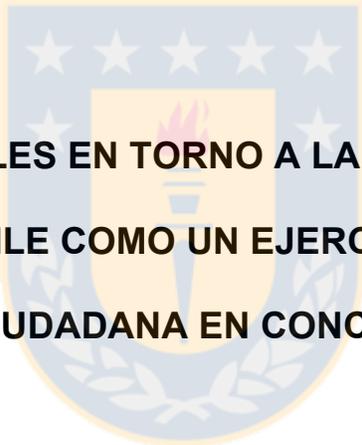




Universidad de Concepción
Dirección de Postgrado
Facultad de Humanidades y Arte
Programa de Magíster en Arte y Patrimonio



**RELATOS VISUALES EN TORNO A LA MEMORIA DEL BARRIO
AURORA DE CHILE COMO UN EJERCICIO DE RESISTENCIA
CIUDADANA EN CONCEPCIÓN**

Tesis para optar al grado de Magíster en Arte y Patrimonio

CRISTIAN MARCELO SALDÍA RAMÍREZ
CONCEPCIÓN-CHILE
2018

Profesor Guía: Natascha De Cortillas Diego
Profesor Co-Guía: Leonel Pérez Bustamante
Dpto. de Artes Plásticas, Facultad de Humanidades y Arte
Universidad de Concepción

PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS

Me titulé de arquitecto el año 2007, luego cursé estudios de cine y comencé a desarrollar mi primer largometraje documental “El ruido de los trenes”, que tuvo su estreno el 2015. Aquella obra da cuenta del vínculo que hay entre los habitantes de San Rosendo y el paisaje que les rodea, la naturaleza, pero también las ruinas de la industria ferroviaria que funcionó en ese lugar. Allí se hacen patentes algunas de mis inquietudes sobre el cine como medio de exploración de la realidad: se evidencia la transformación de un territorio, un espacio geográfico, urbano y social, a través de las huellas del pasado, que remiten a historias y relatos, que coexisten con el presente y se enfrentan al olvido. La imagen surge entonces como una posibilidad de resistencia a la destrucción que provoca el paso del tiempo.

Ese mismo interés por lo visual me llevó a crear en el año 2017 el Festival Internacional de Cine de No Ficción Frontera-Sur, que se realiza en noviembre en Concepción. Se trata de un espacio de exhibición, debate y reflexión en torno al cine y la realidad, un lugar para interrogar el uso de las imágenes y los sonidos desde una perspectiva estética, discursiva y política.

Siguiendo el camino trazado anteriormente, y ante la búsqueda de nuevos focos para desarrollar proyectos documentales, llegué al barrio Aurora de Chile. Al acompañar a los vecinos en las actividades que han organizado y conocer sus historias, he constatado que existen una serie de experiencias compartidas que evidencian una vida en común, que hoy se encuentra amenazada por el desarrollo de la ciudad. En ese contexto, mi motivación para estudiar este lugar tiene relación con la posibilidad de reconstruir y analizar la memoria del barrio desde la visualidad, contribuyendo de esta manera a su valoración, rescate y conservación.

No puedo dejar de agradecer a todos quienes colaboraron en esta investigación: a los vecinos del barrio Aurora de Chile por su amabilidad y buena disposición; a mis profesores guías por su ayuda y consejos; y a mi familia por el apoyo incondicional.

Cristian Saldía

Concepción, Agosto de 2018

TABLA DE CONTENIDOS

PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS	ii
ÍNDICE DE TABLAS E ILUSTRACIONES	iv
RESUMEN.....	vi
ABSTRACT.....	vii
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1: PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA.....	8
1.1. ANTECEDENTES	8
1.2. CONTEXTO.....	14
1.3. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	34
CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO	45
2.1. LA CIUDAD Y SUS TRANSFORMACIONES.....	45
2.2. EL BARRIO: ESPACIOS, PRÁCTICAS Y CULTURA BARRIAL.....	77
2.3. MEMORIA, RESISTENCIA Y VISUALIDAD.....	96
CAPÍTULO 3: MARCO METODOLÓGICO	127
3.1. OBJETIVOS	127
3.2. METODOLOGÍA	128
3.3. RECOLECCIÓN Y ANÁLISIS DE DATOS	129
CAPÍTULO 4: DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS	136
4.1. LA LUCHA DEL BARRIO AURORA DE CHILE	136
4.1.1. Renovación urbana y lucha ciudadana.	137
4.2. EL RÍO COMO ESPACIO DE ENCUENTRO.	143
4.2.1. El río, espacio de trabajo.....	144
4.2.2. El río, espacio de tránsito.....	150
4.2.3. El río, espacio de recreación.....	154
4.3. EL TERRITORIO COMO REFLEJO DE LA COMUNIDAD	166
4.3.1. El territorio, reflejo del esfuerzo.....	167
4.3.2. El territorio, reflejo del arraigo.	179
4.3.3. El territorio, reflejo del sacrificio.	184
4.4. EL BARRIO AURORA DE CHILE COMO EL LUGAR DE LO COMÚN.	190
4.4.1. La cancha y sede del Club Deportivo Huracán, lugares de reunión.	190
4.4.2. Las calles del barrio, lugares de juegos e interacción.....	202
4.4.3. La escuela Santa Catalina de Siena, lugar de educación y apoyo.	209
4.4.4. Las industrias cercanas, lugares de referencia.....	214
4.4.5. Los patios de las casas, lugares de economía a pequeña escala.	223
4.5. ANÁLISIS.....	235
CONCLUSIONES.....	255
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	263

ÍNDICE DE TABLAS E ILUSTRACIONES

Tabla 1	Nómina de entrevistados	133
Figura 1	Avda. Costanera, Plan Ribera Norte, 1999 aprox.. Anónimo	137
Figura 2	Avda. Costanera, Plan Ribera Norte, 1999 aprox.. Anónimo	137
Figura 3	Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío 1906	144
Figura 4	Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío 1906 (área izquierda ampliada)	145
Figura 5	Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío 1906 (área central ampliada)	146
Figura 6	Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío 1906 (área derecha ampliada)	147
Figura 7	Familia Barrera-Reyes. Ruth Barrera y su marido, calle Biobío, Aurora de Chile, 1960.	151
Figura 8	Familia Contreras-Chavarría, picnic Ribera norte río Biobío, 1940	155
Figura 9	Yolanda Acosta y su hijo Danilo, ribera norte río Biobío, 1975 aprox.	156
Figura 10	José, Paté y Cachi, ribera norte río Biobío, 1960	157
Figura 11	Danilo Maldonado, hijo de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, ribera norte río Biobío, 1977	158
Figura 12	Yolanda Acosta, puente viejo, ribera norte río Biobío, 1968.	159
Figura 13	Yolanda Acosta, puente viejo, ribera norte río Biobío, 1973.	159
Figura 14	Hijos de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, puente viejo, ribera norte río Biobío, 1987 aprox.	160
Figura 15	Palafitos, barrio Aurora de Chile, 1940 aprox.	168
Figura 16	Rolando Barrera en Motocicleta, barrio Aurora de Chile, 1963	169
Figura 17	Vecinos del barrio Aurora de Chile, 25 de diciembre de 1951	170
Figura 18	Familia Mella Betancurt, casa del barrio Aurora de Chile, 1961 aprox.	171
Figura 19	Hermanas Mella Betancurt, casa barrio Aurora de Chile, 2005.	172
Figura 20	Juanita Reyes y sus hijos Hugo y Cristián, barrio Aurora de Chile, Julio de 1981.	173
Figura 21	Familia Rivera (familia de colonos), barrio Aurora de Chile, 1930	180
Figura 22	Pricila Hernández, su hermano y sus padres (familia de colonos), barrio Aurora de Chile, 1969	181
Figura 23	Raquel Inamarca y su nieta Andrea Flores (familia de colonos), patio de la casa, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1990	182
Figura 24	Inundación barrio Aurora de Chile, 1950 aprox.	184
Figura 25	Incendio barrio Aurora de Chile, 1959 aprox.	185
Figura 26	Tribuna cancha Club Huracán, pasaje Huracán, barrio Aurora de Chile, 1970 aprox.	191
Figura 27	Club Deportivo Huracán, Serie de Honor Primera Adultos, cancha barrio Aurora de Chile, 1980	192
Figura 28	Serie Primera Infantil, Club Deportivo Huracán, cancha barrio Aurora de Chile, 1977	193
Figura 29	Club Deportivo Huracán, Serie infantiles, cancha barrio Aurora de Chile, 2000	194
Figura 30	Aniversario Club Deportivo Huracán, celebración en la sede, barrio Aurora de Chile, 1963	195
Figura 31	Once aniversario, Serie Tercera Infantil, sede Club Deportivo Huracán, barrio Aurora de Chile, 1977	196

Figura 32 Aida Ramos y familia, paseo Club Huracán, desembocadura río Biobío, 1960	197
Figura 33 Niños jugando, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1957	203
Figura 34 Danilo Maldonado, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1974	204
Figura 35 Niños jugando, calle Errázuriz, barrio Aurora de Chile, 1980	205
Figura 36 Niños disfrazados, cancha Huracán, barrio Aurora de Chile, 1990 aprox.	205
Figura 37 Fernando y Caluga, calle Errázuriz, barrio Aurora de Chile, 1970	206
Figura 38 Familia Aedo Rocha, escuela Santa Catalina de Siena, barrio Aurora de Chile, diciembre de 1972	210
Figura 39 Danilo Maldonado, pastoral juvenil, capilla escuela Santa Catalina de Siena, barrio Aurora de Chile, 1990 aprox.	211
Figura 40 José Acosta, calle Errázuriz, barrio Aurora de Chile, 28 de febrero de 1971	215
Figura 41 Yolanda Acosta junto a la fábrica de Paños Biobío, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1996	216
Figura 42 Danilo y Marcela, hijos de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, junto a la línea férrea, barrio Aurora de Chile, 1972	217
Figura 43 Orlando Lagos, taller Maestro Lagos, barrio Aurora de Chile, 1963 aprox..	224
Figura 44 Magaly Lagos, taller Maestro Lagos, barrio Aurora de Chile, 1964 aprox.	225
Figura 45 Orlando Lagos (Padre), taller desabollador, barrio Aurora de Chile, 1965 aprox.	226
Figura 46 Ana Mella y sus hijos, Orlando Lagos y Magaly Lagos, patio de la casa, barrio Aurora de Chile, 1963 aprox..	227
Figura 47 Niña lavando ropa, patio de una casa, barrio Aurora de Chile, 1950	228
Figura 48 Marcela Maldonado, hija de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, patio de la casa, barrio Aurora de Chile, 1975 aprox..	229
Figura 49 Luis Pérez y un grupo de hombres en una bodega, barrio Aurora de Chile, 1960	230
Figura 50 Ana Mella, Hortensia Mella y Hernán Mella, bodega Las Calladitas, barrio Aurora de Chile, 1970 aprox.	231

RESUMEN

El barrio Aurora de Chile está ubicado en la Ribera Norte del río Biobío, en el centro de la ciudad de Concepción. Sus primeros habitantes llegaron a fines del siglo XIX. Con el paso de los años ellos llevaron a cabo un proceso de construcción territorial que dio como resultado una vida en común en base a relaciones de parentesco y vecindad, a partir de la cual se consolidó un área urbana que antes no existía. Actualmente la renovación de la costanera y la construcción del puente Bicentenario, ambos proyectos enmarcados dentro de una lógica de desarrollo del modelo neoliberal, amenazan con transformar el barrio y destruir aquellos espacios que funcionan como puntos de anclaje de la memoria de sus habitantes.

Esta tesis aborda el barrio Aurora de Chile como objeto de estudio, con el fin de comprender los sentidos y significados que los habitantes le atribuyen a su territorio, proponiendo reconstruir y analizar la memoria y el imaginario barrial, desde la visualidad. En el contexto actual, la memoria visual surge como un gesto de resistencia ante la borradura que impone la ciudad neoliberal. En cuanto a la metodología, se utilizan archivos fotográficos y entrevistas a los pobladores, para articular los relatos visuales que dan cuenta de los elementos del barrio que representan valores colectivos.

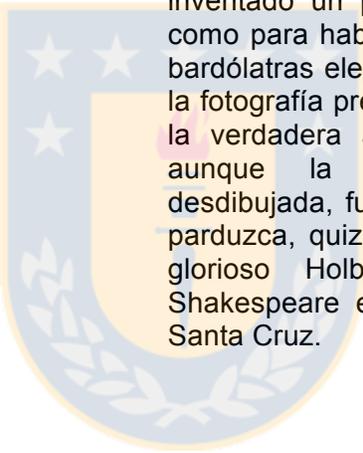
Mediante esta investigación se pretende estudiar los aspectos simbólicos del barrio Aurora de Chile, que emergen de la memoria de sus habitantes, contribuyendo de esa manera a su valoración como un patrimonio inmaterial de la ciudad y conservando su legado para la posteridad.

ABSTRACT

Aurora de Chile neighborhood is located on the north bank of the Biobío River in the center of the city of Concepcion. Its first inhabitants arrived at the end of the 19th century. Over the years they carried out a process of territorial construction that resulted in a life in common based on kinship and neighborhood relations, from which an urban area that previously didn't exist was consolidated. Currently the renovation of the north bank of the river and the construction of the Bicentenario Bridge, both projects framed within a logic of development of the neoliberal model, threaten to transform the neighborhood and destroy those spaces that function as anchoring points of the memory of its inhabitants.

This thesis deals with the Aurora de Chile neighborhood as an object of study, in order to understand the meanings that the inhabitants attribute to their territory, proposing to reconstruct and analyze the memory and the neighborhood imaginary, from its visual aspects. In the current context, visual memory emerges as a gesture of resistance against the destruction caused by the neoliberal city. Regarding the methodology, photographic archives and interviews with the inhabitants are used to articulate the visual stories and identify the elements of the neighborhood that represent collective values.

Through this research, the aim is to study the symbolic aspects of the Aurora de Chile neighborhood, which emerge from the memory of its inhabitants, contributing to their valuation as an intangible heritage of the city and preserving its legacy for posterity.



Entre dos opciones ficticias, que Holbein el Joven hubiese vivido el tiempo suficiente para haber pintado a Shakespeare o que se hubiera inventado un prototipo de la cámara tan pronto como para haberlo fotografiado, la mayoría de los bardólatras elegiría la fotografía. Y no solo porque la fotografía presuntamente nos mostraría cuál era la verdadera apariencia de Shakespeare, pues aunque la hipotética fotografía estuviera desdibujada, fuera apenas inteligible, una sombra parduzca, quizás seguiríamos prefiriéndola a otro glorioso Holbein. Tener una fotografía de Shakespeare equivaldría a tener un clavo de la Santa Cruz.

Susan Sontag, Sobre la fotografía,
Random House Mondadori, S.A.,
Buenos Aires, 2016, pág. 150.

INTRODUCCIÓN

A fines del siglo XIX se inició en la ciudad de Concepción y sus alrededores un proceso de industrialización que marcó el desarrollo de esta zona durante las décadas siguientes. En esa época se construyó la línea férrea de Chillán a San Rosendo y de Concepción a Talcahuano, lo que dio pie a que se instalara la Estación de Ferrocarriles en la Ribera Norte del río Biobío. Los primeros habitantes del barrio Aurora de Chile llegaron en ese periodo, como parte del proceso de migración campo ciudad, pero la ribera del río empezó a ser habitada de manera considerable a principios del siglo XX, cuando se instalaron allí una serie de industrias. Al incorporar como mano de obra a personas provenientes de sectores rurales, aquellas industrias provocaron indirectamente que la ciudad creciera hacia la periferia, el borde del río.

Los habitantes de la Ribera Norte del Biobío convivieron durante varias décadas con las crecidas del río. Ellos fueron rellenando sus terrenos con los escombros de los terremotos de 1939 y 1960, conformando un territorio y una comunidad en base a relaciones de confianza y experiencias compartidas.

En la década del 70 la dictadura militar de Pinochet generó las condiciones para el desarrollo del modelo económico neoliberal, condicionando de ahí en adelante la planificación urbana de las ciudades chilenas a los intereses del mercado. En ese contexto el Estado trató de intervenir varias

veces la costanera de Concepción, con el fin de desplazar a sus habitantes y atraer a inversionistas privados, sin ningún resultado. A fines de la década del 90 se llevó a cabo el Plan Ribera Norte, con el cual se logró renovar finalmente una parte de la costanera. A pesar de eso el barrio Aurora de Chile siguió en pie.

Con el terremoto del año 2010 vino un nuevo intento de intervención. El Estado decidió construir el Puente Bicentenario y completar la renovación urbana de la Ribera Norte del río Biobío, lo que provocaría el desalojo definitivo de sus habitantes. El puente se comenzó a construir, pero los vecinos organizados lograron detener la obra y obligaron al gobierno a cambiar de estrategia. De esa manera consiguieron que no se les expulsara sino que fueran reubicados en el mismo sector. Actualmente la renovación de la costanera y la construcción del nuevo puente, ambos proyectos vinculados a una lógica de desarrollo del modelo neoliberal, amenazan con transformar el barrio y destruir aquellos espacios que funcionan como puntos de anclaje y referencia de la memoria de sus habitantes.

La presente investigación es una aproximación al barrio Aurora de Chile, a partir de la cual se busca comprender los sentidos y significados que los habitantes le otorgan a su territorio, proponiendo reconstruir y analizar la memoria y el imaginario barrial, desde la visualidad. En el contexto actual, la memoria visual del barrio surge como un ejercicio de resistencia ante la

borradura que impone la ciudad neoliberal. Para llevar adelante esta investigación se empleó una metodología cualitativa y exploratoria. Entre las estrategias de recolección de datos utilizadas se encuentran el archivo fotográfico y entrevistas a los habitantes, a través de las cuales se indagó en la memoria colectiva de la comunidad. Los datos se clasificaron y analizaron estableciendo relaciones entre ellos en función de los objetivos planteados.

Para concretar tal aproximación, este estudio se estructura en base a cuatro capítulos: en el primero de ellos se presentan los antecedentes, tanto las investigaciones previas vinculadas al barrio, donde se evidencia la falta de estudios sobre la visualidad, como también el contexto histórico que ha sido abordado en otros trabajos, se formula además el problema de investigación y se describen las razones que lo justifican.

En el segundo capítulo se definen las perspectivas teóricas que fundamentarán el posterior análisis, éste se divide entre tres subcapítulos que aglutinan una serie de conceptos: en el primer subcapítulo “La ciudad y sus transformaciones” se estudian los cambios que han sufrido las ciudades latinoamericanas durante el siglo XX y el impacto de la economía neoliberal, de carácter global, en la planificación urbana de las últimas décadas. Destaca aquí el concepto de “destrucción creativa” que se refiere a aquellos procesos que tienden a dismantelar el espacio económico, político y social, con el fin de instalar nuevas lógicas mercantiles para la acumulación del capital. Y también el

concepto de “urbicidio” que define como la privatización de la ciudad tiene como consecuencia la desaparición de ciertas formas de habitar, lo que conlleva la pérdida de la memoria y la historia de sus habitantes, es decir la “producción del olvido”.

En el segundo subcapítulo “El barrio: espacios, prácticas y cultura barrial” se define el concepto de “barrio” desde una dimensión simbólica, es decir, a través de los significados que los habitantes le atribuyen a los espacios y a las actividades que allí desarrollan. Cuando esos espacios y prácticas se tornan representativos, debido a que encarnan valores colectivos, hacen que ese territorio sea reconocible, dotándolo de una “identidad”. Aquel conjunto de valores conforma además el “imaginario barrial”, un sistema que trasciende al grupo social y que permanece en el tiempo. Otro concepto que destaca es el de “comunidad”, que se refiere a un grupo social organizado a partir de vínculos familiares y relaciones de confianza, que comparte una historia común y tiene un estrecho lazo con su territorio.

En el tercer subcapítulo “Memoria, resistencia y visualidad” se estudia la “memoria” como construcción social y campo de disputa de los significados del pasado, enfatizando su condición política como ejercicio de resistencia al relato oficial impuesto por el poder. Se profundiza además en el concepto de “memoria colectiva”, como posibilidad de que un grupo humano mantenga vivos ciertos hechos significativos en los que participaron o de los que están

experimentando sus consecuencias. En cuanto a la visualidad, se plantea el concepto de “imagen” como representación y elemento portador de memoria, discurso y signos del pasado. La imagen como una huella que se resiste a desaparecer y que nos enfrenta una doble distancia, una presencia y una ausencia, es un fragmento visible de la realidad en la cual se produjo y a su vez la evidencia de todo aquello que quedó afuera de sus márgenes y se destruyó con el paso del tiempo. Se destaca también la idea de “imagen como hecho de memoria”, donde se plantea que esta no es solo la traza de un tiempo concreto sino de varios que la atraviesan, por lo que pensar la memoria desde la imagen implica apartarse de la linealidad histórica y plantear nuevos modelos de temporalidad, donde se evidencian marcas históricas, sociales y culturales que permanecen en las imágenes, es decir sus “supervivencias”. Por último, se estudia el rol de la imagen en el escenario actual, donde la economía neoliberal la convierte en objeto de consumo. De esa manera los pueblos quedan expuestos a desaparecer, ensombrecidos bajo la censura o convertidos en estereotipos por la luz enceguedora del espectáculo. En ese sentido destaca el concepto de “imagen dialéctica”, que desarrolla la idea de volver a mirar la imagen para encontrar una lectura correcta, apartándola de lo evidente y entendiéndola como un síntoma del pasado capaz de interpelar el presente. En esa lectura es necesario regresar a los gestos humanos, a lo que resiste y permanece, para dar cuenta así del lugar de lo común y devolverle al pueblo su figura.

En el tercer capítulo se describe el marco metodológico, que incluye los objetivos de la investigación, el tipo de metodología, que en este caso es cualitativa y exploratoria, las técnicas de recolección de datos, en este estudio se utilizó el archivo fotográfico y las entrevistas a los habitantes del barrio, y por último los criterios de selección, clasificación y análisis de los datos recogidos.

En el cuarto capítulo se presentan, describen y analizan los datos obtenidos. A partir de las imágenes y las entrevistas se articularon una serie de relatos visuales que permiten identificar aquellos elementos que los habitantes valoran y lo que representan para la comunidad. Estos relatos se agrupan en cuatro categorías. Cada una de ellas se presenta como una oportunidad para indagar en la memoria del barrio, allí las imágenes y los hechos del pasado no necesariamente conforman una historia lineal, sino que definen nuevas relaciones temporales, desmontando el orden continuo de la historia y asumiendo las lagunas y baches que hay entre cada imagen y memoria. De esta manera se pretenden dar cuenta de la complejidad de la imagen y la memoria, y a su vez comprender como ellas interpelan nuestro presente.

La investigación se cierra con las conclusiones, donde se señalan los resultados alcanzados durante el proceso.

Porque la imagen es otra cosa que un simple corte practicado en el mundo de los aspectos visibles. Es una huella, un rastro, una traza visual del tiempo que quiso tocar, pero también de otros tiempos suplementarios –fatalmente anacrónicos, heterogéneos entre ellos– que no puede, como arte de la memoria, no puede aglutinar. Es ceniza mezclada de varios braseros, más o menos caliente.

En esto, pues, la imagen arde. Arde con lo real al que, en un momento dado, se ha acercado (como se dice, en los juegos de adivinanzas, “caliente” cuando “uno se acerca al objeto escondido”). Arde por el deseo que la anima, por la intencionalidad que la estructura, por la enunciación, incluso la urgencia que manifiesta (como se dice “ardo de amor por vos” o “me consume la impaciencia”). Arde por la destrucción, por el incendio que casi la pulveriza, del que ha escapado y cuyo archivo y posible imaginación es, por consiguiente, capaz de ofrecer hoy. Arde por el resplandor, es decir por la posibilidad visual abierta por su misma consumación: verdad valiosa pero pasajera, puesto que está destinada a apagarse (como una vela que nos ilumina pero que al arder se destruye a sí misma). Arde por su intempestivo movimiento, incapaz como es de detenerse en el camino (como se dice “quemar etapas”), capaz como es de bifurcar siempre, de irse bruscamente a otra parte (como se dice “quemar la cortesía”; despedirse a la francesa). Arde por su audacia, cuando hace que todo retroceso, que toda retirada sean imposibles (como se dice “quemar las naves”). Arde por el dolor del que proviene y que procura a todo aquel que se toma tiempo para que le importe. Finalmente, la imagen arde por la memoria, es decir que todavía arde, cuando ya no es más que ceniza: una forma de decir su esencial vocación por la supervivencia, a pesar de todo.

Pero, para saberlo, para sentirlo, hay que atreverse, hay que acercar el rostro a la ceniza. Y soplar suavemente para que la brasa, debajo, vuelva a emitir su calor, su resplandor, su peligro. Como si, de la imagen gris, se elevara una voz: “¿No ves que ardo?”.

Georges Didi-Huberman, Cuando las imágenes tocan lo real.
Ediciones Arte y Estética, Círculo de Bellas Artes,
Madrid, 2013, pág. 35 y 36.

CAPÍTULO 1: PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA

1.1. ANTECEDENTES

Existen una serie de antecedentes previos que plantean distintas aproximaciones a la ciudad de Concepción y al barrio Aurora de Chile, desde una perspectiva histórica, urbana y social.

1. En relación a la historia de la ciudad, en un ámbito general, se encuentran los textos de Fernando Campos Harriet (1980) y Arnoldo Pacheco (1997), titulados “Historia de Concepción 1550-1970” e “Historia de Concepción siglo XX” respectivamente. Ambos describen los cambios políticos, económicos, sociales y culturales que se produjeron en la ciudad en los periodos indicados.
2. Desde un punto de vista urbano y social existen varios estudios que abordan el impacto que tuvo el Plan Ribera Norte en la costanera de Concepción. Héctor Bascur (2004), en su investigación titulada “Satisfacción residencial y capital social de beneficiarios, evaluación del proyecto de radicación programa de recuperación urbana Ribera Norte del Bío Bío”, analiza los efectos de dicho programa desde las

personas que fueron radicadas en el mismo sector. Para ello utilizó una encuesta de evaluación que permite medir los niveles de satisfacción residencial y capital social. Como resultado se obtuvo que los usuarios presentan un nivel alto de satisfacción respecto a la calidad de sus viviendas y el conjunto habitacional, pero muestran niveles de insatisfacción en temas como la pobreza, la delincuencia y el espacio limitado de sus casas.

3. Otra estudio que analiza los resultados que tuvo la renovación de la costanera es el realizado por C. Cociña, M. Klenner, I. Lira, J. I. Sellés y N. Valenzuela (2006), que se titula “Proyecto Ribera Norte”. En él se examina la gestión, participación, diseño y normativas de dicho proyecto y se concluye que de sus tres objetivos iniciales (social, urbano e inmobiliario), el primero, que corresponde a la radicación de los antiguos habitantes en sus nuevas viviendas, fue el que se llevó a cabo en mayor medida al estar en manos del estado. En cambio los otros dos objetivos no se cumplieron del todo, ya que el tercero, que correspondía a las inversiones de privados (proyectos inmobiliarios), con las que se debía financiar el objetivo número dos (inversiones públicas en desarrollo urbano), no dio los resultados esperados. A partir de eso el gobierno modificó la normativa para atraer a los inversionistas, generando una situación de desregulación que favorece al mundo privado y perjudica a los sectores más pobres.

4. Siguiendo la línea anterior, Sergio Baeriswyl y Edison Salinas (2017), en su investigación “El Programa de Recuperación Urbana Ribera Norte; veinte años de aciertos y desaciertos de una política de proyectos urbanos en Chile”, evalúan los resultados del mismo Programa 20 años después. Ellos constatan que de los objetivos iniciales, aquel que estaba vinculado a lo social, es decir a la radicación de los habitantes, se cumplió en el 2004, pero en los años posteriores se generó un problema mayor, ya que los terrenos del barrio que estaban desocupados volvieron a ser utilizados por otras familias que llegaron al sector, provocando un retroceso en la gestión. En el objetivo urbanístico se avanzó en infraestructura vial, áreas verdes y edificación pública, que incluye la construcción del Teatro Regional del Bio Bío, pero persiste el problema de conectividad entre el sector y el resto de la ciudad, debido a la línea férrea. En cambio en el objetivo inmobiliario los avances en inversiones privadas siguen siendo escasos, debido a los problemas de conectividad, los asentamientos precarios que aún se mantienen y la decisión de destinar parte de los terrenos a viviendas sociales.

5. Respecto a la memoria de los habitantes de la Ribera Norte del río Biobío, donde se sitúa el barrio Aurora de Chile, se encuentra el trabajo “Memorias a Orilla del Bio-Bío” realizado por Adrián Lasalle y César Cabrera (2000). Se trata de una reconstrucción de la historia de la

Costanera, que abarca desde sus inicios hasta fines del siglo XX, a través de los relatos orales de sus habitantes, quienes rememoran sus experiencias, logros y sacrificios. De esa manera ellos dan cuenta de la conformación de ese territorio, su desarrollo urbano, social y cultural, así como de los diversos conflictos que han enfrentado a lo largo de los años.

6. Otra investigación vinculada a la memoria histórica del barrio es la realizada por Camila Ferrada (2011) en su tesis de grado titulada “Reconstrucción histórica de la población Aurora de Chile a partir de una geografía familiar: una experiencia autobiográfica de cotidianidad urbana en la ciudad de Concepción”. Allí recompone la historia de este lugar a partir de la memoria de una de las primeras familias que llegaron al sector. Esa familia es la de la propia investigadora. Utilizando el método biográfico como herramienta ella establece un vínculo entre la historia familiar y su contexto, relacionando las experiencias cotidianas con las transformaciones ocurridas en el barrio y la ciudad. De esa forma consigue rearmar la historia del barrio a partir de una estructura lineal, con un claro foco en la espacialidad del territorio, en un momento donde este lugar ha comenzado a sufrir cambios importantes.

7. Respecto al conflicto territorial que enfrenta actualmente el barrio Aurora de Chile existen dos investigaciones: la primera “Bases para un Plan Urbano Integral Población Aurora de Chile” realizada por el Centro de Desarrollo Urbano Sustentable, CEDEUS (2015). Este trabajo es el resultado de un proceso participativo desarrollado por la Junta de Vecinos y un equipo técnico compuesto por distintos profesionales (sociólogos, arquitectos y antropólogos), quienes llevaron a cabo actividades como: encuesta ciudadana, mapeo, ruta patrimonial, etc.. El objetivo fue elaborar un documento en respuesta a la propuesta denominada Plan Integral Aurora de Chile impulsada por la Secretaría Regional Ministerial (SEREMI) del Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU). En él se recogen las apreciaciones de los vecinos acerca de su pasado, presente y futuro. Se refuerza la identidad del barrio, se replantea la relación con el Estado y se propone un nuevo acuerdo, donde los habitantes tengan injerencia en las decisiones que afectan a su entorno.

8. La segunda investigación acerca del conflicto territorial se titula “Renovación urbana y gentrificación post-catástrofe en Concepción: el caso Aurora de Chile”, realizada por Christian Matus, Rodrigo Ganter, Camila Barraza y Constansa Vergara (2016). En ella se estudia el caso del barrio, usando como metodología la revisión de instrumentos de planificación urbana, entrevistas y grupos de conversación con los

habitantes. Se evidencia como la renovación urbana que se lleva a cabo actualmente en la Costanera promueve la gentrificación y utiliza el terremoto del 2010 como justificación y oportunidad para incentivar las inversiones de privados, estableciendo la supuesta necesidad de renovar el sector en favor del desarrollo de la ciudad.

Si bien los estudios antes mencionados dan cuenta de la historia del barrio Aurora de Chile a través de la memoria de algunos de sus habitantes, de las transformaciones que se han llevado a cabo en este lugar y de las consecuencias que estas han tenido, ninguno de ellos considera la visualidad como parte de su análisis. La carencia de estudios sobre la memoria visual del barrio se debe entre otras razones a que la mayoría de las investigaciones sociales utilizan las fuentes escritas y orales como parte de su metodología, pero muy pocas usan los documentos visuales como testimonios y fuentes de información. Los estudios que incorporan fotografías lo hacen por lo general para ilustrar y acompañar enunciados previamente desarrollados en sus textos. En ese sentido esta investigación se plantea como un complemento a los estudios ya realizados, pero a diferencia de ellos utiliza la imagen como estrategia de recolección y análisis de datos, entendiéndola como documento histórico, pero también como soporte visual capaz de conservar la memoria del barrio y su dimensión simbólica, en un contexto donde dicho territorio está siendo sometido a una enorme transformación.

1.2. CONTEXTO

El proceso de industrialización como punto de partida.

A fines del siglo XIX comenzó una incipiente actividad industrial en distintos puntos de la región del Biobío, que marcó el devenir de este territorio y que algunas décadas más tarde lo convirtió en una importante zona industrial. En esa época las principales actividades productivas eran la explotación del carbón. “El establecimiento minero de Lota fue fundado por don Matías Cousiño (...) En 1900 extraía 370.000 toneladas y operaba con 2.000 operarios” (Campos Harriet, 1980, p. 256 y 258). Y también la industria textil, que concentró su producción en Tomé. “La Fábrica de Paños de Bellavista fue fundada por don Pablo H. Délano y don Tomás K. Sanders (...) en 1880 ocupaba 155 personas entre hombres, mujeres y niños” (Campos Harriet, 1980, p. 258). Al cambiar de dueño la fábrica se modernizó y en 1923 se convirtió en sociedad anónima. “Llega a funcionar con 120 empleados y alrededor de 1100 obreros” (Pacheco, 1997, p. 91).

El desarrollo industrial de la región impulsó la llegada del ferrocarril, debido a la urgente necesidad de transportar carga de una forma más rápida y eficiente. El tren provocó importantes transformaciones en la ciudad de Concepción y la región del Biobío. “El 28 de mayo de 1869, el gobierno contrató con el ingeniero don Juan Slater la construcción del ferrocarril de Chillán a San

Rosendo y el ramal a Concepción y Talcahuano: la obra se terminó en 1873” (Campos Harriet, 1980, p. 229). Ese mismo año se instaló la Estación de Ferrocarriles en la Ribera Norte del río Biobío, configurando un gran recinto ferroviario, que incluía una sala máquinas, maestranza, carboneras, oficinas y una amplia red de líneas férreas.

Con los años, la estación se convertiría en el principal terminal de la zona, conectando la ciudad con las otras zonas productivas y conformándose como un importante sector productivo y una gran actividad industrial, comercial y social. (CEDEUS, 2015, p. 6)

Algunos años más tarde se construyó el puente ferroviario que atraviesa el río Biobío, uniendo así los distintos puntos de extracción carbonífera de la región. La extensión de la línea férrea impulsó al proceso de industrialización e hizo que las ciudades crecieran, se desarrollaran y se convirtieran en polos de atracción para quienes vivían en zonas más aisladas. En ese contexto:

(...) se extiende el servicio de alumbrado a gas hacia la Avenida Pedro de Valdivia (...) la Municipalidad se hace cargo del agua potable de la ciudad; se proyecta el tranvía eléctrico; se inician los estudios de la red de alcantarillado, etc.. (Pacheco, 1997, p. 7)

La ciudad de Concepción comenzó así a recibir un sinnúmero de familias que llegaban en busca de nuevas oportunidades y se instalaban en los alrededores del centro urbano. La ciudad sufrió un crecimiento explosivo, provocando graves problemas de abastecimiento, que afectarán principalmente a los sectores más desfavorecidos.

(...) hacia 1910 el servicio de agua potable apenas cubría el 30% de la población de la ciudad. El siglo XX presenciara un largo esfuerzo de los barrios populares por alcanzar los beneficios de este servicio tan indispensable. (Pacheco, 1997, p. 8)

Durante la primera mitad del siglo XX la crisis de abastecimiento se agudizó, ya que el sistema de agua potable no daba abasto a las demandas de la ciudad más importante de la región. Recién en 1961 se definió un proyecto para solucionar el problema.

La ejecución de este proyecto estructural se extendió por algunos años, de tal forma que durante el año 1969 se ponía en marcha el nuevo sistema que solucionaba en forma integral el abastecimiento de agua para el Gran Concepción. (Pacheco, 1997, p. 8 y 9)

Otro enorme problema de infraestructura de la ciudad ante su repentino crecimiento fue la red de alcantarillado, situación compleja, ya que la falta de este servicio en muchos sectores de la ciudad generó condiciones higiénicas deficientes.

(...) las materias fecales se depositaban en pozos situados en los patios, como asimismo las aguas sucias proveniente de lavados, cocina y otros, de tal forma que sus habitantes estaban expuestos directa o indirectamente a contagios. (Pacheco, 1997, p. 9)

En 1904 el gobierno dictó un decreto para la construcción de una red de alcantarillado para la ciudad, pero su construcción se inició recién en 1909. Si bien los problemas de abastecimiento e higiene se resolvieron para una parte de la población, principalmente los que habitaba el área céntrica, quienes vivían

en sectores periféricos tuvieron que seguir esperando y conviviendo con esas y otras dificultades.

El origen del barrio.

A comienzo del siglo XX se instalaron las primeras industrias en la Ribera Norte del río Biobío, entre ellas la Fábrica de Paños Bío Bío fundada en 1919, el Molino Williamson Balfour, fundado en 1890 y adquirido en 1913 por la Molinera Santa Rosa, y la Central Termoeléctrica que entró en funcionamiento en 1926. En forma paralela se produjo un importante proceso migratorio, donde personas que venían de zonas rurales se trasladaron hasta distintas ciudades, entre ellas Concepción, con el objetivo de encontrar trabajo en las nuevas industrias. Al llegar esas personas se instalaron en la periferia de la ciudad.

Desde sus inicios el sector Costanera surge como un territorio industrial, y aunque en el Plano Regulador algunos de estos terrenos estaban dedicados exclusivamente a la construcción de barracas e industrias, de a poco comenzaron a habitarlos las personas ligadas a estas actividades y trabajos. (Ferrada, 2011, p. 83)

Es así como esta área comenzó a ser ocupada por algunas familias, cuyos miembros trabajaban en las industrias del sector (Ferrocarriles, Fábrica de Paños Biobío, Molino, Central Termoeléctrica, etc.) o de forma independiente (transportistas en botes o carretones). En aquella época ellos compraron esos terrenos.

En la escritura de 1892 dice que se produce una subasta por loteos entre San Martín y Chacabuco, pasando la línea férrea. Esto es en los principios de la Aurora, porque había llegado gente y estaban viviendo ahí y no habían pagado, entonces el intendente de esa época decidió vender, a 12,85 pesos creo que valía el lote y la gente compró y la descripción de los deslindes de las propiedades por loteo, la parte de atrás dice: orilla Biobío. (P. Hernández, comunicación personal, 15 de diciembre de 2017)

Esa escritura que pertenece a la familia Contreras es la más antigua que los vecinos han logrado recopilar, ella demuestra que varios de los primeros asentamientos del barrio ocurrieron dentro de un marco legal.

Eso es la primera cuadra después de la línea: Manuel Montt, Bilbao, Ramírez y Errázuriz. Incluso esto fue antes de la fábrica, porque lo primero que se vendió fue esto, la familia Contreras vive aquí, al medio y ellos compraron. (P. Hernández, comunicación personal, 15 de diciembre de 2017)

Pero ese no es el único documento que existe, hay además otros antecedentes:

En 1906 tenemos una escritura que es de la familia Urrutia, ellos viven en Errázuriz, al ladito de la fábrica Albano (...) Ellos y los Ferrada Gavilán tienen el mismo tipo de escritura, las dos dicen que colindan con el río Biobío. Aparte de eso tenemos la familia Sotero Ambiado de 1912, que también dice que colinda con el río Biobío, la escritura. Hasta antes de la cancha llegan los particulares que alcanzaron a comprar. (P. Hernández, comunicación personal, 15 de diciembre de 2017)

Por otro lado, los empleados de ferrocarriles también se instalaron en el sector, a través de una cooperativa compraron terrenos y construyeron allí sus casas.

La gente de ferrocarriles creó su agrupación, la que llamaron Sociedad de Habitaciones y esos fueron los primeros que empezaron a poblar aquí. Eran los dueños de Lastarria, la mayoría eran maquinistas, eran todos. (poblador/a Aurora de Chile, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 11).

En forma paralela a la compra de los terrenos antes mencionados, comenzó un proceso de apropiación del borde del río Biobío, a través de asentamientos precarios e irregulares, por parte de familias que construyeron sus viviendas prácticamente sobre el agua, mientras se integraban a las actividades productivas del sector.

Todas las casas eran palafitos. Estaban suspendidas en el aire y todas tenían su sótano abajo. Cuando agrandaban las piezas, porque vivían estrechos los que vivían a la orilla del río, se metían hacia adentro, hacia el agua, para tener la casa más amplia. Los palafitos los inventaron no más, por la necesidad. (poblador/a Aurora de Chile, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 18)

De esa manera los habitantes intentaban sortear las constantes inundaciones que sufría el sector, ya que cuando el río se desbordaba, inundaba las casas, obligando a las personas a abandonarlas por unos días hasta que el río volvía a su cauce normal.

Llegamos en pleno invierno y andaba la gente sacando en bote las cosas de sus casas (...) Nosotros llegamos en el 36 y el 37 fue la inundación. (...) El río nos llegó hasta la ventana. (poblador/a Aurora de Chile, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 18).

Es así como la lucha contra las dificultades impuestas por la naturaleza marcó las experiencias de los primeros habitantes del barrio.

La construcción del territorio.

El terremoto de 1939 generó una gran destrucción en la ciudad de Concepción y sus alrededores, cientos de casas y edificios quedaron inhabilitados. Muchos de los escombros que produjo esa catástrofe fueron trasladados hasta la Costanera y depositados en el borde del río Biobío. Los habitantes del barrio utilizaron esos escombros para rellenar sus terrenos, con el fin de alcanzar una cota mayor para dejar atrás las inundaciones. De esa manera llevaron a cabo un proceso de auto urbanización, a través del cual construyeron su territorio.

Con el terremoto se hizo la ribera. Todos los escombros que quedaron los traían, los tiraban ahí y así se relleno todo. Después se lleno de gente, llegó gente de otras partes e hizo casas y siguió haciendo casas (...) En el relleno participamos todos, porque todo esto aquí eran vegas. Mi casa tiene 3 metros de subterráneo. Nosotros hicimos el suelo y 3 metros arriba quedaba la casa, entonces abajo era subterráneo. Así que todo esto hubo que rellenarlo. (poblador/a Aurora de Chile, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 17).

El relleno de los terrenos se extendió en el tiempo y en él participaron adultos y niños. A medida que estos se iban rellenando, llegaban nuevos habitantes al barrio, quienes ocupaban un espacio y se sumaban al trabajo de sus vecinos.

Traían escombros del centro, de las construcciones, en carretones con caballos. Entonces siendo niños de pantalón corto y a patita pelada salíamos a pedir a los carretoneros que venían a botar escombros que por favor que los trajera acá (...) Ahí, con los demás chiquillos de los vecinos, todos, porque todos nos ayudábamos, empezábamos con las

palas a tirar, descargando el camión (...) No había baño, no había alcantarillado, no había agua potable, no había nada. Así fuimos creciendo y así fuimos ganándole al río. Poco a poco. (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 17)

Con los escombros del terremoto, los habitantes construyeron la cancha y la sede del Club Deportivo Huracán, ambos se fundaron ese mismo año.

Los antiguos de acá, ellos tenían carretones y en la medida que transcurrió el terremoto del año 39 fueron rellinando, arreglando la cancha y la parte anexa a la cancha. Mientras los caballos tiraban del material grande y pesados, viejos y jóvenes lo convertían en polvo, con palas, zuchos y picotas. En ollas comunes, las mujeres preparaban el rancho. Otros plantaban árboles. La sede social se construyó con madera rudimentaria, al lado del arco norte de la cancha. (poblador/a Aurora de Chile, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 10).

El Club Deportivo se ganó rápidamente un lugar en el fútbol amateur de la región y se transformó en el centro social del barrio, estimulando la vida comunitaria, a partir de las competencias deportivas en la cancha, las actividades recreativas que se realizaban en la sede y los paseos familiares que se hacían afuera de la población.

Un hecho que marcó un hito en aquella época fue la construcción del Puente Carretero, cuyas obras concluyeron el 22 de abril de 1943, después de casi 9 años de trabajos. Esto permitió conectar Concepción con San Pedro y Santa Juana, así como también con Lota, coronel y Arauco. El puente logró acercar el resto de la ciudad al río Biobío y con ello hizo visible la apropiación de la Ribera Norte, ese lugar que de alguna manera permanecía oculto detrás

de la línea férrea. “La exposición de estos asentamientos informales genera los primeros conflictos entre los habitantes del sector costanera y la ciudad manifestados en estigma, indiferencia y abandono del Estado” (CEDEUS, 2015, p. 7).

Otro hecho relevante de ese periodo fue la fundación de la escuela Santa Catalina de Siena, que se realizó en 1956. Esta junto a la sede del Club Deportivo son los dos lugares de encuentro más importantes del barrio. Allí estudiaron varias generaciones de la Aurora y la escuela se transformó en un lugar de reunión para los vecinos. Este recinto contó con un policlínico abierto a la comunidad y una capilla donde se congregaban los creyentes. Cuatro años después de la fundación de la escuela, en 1960, se produjo un nuevo terremoto de gran magnitud, que golpeó con fuerza a la ciudad de Concepción, “(...) dejando a su paso 125 muertos, 4.000 casas destruidas y 3.000 inhabitables” (Diario El Sur, 1960, citado por Pacheco, 1997). A pesar de los efectos negativos de la catástrofe, el terremoto produjo toneladas de escombros que fueron trasladados hasta la Ribera Norte y utilizados por los vecinos para rellenar los terrenos que faltaban. Así se terminó de construir el territorio, situando las viviendas sobre tierra firme y dejando atrás las inundaciones.

Una vez consolidado el barrio y ante la nula ayuda del Estado, los mismos habitantes realizaron la conexión a los servicios básicos de agua, luz y alcantarillado.

(...) aquí sólo habían pozos negros muy cerca uno de otro. Nosotros pusimos alcantarillado clandestino. El agua y la luz también la pusimos nosotros. Era una manera de tener una mejor vida. Para el alcantarillado compramos tubos grandes. Los colocamos de esquina a esquina y nos conectamos con los colectores de aguas lluvias. Los construimos entre todos, mujeres y hombres. (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 24).

Aquel proceso de construcción territorial, marcado por el esfuerzo y el sacrificio de todos/as, forjó en los habitantes un fuerte sentimiento de arraigo respecto de su territorio. De ahí en adelante el barrio atrajo cada vez a más personas, aumentando su población y llegando a la extensión que tiene actualmente.

La llegada paulatina de nuevas generaciones de pobladores al sector y los procesos de relleno del río, hicieron que su identidad de población fuera conformando y reconociendo distintas categorías de aurorinos, según su participación en los sucesivos ciclos de poblamiento, dando lugar a una primera generación de colonos (los fundadores de la población), y nuevas generaciones de nacidos y criados (segunda, tercera, cuarta generación)” (Matus, Ganter, Barraza y Vergara, 2016, p. 94).

Primeros intentos de renovación de la Costanera.

En 1958 se le encargó al arquitecto chileno Emilio Duhart elaborar el Plan Regulador Comunal de la ciudad de Concepción. Pese a que en el mes de mayo de 1960 sobrevino el terremoto antes mencionado, que causó graves daños en la ciudad, el Plan de Duhart se inició sobre la marcha y se comenzó a aplicar en la reconstrucción de la ciudad. Roberto Goycoolea, arquitecto

radicado en Concepción, colaborador del proyecto, asumió como primer asesor urbanista para aplicar el nuevo Plan Regulador.

Emilio Duhart desarrolló dicho Plan influenciado por las teorías urbanas de W. Gropius (con quien estudió en Estados Unidos) y de Le Corbusier (con quien trabajó en París), ambos maestros de la arquitectura moderna.

(...) las intenciones del proyecto del Plan Regulador eran potenciar las características regionales, en relación a la cuenca del Pacífico –y las conexiones con la Patagonia argentina–, la preponderancia de Concepción como el centro territorial de la nación y, especialmente, incorporar a la ciudad su geografía: cerros, lagunas y el río. (Goycoolea, Lagos, 2004, p. 1 y 2)

En base a la idea de valorar el paisaje natural como un elemento que contribuye a la identidad de Concepción, Duhart y Goycoolea propusieron localizar el equipamiento institucional en el área que ocupaba la Estación de Ferrocarriles junto al río Biobío. “Esta idea tenía como propósito separar el gobierno comunal del gobierno regional e incluir el paisaje fluvial como forma constitutiva del acontecer urbano rescatando el río Biobío para la ciudad” (Muñoz, 1995, p. 27).

Aquel Plan Regulador deja instalada la necesidad de “acercar la ciudad al río”, dando por sentado que los barrios Pedro del Río Zañartu y Aurora de Chile, ambos situados en la costanera no eran parte de la ciudad. A partir de este momento se comienza a posicionar en Concepción la idea de una ciudad moderna, pensada exclusivamente desde la planificación urbana y en sintonía

con el desarrollo tecnológico y el mundo globalizado que se avecina, donde aquellos barrios parecen no tener cabida.

El Plan de Duhart y Goycolea traza así una dirección, retomando la idea del ingeniero Pascual Binimelis que propuso en 1856 un proyecto de canalización del río, pero además incorpora nuevos elementos como una explanada de áreas verdes y la construcción de una avenida costanera. Si bien es cierto que ninguna de esas ideas se concretó por razones de diversa índole, entre ellas la complejidad que presentaba la línea férrea, de ahí en adelante los barrios del sector comenzarán a ser considerados por el Estado como un obstáculo para el desarrollo de la ciudad.

En 1965 el Estado construyó una defensa contra las inundaciones en el borde del río, obra marcará el inicio de las intervenciones externas en la Ribera Norte, las que se irán incrementando cada vez con mayor fuerza.

Con tierra acumulada se formó un cordón de hasta 200 metros de ancho en algunos sectores, el cual hizo resurgir la alternativa de habilitar una vía que permitiera aprovechar el río y descongestionar el tránsito hacia las localidades de Chiguayante y Hualqui. (Minvu, 2000, p. 20)

En la década del 70 se confeccionó un primer plan seccional de la Ribera Norte del río Biobío, que evidencia la intención del Estado de regularizar ese territorio, pero no se logró realizar, ya que los planos se extraviaron durante la dictadura. En la década del 80 Antonio Zelada diseñó un anteproyecto de plan

seccional que proponía intervenir 204 hectáreas de la ribera desde Cerro Chepe hasta Lonco, el cual tampoco pudo llevarse a cabo. (Minvu, 2000)

Esos reiterados intentos por renovar la Ribera Norte del río Biobío dejan en evidencia el deseo del estado y el mundo privado por controlar un área urbana que cobra cada vez más relevancia, debido a su ubicación estratégica dentro de la ciudad.

El plan Ribera Norte.

En la década del 90' volvió a surgir la idea de conectar la ciudad con el río y se comenzó a gestar el “Programa de Recuperación Urbana de la Ribera Norte del Río Biobío”, que consideraba el terreno entre el cerro Chepe y el Puente Viejo.

Durante el periodo de Aylwin se hacen los estudios de prefactibilidad del proyecto y durante el gobierno de Frei Ruiz-Tagle (1994-1999) se implementa, considerando un modelo de gestión a cargo del denominado equipo del Programa Ribera Norte, inscrito en la Dirección de Proyectos Urbanos (DPU) del MINVU, entidad que además contó con convenios de apoyo con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Centro de las Naciones Unidas para los Asentamiento Humanos (HABITAT). (Matus, Ganter, Barraza y Vergara, 2016, p. 95)

Desde un inicio el proyecto se propuso tres objetivos principales:

Se enfocó en mejorar las condiciones de vida de los ocupantes del sector, y para ello se contempló el otorgamiento de viviendas definitivas, pero en el mismo sector del área de intervención, lo que se asume como

radicación (...) la construcción de infraestructura urbana, con la finalidad de integrar el sector a la ciudad. La construcción de una costanera junto al río, una amplia red de calles secundarias, espacios públicos y parques urbanos (...) la recuperación de terrenos para aumentar la oferta de suelo urbano en la ciudad y permitir la inversión de privados. (Salinas y Baeriswyl, 2017, p. 118)

El último objetivo permitiría que el proyecto se autofinanciara al recibir recursos de privados, los que serían reinvertidos en los objetivos sociales (viviendas) y urbanos (espacios públicos). El proyecto se propuso abordar las temáticas sociales y urbanas de manera complementaria, siendo pionero en el uso de procesos participativos que incorporaban a la comunidad. Durante su desarrollo integró las miradas de los distintos actores locales, en una lógica de planificación participativa.

(...) durante los años 1995 y 1996, se organizan debates públicos donde se invitaron a representantes del Colegio de Arquitectos, la Cámara Chilena de la Construcción (CChC) y las juntas de vecinos, aquí se recogían ideas y sugerencias con el objetivo de hacer un proceso donde se informara y se hiciera parte activa del proyecto a los distintos actores de la ciudad. (CEDEUS, 2015, p. 9 y 10).

A pesar de que la solución más sencilla, desde el punto de vista económico y político, era la erradicación de las cerca de 1.400 familias a un sector distinto, la intervención de las juntas de vecinos y organizaciones sociales en las instancias de participación hizo que logran la radicación de las familias en el mismo sector.

En el año 1996 se transfirieron al SERVIU los terrenos de Bienes Nacionales, mientras que la gestión con Ferrocarriles resultó ser más

difícil –tarda alrededor de dos años–, lo cual finalmente se realizó por medio de una expropiación de mutuo acuerdo que transfirió al SERVIU 34 hectáreas de la empresa, que incluyó terrenos y también inmuebles, como por ejemplo la antigua estación de ferrocarriles. (Salinas y Baeriswyl, 2017, p. 118).

En 1998 se expropiaron 8.000 m² de terrenos a privados necesarios para las obras de urbanización y en 1999 comenzó la ejecución de la primera etapa de radicación de las familias que habitaban en el sector.

(...) se construyeron bloques de departamentos y viviendas que prometían mejorar la calidad de vida de los habitantes manteniendo la cercanía y la relación con el centro urbano de Concepción, mejorando las viviendas, espacios públicos, equipamientos, etc.. (CEDEUS, 2015, p10)

El Plan Ribera Norte fue un proyecto innovador en su visión, gestión, financiamiento y procesos de participación. Si bien logró renovar una parte de la Costanera con la construcción del Barrio Cívico y el Parque Bicentenario, conectando de alguna forma el resto de la ciudad con el río. Por otro lado provocó cambios significativos en la vida cotidiana de los habitantes del barrio Aurora de Chile, tanto en los que se fueron a las nuevas viviendas como en los que se quedaron en el barrio, generando un quiebre en las dinámicas sociales de la población. La renovación de la costanera, “(...) determinó el desplazamiento de cerca de 530 familias de Aurora de Chile –de un total cercano a 1500 a esa fecha- que fueron radicadas en la solución del Ribera Norte” (Matus, Ganter, Barraza y Vergara, 2016, p. 97).

Como consecuencia del traslado de ese grupo de habitantes del barrio Aurora de Chile a las nuevas viviendas del proyecto Ribera Norte, quedaron muchas casas abandonadas en el sector, que al poco tiempo volvieron a ser habitadas por personas desconocidas, causando temor entre los vecinos. Este hecho provocó una división interna entre los antiguos y los nuevos habitantes, generando un profundo cambio en el uso de los espacios de socialización del barrio y poniendo en crisis su identidad. La población se fragmentó socialmente y se debilitaron las relaciones de vecindad, solidaridad y confianza que tanto había costado construir.

El puente Chacabuco como eje del conflicto territorial.

Varios años después de que el Plan Ribera Norte entrara en funcionamiento fue posible constatar que de los tres objetivos iniciales (social, urbanístico e inmobiliario), los que se cumplieron con mayor éxito fueron los dos primeros, es decir los que dependían en mayor medida de la acción pública, en cambio el tercer objetivo que dice relación con la participación de privados no tuvo los resultados que se esperaba. A partir de ese diagnóstico el estado modificó la normativa vigente, con el fin de incentivar las inversiones de empresas privadas en el sector e impulsar la construcción de proyectos inmobiliarios.

(...) el año 2006 se reformuló el Plan Seccional para Ribera Norte, donde se liberan las alturas, los coeficientes de constructibilidad y de ocupación de suelo (...) siendo más tractivo para los intereses de las inmobiliarias (...) A esto se suma la creación de zonas especiales para la construcción en altura, alternando usos comerciales y residenciales. (Cociña et al., 2006, p. 14)

De esa manera el estado utiliza la normativa para convertir a la Ribera Norte en: “un producto atractivo para la inversión privada, reduciendo los precios, liberalizando su accionar, para atraer los recursos que permitan desarrollar el proyecto y lograr sus objetivos iniciales” (Cociña et al., 2006, p. 14). En ese sentido cuando los organismos públicos y privados afirman que su objetivo es conectar la ciudad al río, se hace evidente que dicho discurso esconde la intención de privilegiar esa área de la ciudad para proyectos inmobiliarios por sobre las necesidades de los habitantes.

En febrero del año 2010 un nuevo terremoto de gran magnitud golpeó a Concepción. Este trágico hecho fue utilizado por la autoridades para reactivar y completar la renovación de la Ribera Norte del río Biobío y atraer así las inversiones de privados. Es en ese contexto cuando Jacqueline Van Rysselberghe, intendenta en ese entonces, se vio involucrada en el caso de los “falsos terremoteados”, donde se propuso otorgar soluciones habitacionales por catástrofe a familias que no habían sido damnificadas por el terremoto. Este hecho vuelve a señalar al barrio Aurora de Chile como centro del conflicto y deja en evidencia el enorme interés que existe por este sector, debido a lo que significa en términos económicos y políticos. “La intención de dar estas

soluciones habitacionales en sectores de gran potencial inmobiliario como lo es la ribera del Biobío en Concepción, fueron los primeros indicios de especulación inmobiliaria en el sector” (CEDEUS, 2015, p12). La frustrada iniciativa de la intendenta, que buscaba desplazar a los habitantes del barrio levantó sospechas sobre la articulación entre el estado y el mundo privado, sospechas se confirmaron en los meses siguientes. Mientras se llevaba a cabo la reconstrucción de la ciudad, el gobierno posicionó el nuevo Puente Chacabuco como un “proyecto emblemático” de dicho proceso. La idea de reemplazar el antiguo Puente Viejo, que resultó destruido por el terremoto, se transformó en la justificación ideal para comenzar su construcción de inmediato. El argumento de mejorar la conectividad de la inter comuna se propagó por los medios de comunicación, quienes instalaron la idea del Puente Chacabuco como un elemento de vital importancia para el crecimiento de la ciudad.

El puente ayuda a consolidar una puesta en valor de la Costanera que va más allá de la centralidad tradicional, re-escalando el interés inmobiliario a un nivel inter-comunal. En efecto, ya a fines del 2014 se hacen evidentes en la prensa los efectos positivos en términos de valoración de los terrenos, no solo de la Ribera Norte (Concepción), sino de la Ribera Sur (San Pedro). (Matus et al., 2016, p. 99).

El puente Chacabuco se comenzó a construir generando una serie de cuestionamientos que se aclararon al confirmar que pasaría sobre la población Aurora de Chile, debido a lo cual era necesario erradicar a sus habitantes.

La construcción del puente se realizó sin contemplar estudios serios de factibilidad donde realmente se demostrara la necesidad de su

construcción (...) carecía de estudios de impacto ambiental y social, y no consideró nunca el impacto que podía causar en una población que a grandes luces se vería afectada directamente por dicho proyecto. (CEDEUS, 2015, p12).

Una vez iniciada su construcción se hacen cada vez más evidente las intensiones que hay detrás de los interesados, que apuntan a potenciar el desarrollo inmobiliario en el borde del río Biobío.

Construida la primera parte del puente aparece en los cerros de San Pedro y a la altura del puente Chacabuco una gigantografía de la inmobiliaria Pocuro. ¿Cómo se puede llamar a esto si no es especulación inmobiliaria?. (CEDEUS, 2015, p12)

En ese contexto se instalan además los primeros equipamientos en el sector: centros comerciales, hoteles, teatro, etc.

Este nuevo intento de transformación generan como contra partida una reacción política y social en el interior de la población.

En ese contexto un grupo de pobladores crea el Movimiento Cultural Pro Defensa y Cultura Aurora de Chile (MC), que adopta prácticas de organización política orientadas a la “agitación de los pobladores”, la visibilización del conflicto a través del uso de los espacios públicos de la población y de la ciudad, junto con la articulación con actores territoriales que viven conflictos similares ligados a la Red Construyamos, que agrupó a vecinos de Villa Futuro, Centinela y otras poblaciones. (Matus et al., 2016, p. 99).

Es así como desde el 2012 en adelante se organizan diversas actividades en el barrio: actos, marchas, asambleas, reuniones vecinales, etc.. Además se implementa una estrategia comunicacional para dar a conocer la

historia del barrio y fortalecer su identidad, con el fin de generar una mirada distinta sobre el conflicto, denunciando al mismo tiempo el rol que ocupa el estado y sus acciones en favor de las empresas privadas que desean instalarse en el sector. Si bien la construcción del puente ya había comenzado, los vecinos lograron detener la obra y obligaron al Estado a cambiar de estrategia, quien planteó un acercamiento para buscar un solución en conjunto.

El MINVU crea un equipo social adscrito al programa “Quiero Mi Barrio” que desarrolla un primer catastro de viviendas y habitantes de Aurora (enero de 2015) el que constituye la base para lo que se conocerá como el Plan Integral Aurora de Chile (MINVU 2015), que es definido como una herramienta de “regeneración urbana” que propone a los pobladores una serie de beneficios especiales para acceder a vivienda. (Matus et al., 2016, p. 100)

Dicho plan busca por un lado despejar la franja cercana a la calle Esmeralda, con el fin de terminar la construcción del Puente Chacabuco, que pasará precisamente por ese lugar, y por otro lado, liberar terrenos para posibles proyectos inmobiliarios. Para llevar esto a cabo propone ejecutar tres etapas:

La fase I, actualmente en construcción, considera la erradicación directa de 193 familias al proyecto “CNT Angol”, ubicado en el humedal Chepe, costado poniente de la Costanera y que reunirá a pobladores de Aurora con otros pobladores desplazados por el terremoto pertenecientes a Villa Futuro. La fase II, actualmente en elaboración de proyecto, contempla la reubicación en terrenos semi-baldíos ubicados a un costado del Parque Bicentenario, que movilizará a 206 familias históricas. La tercera fase, proyectada para ejecutarse después de la construcción del segundo tramo del puente (2018) contempla a las cerca de 200 familias restantes, incorporando la reurbanización de todo el sector. (Matus et al., 2016, p. 100)

La fase I está concluida y la fase II se encuentra en proceso. Las soluciones habitacionales que se están construyendo corresponden a una tipología estándar de condominios de clase media. Lo que deja en evidencia que la propuesta del MINVU busca dar una solución rápida a la problemática de los habitantes, para poder terminar la construcción del puente Bicentenario. El diseño de las nuevas viviendas y los espacios públicos que las articulan no consideran las dinámicas socio-culturales que se han desarrollado históricamente en la población ni tampoco los valores simbólicos que le otorgan sus habitantes. En consecuencia, el proyecto de radicación va a transformar el barrio, colocándolo en sintonía con la imagen de ciudad moderna que impera en los alrededores. Esto va a modificar sustancialmente el estilo de vida de sus habitantes, al transfigurar sus espacios comunes de socialización, convirtiendo su entorno en un lugar homogéneo y libre de las marcas del pasado. Es probable que este nuevo contexto defina un punto de no retorno, en el cual los espacios del barrio Aurora de Chile ligados a la memoria de sus habitantes comenzarán inevitablemente a desaparecer.

1.3. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Actualmente más de la mitad de la población mundial habita en las ciudades. Allí las personas organizan sus vidas y tienen lugar las relaciones

sociales, es por eso que la ciudad además de ser un espacio urbano que se encuentra en constante cambio también puede ser entendida como un producto social, puesto que la sociedad es quien la produce, tanto desde una perspectiva material como simbólica.

Durante el último siglo las ciudades latinoamericanas han sufrido importantes transformaciones, de ellas, al menos dos, son claramente reconocibles, la primera ocurrió después de la segunda guerra mundial, donde se inicia una nueva lógica de urbanización, a partir de la consolidación de un modelo económico basado en el desarrollo industrial de sustitución de importaciones (Carrión, 2001). Dicho modelo incorpora lugares de producción y mano de obra, imponiendo ciertas lógicas de inclusión, a partir de las cuales surge una nueva clase media que alcanza un estado de bienestar en el corto plazo (Sassen, 2015). Esto provoca que las ciudades crezcan hacia sus periferias, convirtiéndose muchas de ellas en grandes metrópolis.

La segunda transformación tiene lugar en las últimas décadas del siglo XX, cuando se empieza a perfilar otro patrón de urbanización en la región: la introspección o el regreso a la ciudad construida, en el nuevo contexto del proceso de globalización (Carrión, 2001). En esta nueva fase aparecen las grandes corporaciones transnacionales, que se van a expandir por todo el planeta, debilitando el poder de los estados nacionales y reduciendo el bienestar de la población. Desde los años 90' en adelante, la economía global

ya no tendrá como base la producción de manufacturas y el consumo de productos, sino que su lógica operativa será convertir todo en medios financieros, enriqueciendo así a las grandes corporaciones. Esto impondrá poco a poco las llamadas dinámicas de expulsión, generando un fuerte aumento del número de personas, empresas y lugares desplazados de los órdenes sociales y económicos centrales de nuestro tiempo (Sassen, 2015). La digitalización de los procesos productivos hará que la economía ya no requiera de gran mano de obra y por lo tanto sobrarán un tercio de la población, principalmente aquellas personas de menos recursos, quienes serán expulsadas primero de sus trabajos y luego de sus territorios.

A partir de aquella segunda transformación, el desarrollo de las ciudades comenzará a estar condicionado por las lógicas que impone la globalización neoliberal, entre ellas: la acumulación del capital en el territorio, la mediatización de la realidad a través de sofisticadas tecnologías de comunicación y un paradigma cultural de impronta posmoderna estructurado alrededor de la dicotomía global-local, que redefine lo urbano desde una noción de concentración hacia estructuras socio-espaciales dispersas y fragmentadas (Carrión, 2010). Los centros urbanos se transforman así en objetos de deseo del mercado, quien al instalarse en ellos los divide y fragmenta para satisfacer las exigencias del capital transnacional, que determinará los procesos sociales, políticos, económicos y culturales de lo urbano. Es en el interior de la propia ciudad donde se construirá el tejido de relaciones visibles e invisibles del

capitalismo neoliberal, que legitimará la hegemonía de una clase sobre el conjunto de la sociedad (Janoschka, 2014).

Las ciudades organizadas bajo la lógica neoliberal tienden a priorizar la inversiones de capitales privados en desmedro de la vida cotidiana de sus habitantes. En la mayoría de los casos esas inversiones corresponden a proyectos inmobiliarios, que se instalan en los centros urbanos, modificando su configuración. Esto da pie a lo que Ruth Glass (1964) definió como gentrificación. Se trata de un proceso de transformación del espacio urbano, causado por la renovación de ciertos barrios y el aumento del costo habitacional que eso trae consigo, lo que termina muchas veces por desplazar a los pobladores tradicionales de menores ingresos hacia zonas periféricas, siendo estos reemplazados por grupos sociales con mayor capacidad económica. Una de las posibles consecuencias de la gentrificación es lo que Fernando Carrión (2014) llama urbicidio, es decir, la muerte de una ciudad en particular o de algunos componentes esenciales de ella, a partir de acciones que se llevan a cabo de manera premeditada. El urbicidio altera áreas urbanas en forma significativa (calles, plazas, barrios, etc.) y destruye la memoria histórica de sus habitantes, que funciona como mecanismo de cohesión social y de identidad colectiva, es por eso que tiene como resultado la producción del olvido (Carrión, 2014).

La presente investigación tiene como objeto de estudio El barrio Aurora de Chile, que se ubica en la Ribera Norte del río Biobío de Concepción. Actualmente ese lugar enfrenta un proceso de renovación urbana que amenaza con transformar el territorio que sus habitantes han ocupado por más de un siglo, lo que podría desembocar en un proceso de gentrificación y urbidio.

El origen del barrio Aurora de Chile se remonta a fines del siglo XIX, cuando llegaron sus primeros habitantes atraídos por la construcción de la Estación de Ferrocarriles. Desde 1920 en adelante la ribera del río comenzó a ser habitada de manera sistemática, debido a que se instalaron allí una serie de industrias como parte del proceso de industrialización que tuvo lugar en el país. Al incorporar como mano de obra a personas provenientes de sectores rurales, dichas industrias provocaron indirectamente que la ciudad creciera hacia el borde del río, que en ese entonces era la periferia de la ciudad.

Las primeras familias que se instalaron en el barrio tuvieron que convivir durante varias décadas con las inundaciones causadas por las crecidas del río. En aquella época ese lugar era una enorme playa y el agua llegaba a la altura de la línea férrea (Bascur, 2004). Es por eso que en un inicio los habitantes utilizaron un sistema tipo palafitos para levantar sus viviendas. Unos años más tarde fueron ellos mismos quienes rellenaron sus terrenos utilizando los escombros que dejaron los terremotos de 1939 y 1960. Los restos de la ciudad fueron trasladados hasta el borde del río y los vecinos los usaron como relleno

para afirmar sus casas (Cabrera y Lasalle, 2000). A través de este proceso colectivo de construcción territorial, que incluyó la fundación del Club Deportivo Huracán y la Escuela Santa Catalina De Siena como hitos principales, los habitantes consolidaron un espacio urbano que antes no existía y dieron vida a una comunidad en base a relaciones de parentesco y vecindad. Esa historia de esfuerzo y sacrificio formada a partir de experiencias comunes encarna valores como la solidaridad, la confianza y el arraigo. Aquellos valores ligados a los espacios que los habitantes crearon son los que le otorgan identidad al barrio. Entendiendo la identidad como la relación entre el imaginario de una comunidad y el espacio que habita (Gravano, 2003). De ahí se desprende que el territorio posee una dimensión simbólica que va más allá de lo físico y que surge a partir de los significados que los habitantes le asignan, a partir de los cuales el espacio puede ser entendido como una construcción social (Tella y Silva, 2010).

En la década del 70 la dictadura militar de Pinochet, que derrocó al gobierno democrático de Salvador Allende, propició el desarrollo del modelo neoliberal, generando una profunda transformación económica y social en el país. De ahí en adelante las políticas neoliberales han condicionado el desarrollo de las ciudades chilenas, cediendo el control del espacio urbano al mundo privado y a los intereses del mercado. Es en este periodo donde se empieza a vislumbrar el potencial económico de la Ribera Norte del río Biobío, teniendo en cuenta que se trata de un espacio urbano consolidado situado en pleno centro de Concepción. A partir de ahí el Estado ha tratado de intervenir

ese territorio, con el fin de desplazar a sus habitantes, bajo diversos pretextos disfrazados del bien común como “acercar la ciudad al río”. Esto con el fin de atraer a nuevos inversionistas e impulsar proyectos inmobiliarios, validando así el uso comercial de este lugar por sobre el habitacional. En ese contexto el barrio Aurora de Chile es señalado como un obstáculo para el desarrollo de la ciudad (CEDEUS, 2015). Después de varios intentos infructuosos, se inició a fines de los años 90 el Plan Ribera Norte, con el cual el Estado consiguió renovar una parte de la Costanera. Si bien dicha intervención no transformó el espacio del barrio Aurora de Chile si lo hizo a nivel de su estructura social, ya que un número importante de habitantes fueron trasladados a otro sector y en las casas que quedaron vacías se instalaron personas desconocidas, generando un quiebre en las relaciones internas y en el uso de los espacios de socialización (Matus et al., 2016).

Tras el terremoto del año 2010 y utilizando la catástrofe como excusa, el Estado decidió construir el Puente Chacabuco y desplazar definitivamente a los habitantes del barrio Aurora de Chile, con el fin de completar la renovación urbana de la Ribera Norte del río Biobío. El nuevo puente busca consolidar en el sector el interés inmobiliario a un nivel inter-comunal (Matus et al., 2016). Su construcción comenzó de manera precipitada y al poco andar provocó la reactivación política de los vecinos del barrio, quienes lograron organizarse y detener la obra, visibilizando además el conflicto que los aqueja. Ante este nuevo escenario el Estado se vio obligado a cambiar su estrategia y le propuso

a los vecinos ciertos beneficios, como el acceso a la vivienda y la radicación de la mayoría de ellos en el mismo sector, lo que permitió destrabar momentáneamente el conflicto y continuar con la construcción del puente.

La renovación urbana que actualmente se lleva a cabo en la Costanera de Concepción implica no solo el desplazamiento de los habitantes de su territorio, sino también la pérdida de sus historias, prácticas y paisajes (Matus et al., 2016). Es probable que la transformación a la que está siendo sometida el barrio Aurora de Chile destruya aquellos espacios que funcionan como puntos de anclaje y referencia de la memoria de sus habitantes, borrando sus huellas y produciendo el olvido de esta comunidad bajo la lógica del urbicidio (Carrión, 2014).

En ese contexto resulta relevante estudiar la memoria del barrio como posibilidad de resistencia ante el olvido y como forma de resguardar un vestigio de humanidad de ese lugar (Huberman, 2014). Entendiendo la memoria como una construcción social donde se inscriben las marcas de procesos históricos, se elaboran subjetividades, individuales y colectivas, creando identidad (Ricoeur, 2000). La memoria como lugar de disputa de los significados del pasado, que permite pluralizar las miradas y evaluar el presente de un modo crítico (Garcés, 2017).

Considerando lo anterior y teniendo en cuenta los antecedentes previos, donde se ha reconstruido la historia del barrio Aurora de Chile a través de la

memoria de algunos de sus habitantes, utilizando el relato oral como metodología, la presente investigación se plantea como un complemento a dichos estudios, puesto que se propone explorar y analizar la memoria del barrio, desde la visualidad, entendiendo lo visual como soporte discursivo.

Para explorar la memoria del barrio desde la visualidad es necesario interrogar sus imágenes, considerándolas no solo como reflejos de los aspectos visibles del mundo, sino también como huellas, rastros, trazas visuales de los tiempos que representan, pero también de otros tiempos suplementarios y heterogéneos que las atraviesan como arte de la memoria (Huberman, 2013). Pensar la memoria desde la imagen implica apartarse de la cronología del relato histórico que se establece como un saber fijo y plantear nuevos modelos de temporalidad, donde surgen elementos anacrónicos y supervivientes, marcas históricas, sociales y culturales que permanecen en las imágenes y son capaces de interpelar nuestro presente (Huberman, 2008). De esta manera es viable construir una historicidad menos abstracta y más específica, donde sea posible establecer conexiones atemporales, que permitan dar cuenta de un estado temporal más complejo como es la memoria. Para llevar esto a cabo se requiere desenterrar los restos del pasado, a modo de una excavación arqueológica, teniendo en consideración que las capas de suelo dicen tanto como los objetos exhumados (Huberman, 2014). Una vez desenterrada, la imagen del pasado entra en relación con el presente, ya que es desde ahí

donde se hace legible, configurándose así como una imagen crítica, una imagen dialéctica (Huberman, 2014).

De acuerdo a lo señalado, esta investigación tiene como finalidad comprender los sentidos y significados del barrio Aurora de Chile, a partir de los relatos visuales en torno a la memoria de sus habitantes como un ejercicio de resistencia ciudadana en Concepción. Para ello es necesario articular los relatos visuales que dan cuenta de este lugar, a través de archivos fotográficos y entrevistas a los habitantes, identificando allí los elementos formales/visuales que ellos valoran y lo que representan para la comunidad, con el fin de evidenciar la dimensión simbólica del barrio y conservar su legado para la posteridad.

La relevancia teórica de esta investigación radica en que se adentra en una línea de estudio poco explorada, ampliando los horizontes respecto a la comprensión de la ciudad como una estructura espacial y visual inserta en una trama urbana. Esto en relación a la posibilidad de reconocer y examinar, desde la visualidad, aquellos significados que los habitantes le atribuyen a su territorio. En ese sentido se espera recoger elementos y sistematizar ideas que permitan configurar una imagen más próxima del barrio, una imagen como hecho de memoria, donde se evidencie el lugar de lo común que los habitantes ha construido a lo largo de su historia, donde aquella comunidad cobre figura y

aparezca en toda su dimensión, donde se reconozca y pueda desde allí devolverle la mirada a la ciudad de Concepción.

Por otro lado, la presente investigación posee también una importancia práctica, ya que actualmente el urbanismo neoliberal amenaza con borrar los espacios del barrio vinculados a la memoria de sus habitantes. Es ahí donde la imagen cobra una especial relevancia, puesto que permite conservar la memoria del barrio, a pesar de su destrucción. La imagen no solo resguarda la memoria como relato, sino que también preserva su carácter visible. Si el barrio desaparece, la imagen es capaz de sostener su memoria y hacerla perdurar en el tiempo bajo ciertas condiciones de visibilidad, ya que le otorga un soporte tangible. En ese sentido, a través del estudio de la memoria visual del barrio se pretende evidenciar la dimensión simbólica de dicho territorio y al mismo tiempo dejar testimonio de un modo de vida que va a desaparecer.

Como resultado se espera que esta investigación sirva de referencia y ayuda a quienes pretendan continuar con una línea de estudio similar respecto de la ciudad y su visualidad, así como también de apoyo y reflexión crítica para otros barrios y comunidades que afrontan conflictos respecto de su territorio y se proponen conservar su memoria como una forma de resistir al olvido.

CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO

2.1. LA CIUDAD Y SUS TRANSFORMACIONES

La ciudad, entendida como una forma específica de organización de las dinámicas sociales que tienen lugar en un territorio construido y configurado para ello, se ha convertido en el espacio por excelencia donde la sociedad se desarrolla y se reproduce, de ahí la relevancia que tiene actualmente en la vida de los seres humanos. “... a inicios del presente siglo, cerca del 80 por ciento de la población de América Latina habita en ciudades” (Carrión, 2009, p. 9).

En ese contexto, es importante definir, por un lado, que es lo que se entiende por ciudad, para delimitar dicho concepto y establecer un punto de partida, y por otro lado, revisar las transformaciones que la ciudad ha sufrido durante el último siglo, donde ha transitado desde una posición que consideraba de alguna forma a sus habitantes a otra donde lo que prima es el mercado. Ese segundo punto estará enfocado principalmente en las ciudades latinoamericanas, entre las cuales se encuentra Concepción, ya que el desarrollo urbano que han tenido la mayoría de ellas se ha visto condicionado por factores políticos, económico, sociales y culturales similares. Estos factores han provocado cambios significativos en el espacio urbano, determinando una

lógica de uso de la ciudad ligada al capital, que entre otras cosas amenaza hoy con hacer desaparecer al barrio, ya que éste se presenta como una forma diferente de habitar, muchas veces opuesta a la lógica urbana dominante. Tanto el concepto de ciudad como sus transformaciones han sido estudiadas desde distintas disciplinas como la filosofía, sociología, antropología y el urbanismo.

Hacia una definición de ciudad.

Respecto al concepto de ciudad, Ortega y Gasset (1966) plantea que: “La urbe es, ante todo, esto: plazuela, ágora, lugar para la conversación, la disputa, la elocuencia, la política” (p. 537). De acuerdo con esa descripción, es posible entender la ciudad como lugar de encuentros, donde los habitantes se congregan, dialogan y se manifiestan, exponen sus diferencias y buscan acuerdos. Ortega y Gasset (1966) afirma:

La ciudad clásica nace de un instinto opuesto al doméstico. Se edifica la casa para estar en ella; se funda la ciudad para salir de la casa y reunirse con otros que también han salido de sus casas. (p. 323)

En ese sentido la ciudad corresponde al exterior, donde cada individuo se encuentra con los otros, allí se visibilizan y se reconocen. Es a partir de ese encuentro que comparten experiencias y desarrollan ideas comunes acerca de su entorno. “Por eso, la sociedad civil no es un grupo humano sino el espíritu de la ciudad encarnado por los ciudadanos que la habitan” (Carrión, 2011: p. 1).

Son esos ciudadanos los que al estar reunidos generan pensamiento cívico y político, construyen significados colectivos, producen memoria y hacen historia.

Por su parte Wirth (1988) define la ciudad como: "... un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos" (p. 4). De lo anterior se desprende otro de los aspectos fundamentales de la ciudad, su diversidad. Los habitantes que en ella residen son diferentes entre si y es a partir de sus singularidades que buscan puntos en común. La ciudad alberga una inmensa heterogeneidad de seres humanos y es a través de ellos como ésta se construye, en ese sentido:

(...) se requiere espacios de encuentro y de contacto, tangibles (plazas) o intangibles (imaginarios), que permitan a los diversos reconstruir la unidad en la diversidad (la ciudad) y definir la ciudadanía (democracia). Esos lugares son justamente los espacios públicos. (Carrión, 2011: p. 3)

Los espacios públicos son los que albergan lo heterogéneo de la ciudad, permitiendo que los diferentes grupos sociales se encuentren, convivan y dialoguen, sin perder sus particularidades. Es en esos espacio donde se generan experiencias comunes y se construyan memorias e imaginarios colectivos. Es allí donde la ciudad cobra sentido.

En otras palabras, el espacio público es un componente fundamental para la organización de la vida colectiva (integración, estructura) y la representación (cultura, política) de la sociedad, que construye su razón de ser en la ciudad, y es uno de los derechos fundamentales en la ciudad: el derecho al espacio público como derecho a la inclusión. (Carrión, 2011: p. 3)

En la misma línea, Delgado (2007) insiste en la importancia de la diversidad y acentúa la condición política de lo público:

Como concepto político, espacio público quiere decir esfera de coexistencia pacífica y armoniosa de lo heterogéneo de la sociedad, marco en que se supone que se conforma y se confirma la posibilidad de estar juntos. (p. 2)

Es en el espacio público donde se configura lo social, puesto que es allí donde:

(...) nos ponemos de acuerdo en un conjunto de postulados programáticos en el seno de las cuales las diferencias se ven superadas, sin quedar olvidadas ni negadas del todo, sino definidas aparte, en ese otro escenario al que llamamos privado. (Delgado, 2007: p. 2)

En consecuencia el espacio público se presenta como el lugar "... de y para el libre acuerdo entre seres autónomos y emancipados que viven en tanto se encuadran en él, una experiencia masiva de desafiliación" (Delgado, 2007: p. 2). Muchas veces esa posibilidad de dialogar y formar acuerdos termina siendo más un ideal que un hecho concreto, que queda en evidencia en el mismo espacio público. En ese sentido, dicho espacio "Es, más bien, un ámbito contenedor de la conflictividad social, que contiene distintas significaciones dependiendo de la coyuntura y de la ciudad de que se trate" (Carrión, 2010: p. 182).

Teniendo en consideración las aproximaciones planteadas desde las distintas disciplinas es posible definir la ciudad como un espacio de encuentro y

convergencia entre ciudadanos diversos, que se identifican con su entorno y donde pueden organizarse, reconocerse y establecer acuerdos. Esa idea de ciudad como lugar de y para los ciudadanos es lo que se ha puesto en entredicho con las transformaciones que ha sufrido el espacio urbano durante el último siglo, que han llevado a la mayoría de las ciudades latinoamericanas a estar dominadas bajo las reglas del mercado global. Es así como la ciudad ha adoptado una indiferencia total respecto de las formas de vida de sus habitantes, poniendo en peligro la memoria y la historia de un sinnúmero de comunidades que son parte esencial de ella.

Las transformaciones de la ciudad.

Las ciudades latinoamericanas han sufrido grandes cambios durante el último siglo. Según Carrión (2001): "(...) en América Latina es factible encontrar dos etapas claramente definidas" (p. 7). La primera tiene relación con el impacto que provocó el desarrollo industrial y la segunda con las consecuencias de la economía global.

Durante la primera mitad del siglo XX se pone en marcha el proceso de industrialización en las ciudades latinoamericanas, que provocó una fuerte migración campo-ciudad, impulsando el traslado de una gran cantidad de personas hacia los centros urbanos, quienes al llegar se incorporaron como trabajadores en las diversas industrias nacientes. Sassen (2015) plantea que:

En la era subsiguiente a la segunda guerra mundial los componentes críticos de las economías de mercado occidentales eran la intensidad de capital fijo, la producción estandarizada y la construcción de viviendas nuevas en ciudades, suburbios y poblaciones (p. 28).

Entre 1945 y 1970, “la incorporación de trabajadores a relaciones laborales mercantiles formales llegó a su nivel más alto en la mayoría de las economías avanzadas” (Sassen, 2015, p. 38). Esto ayudó a “... implementar una serie de regulaciones que, en conjunto, protegían a los trabajadores” (Sassen, 2015, p. 38). Ese contexto impuso ciertas lógicas de inclusión en casi todos los modelos económicos que operaban en el mundo. Pero estas medidas no respondían a una actitud bondadosa de los poderes políticos y económicos, sino más bien a que en ese momento la mejor forma de impulsar el desarrollo industrial era mediante la incorporación de lugares de producción y mano de obra. Sassen (2015) agrega: “Este sistema anterior estaba lejos de ser perfecto: había desigualdad, concentración de la riqueza, pobreza, racismo y otras cosas” (p. 25). Pero a pesar de eso produjo una reducción de la desigualdad extrema, lo que dio pie a que surgiera una nueva clase media, que alcanzó cierto bienestar dentro de la sociedad. Ese grupo social “continuó expandiéndose durante varias generaciones, con la mayoría de los hijos en situación mejor que la de sus padres” (Sassen, 2015, p. 25).

En ese contexto se produjo la primera gran transformación de la ciudad, debido a la alta concentración de población en los centros urbanos que convirtió a varias de ellas en metrópolis y a la expansión que sufrieron hacia sus

periferias, hacia zonas que hasta ese entonces se encontraban vacías, donde se instalaron los más pobres.

El patrón de urbanización de América Latina -desde la postguerra mundial- se sustentó en dos elementos: las periferias populares con sus denominaciones de villas miseria, favelas, suburbios, pueblos jóvenes o barrios periféricos; y la metropolización. Como resultado de este proceso se tuvo un crecimiento urbano con alta primacía urbana (macrocefalia) y con un desborde de sus límites físicos. (Carrión, 2009, p. 1)

Desde 1970 en adelante se produjeron nuevos cambios económicos y sociales en los países latinoamericanos que tuvieron como consecuencia una nueva configuración del espacio urbano. En lo social se debilitaron los derechos de los trabajadores y en lo económico se concentró la riqueza en un pequeño grupo privilegiado en detrimento de la clase media. “(...) ese periodo de oro para los trabajadores organizados llegó a su fin en la década de 1980. Para 1987 la desigualdad estaba de nuevo ascendiendo, y con fuerza” (Sassen, 2015, p. 39). En esa época aparecen las grandes corporaciones globales, que se van a expandir por todo el planeta, debilitando el poder de los estados nacionales y reduciendo el bienestar de la población, así la clase media quedará excluida de una serie de beneficios sociales que antes tenía asegurados.

A partir de los años 90', la economía global ya no tendrá como base la producción de manufacturas y el consumo de productos, sino que su lógica operativa será convertir todo en medios financieros, provocando una

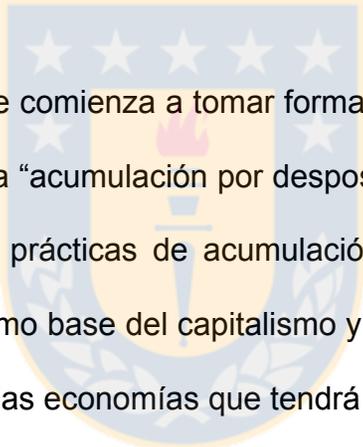
desmaterialización del sistema monetario y un fortalecimiento del mercado y la competencia, que enriquecerá a las grandes corporaciones y empobrecerán a la mayoría de los habitantes de la ciudad. De acuerdo a Sassen (2015) esto: “Condujo a una reestructuración radical del capitalismo, con el efecto de abrir terreno global para modos nuevos o marcadamente ampliados de extracción de beneficios incluso de campos improbables” (p. 29). Lo que conllevará posteriormente a la neoliberalización de las economías.

Sassen (2015) afirma que hay dos lógicas que definen esa reestructuración del capitalismo, la primera es la privatización y eliminación de los impuestos a las exportaciones, sustentadas en políticas económicas desregulatorias que impulsan la mayoría de los países. La segunda es la transformación de áreas cada vez mayores del mundo en zonas específicas para el funcionamiento de esas formas nuevas de extracción y acumulación, entre las que se encuentran las ciudades globales y los espacios para el trabajo tercerizado que Sassen (2015) define de la siguiente manera:

La ciudad global es un espacio para producir algunos de los más avanzados insumos que requieren las empresas globales. En contraste, la tercerización tiene que ver con espacios para la producción estandarizada de componentes, los call center masivos, los trabajos de oficinas estandarizados, y otras. (p. 30)

Esos son espacios estratégicos que albergan mercados, infraestructuras y ambientes propicios para la naciente economía global. Al respecto Harvey (2005) plantea:

La empresarialización, la mercantilización y la privatización de los activos previamente públicos ha sido un rasgo distintivo del proyecto neoliberal. Su objetivo prioritario ha consistido en abrir nuevos campos a la acumulación de capital en dominios hasta el momento considerados más allá de los límites establecidos para los cálculos de rentabilidad. A lo largo de todo el mundo capitalista y más allá de sus fronteras (por ejemplo en China), se han privatizado, en mayor o menor grado, toda clase de servicios públicos (el suministro de agua, las telecomunicaciones, el transporte), el sistema de provisión social gestionada por el Estado del bienestar (viviendas sociales, educación, asistencia sanitaria, el sistema de pensiones), instituciones públicas (universidades, laboratorios de investigación, prisiones) e, incluso, todas las competencias relativas a la guerra (como ilustra el «ejército» de contratistas privados que opera junto a las fuerzas armadas en Iraq). (p. 167)



Este sistema que comienza a tomar forma en aquella época provocará lo que David Harvey llama “acumulación por desposesión”. Esta expresión alude a la continuación de las prácticas de acumulación “originaria” o “primitiva” que Marx había definido como base del capitalismo y que se vuelven a reactivar con la neoliberalización de las economías que tendrá lugar de ahí en adelante.

Estas prácticas comprenden la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de poblaciones campesinas (comparable con los casos analizados anteriormente de México y China, donde se estima que en los últimos años han sido desplazados 70 millones de campesinos); la conversión de formas diversas de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos exclusivos de propiedad privada (su representación más gráfica la encontramos en China); la supresión de los derechos sobre los bienes comunes; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la eliminación de modos de producción y de consumo alternativos (autóctonos); procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos (los recursos naturales entre ellos); y, por último, la usura, el endeudamiento de la nación y, lo que es más devastador, el uso del sistema de crédito como un medio drástico de acumulación por desposesión. (Harvey, 2005, p. 165 y 167)

Esos efectos se emparentan con las “dinámicas de expulsión” definidas por Saskia Sassen, aquellas se explican porque la digitalización de los procesos productivos, hace que la economía ya no requiera de gran mano de obra y, por tanto, sobrar un tercio de la población, quienes son expulsados de sus trabajos y luego de sus territorios.

Las últimas dos décadas han presenciado un fuerte crecimiento del número de personas, empresas y lugares expulsados de los órdenes sociales y económicos centrales de nuestro tiempo (...) Esas expulsiones no son espontáneas, sino hechas. Los instrumentos para hacerlas van desde políticas elementales hasta instituciones, técnicas y sistemas complejos que requieren conocimiento especializado y formatos institucionales intrincados. (Sassen, 2015, p11-12)

Aquellos procesos de expulsión no sólo ocurren en lugares alejados, sino también en el interior de las ciudades. Es así como grandes corporaciones de capitales extranjeros compran sectores urbanos y los densifican al construir hoteles, edificios y enormes centros comerciales, transformando el espacio diverso de la ciudad en zonas estandarizadas, propias del mercado. De esa manera la ciudad se vuelve frágil y su riqueza como espacio social se ve amenazada ante la irrupción desmedida del capital.

En ese contexto socioeconómico de fines del siglo XX se produce la segunda gran transformación de la ciudad latinoamericana. Medio siglo después de la primera, “(...) se empieza a perfilar otro patrón de urbanización en la región: la introspección o el regreso a la ciudad construida” (Carrión, 2001,

p. 7). Esta nueva fase responde a varios procesos que se desarrollan de manera simultanea, primero, los cambios demográficos. Carrión (2001) afirma:

Mientras la tasa de migración del campo a la ciudad es cada vez menos significativa, la tasa vegetativa cobra un peso mayor. Lo que significa que las ciudades no dejan de absorber grandes cantidades de población. (p. 8)

A esto se suma la urbanización de territorios vacíos, el redireccionamiento de los lugares históricos y las migraciones internacionales.

Según Carrión (2001) estas últimas:

(...) han provocado que las segundas y terceras ciudades de algunos países de América Latina se localicen por fuera de los territorios nacionales y continentales, constituyendo, por esta vía, verdaderas redes interurbanas transnacionales. (p. 25)

Un segundo proceso y quizás el de mayor impacto es la globalización social, cultural y económica que está en desarrollo. Esta es un factor determinante en la nueva configuración de la ciudad, al generar una interdependencia entre las economías neoliberales de los diversos territorios a escala mundial. Si bien la globalización funciona a partir de una red de interconexiones, que permite que la información y el capital se desplacen libremente por el planeta superando las barreras del tiempo y el espacio, produce al mismo tiempo un efecto paradójico. En ese sentido Carrión (2001) afirma:

(...) la globalización requiere de ciertos lugares estratégicos -las ciudades- para proyectarse de manera ubicua por el conjunto del

territorio planetario. De esta manera, la globalización tiene como contrapartida el fortalecimiento de la escena local, a través del neologismo de 'glocalización'. (p. 9)

Es así como los centros urbanos se convierten en lugares de deseo, ya que reúnen las condiciones ideales para la acumulación y administración del capital.

Un tercer proceso que tiene efectos en el espacio urbano es el desarrollo tecnológico, que ha provocado "la aproximación relativa de los territorios distantes y la modificación de la geografía planetaria" (Carrión, 2001, p. 9). Esta reducción de la barrera espacial, permite que las economías funcionen de manera global y desplacen sus mercancías de forma fluida alrededor del planeta. En paralelo, "los modernos medios de comunicación se convierten en la instancia fundamental de socialización de la población, en el punto central de la industria cultural y en el eje de la integración social" (Carrión, 2001, p. 9). Es así como socialización, industria cultural y mercado funcionan cada vez más de manera simultánea a través de los medios.

Las transformaciones descritas anteriormente han hecho que la ciudad transite desde un patrón metropolitano con fuerte desarrollo periférico y delimitado por fronteras definidas hacia otro modelo introspectivo, que acentúa su centralidad y al mismo tiempo necesita estar interconectado con una red global.

La ciudad neoliberal

En aquella segunda etapa de transformación de la ciudad, es donde surge la ideología neoliberal, primero en Chile y luego en el resto del mundo.

La ideología neoliberal se sustenta en la creencia de que los mercados abiertos, competitivos y 'no regulados', que no se encuentran sometidos a injerencias estatales ni a las acciones de colectivos sociales, representan el mecanismo óptimo para el desarrollo socioeconómico. (Theodore et al., 2009, p. 2)

El modelo neoliberal fue implantado en nuestro país en la década del 70 por la dictadura militar de Pinochet, a partir de las reformas estructurales propuestas por un grupo de economistas denominados los chicanos, liderados por Milton Friedman. Su objetivo era asegurar la hegemonía de un grupo –las elites económicas que se ven beneficiadas por la acumulación del capital– sobre el resto de la sociedad, enmascarando a su vez su condición de proyecto político de dominación de clases, a través de múltiples discursos, y generando la legitimización del modelo en los demás grupos sociales que terminan por aceptarlo como un proyecto de carácter universal (Janoschka, 2014).

Si bien Chile fue el primer ejemplo de operación del sistema neoliberal, al poco tiempo éste se expandió por todo el planeta, encontrando en la globalización el mejor aliado para la acumulación del capital. A fines de los años ochenta, “el neoliberalismo se había convertido en la forma dominante de

globalización capitalista, tanto política como ideológicamente” (Theodore et al., 2009, p. 2). Estos mismos autores plantean que el neoliberalismo vinculado a la globalización se presenta como un fenómeno multiescalar, en al menos dos sentidos:

(...) uno, reconstituye relaciones a distintas escalas —regionales, nacionales, internacionales— entre actores institucionales y económicos, como los Estados locales y el capital ‘financiado’; y dos, sustituye las lógicas regulatorias redistributivas por lógicas competitivas, al mismo tiempo que transfiere los riesgos y responsabilidades a las agencias, actores y jurisdicciones locales. (Theodore et al., 2009, p. 2)

Lo local sobresale como uno de los elementos relevantes, ya que el capitalismo neoliberal necesita de sitios donde se produzcan grandes aglomeraciones, para desde allí relacionarse multiescalarmente con otros territorios ubicados alrededor del plantea, sean o no urbanos, “de modo que el capital se concentra -aglomera-, se expande –desde donde se aglomeró-, transformado el entorno en función de sus requerimientos de capital y recursos” (Janoschka, 2014, p. 14). Esa necesidad de concentración del capitalismo global convierte a la ciudad en el lugar ideal desde donde operar y extender sus redes que permitirán el libre desplazamiento del capital.

Las ciudades se han transformado en lugares estratégicamente centrales para el avance irregular de los proyectos reestructuradores neoliberales, para su constitución y resistencia tendencial. Las ciudades definen algunos de los espacios en que echa raíces el neoliberalismo, un proyecto geográficamente variable, pero interconectado translocalmente. (Theodore et al., 2009, p. 3)

A partir de lo anterior es posible entender porque las economías neoliberales actúan sobre las ciudades, sometiéndolas a un proceso de transformación socioespacial impulsado por el mercado, que termina por adaptarlas a sus fines. “El espacio urbano se constituye como una forma eficiente de fijación de capital, ya que posee estabilidad, en comparación a otros sectores económicos” (Janoschka, 2014, p. 15). Es así como las ciudades se convierten en:

(...) nodos críticos, y puntos de tensión, en las políticas escalares de la neoliberalización. Las infraestructuras urbanas son necesarias para la acumulación y regulación neoliberal, incluso cuando en el proceso simultáneamente se las socava y devalúa. (Theodore, Peck y Brenner, 2009, p. 7)

De esa manera se constituyen a lo largo de los distintos territorios ocupados lo que Janoschka llama como “geografías de acumulación”, cuya vida útil depende de las inversiones de capital fijo que en ellas se pueda acumular.

La ideología neoliberal le impone al espacio urbano ciertas dinámicas de funcionamiento, que tienen como objetivo fortalecer las condiciones que necesita el capitalismo para desarrollar toda su potencia. Son esas dinámicas las que han “(...) alterado profundamente como las ciudades son imaginadas, percibidas, apropiadas así como simbólica y materialmente transformadas por los diferentes actores sociales, políticos y económicos” (Janoschka, 2014, p.10). Es así como hoy en día la planificación urbana se encuentra influenciada directamente por dicha ideología, dando pie a un urbanismo neoliberal. En ese

sentido, las condiciones de acumulación y movilidad del capital fijadas por los agentes privados, determinan las políticas urbanas, provocando importantes cambios en el espacio y configurando lo que Janoschka (2014) llama como “la ciudad neoliberal”, que es: “(...) el resultado de la puesta en marcha, acción y propagación de la ideología neoliberal” (p.12).

La neoliberalización de la ciudad provoca lo que Theodore, Peck y Brenner llaman como “destrucción creativa” del espacio económico, político y social existente. Estos procesos se desarrollan a partir de dos momentos:

Primero, la destrucción (parcial) de disposiciones institucionales y acuerdos políticos vigentes, mediante iniciativas reformadoras orientadas al mercado; y segundo, la creación (tendencial) de una nueva infraestructura para un crecimiento económico orientado al mercado, la mercantilización de bienes y servicios (su transformación en commodities), y una normatividad centrada en el capital. (Theodore et al., 2009, p. 6)

Aquellos procesos de neoliberalización tienden a dismantelar instituciones y destruir lo que ellas han construido –muchas de las cuales tienen un rol social–, con el fin de reinstalar nuevas lógicas mercantiles y competitivas.

La dinámica de destrucción creativa nunca ocurre sobre una ‘tabla rasa’ en la cual el ‘viejo orden’ es eliminado repentinamente y el ‘nuevo orden’ se despliega como una totalidad completamente formada. Más bien, ocurre a lo largo de un paisaje institucional que se encuentra en disputa, donde ‘espacios proyectados’ emergentes nuevos interactúan continua y conflictivamente con las regulaciones heredadas. (Theodore et al., 2009, p. 7)

Los procesos de destrucción creativa que ha tenido lugar en las ciudades latinoamericanas, se ha llevado a cabo a partir de una serie de políticas estructurales que apuntan a instaurar un nuevo orden socio económico mediado por el capital. Esas políticas ha tenido las siguientes consecuencias:

i) la reconsideración del mercado como sujeto central de la economía convertida en una relación entre objetos-mercancías; ii) la libre circulación de capitales desplaza la capacidad de decisión territorial de las inversiones por parte de los estados; iii) tendencias mundiales de relocalización industrial y la transición de un Estado interventor al facilitador de la acción privada; iv) la privatización de lo público, sobre todo de la infraestructura, los servicios y la desregulación urbana. (Pradilla, citado por Janoschka, 2014, p. 17 y 18)

A partir de lo anterior es posible afirmar que el nuevo orden impuesto en Latinoamérica es el de la ciudad neoliberal. Ene ese sentido, Ornelas (2004) define la ciudad del capital, sinónimo de neoliberal, como:

(...) el territorio donde se asientan los soportes materiales necesarios para la producción y reproducción del capital y de la fuerza de trabajo fuera del proceso productivo. Al mismo tiempo, el urbano sigue siendo el espacio privilegiado en la construcción de la compleja ingeniería del consenso mediante el cual se legitima la hegemonía de una clase sobre el conjunto de la sociedad. (p. 141 y 142)

El propio Ornelas establece que la ciudad del capital tiene tres características que la definen en relación a la producción del sistema capitalista, en primer lugar : “Es el territorio donde se asientan y concentran los soportes materiales que forman las condiciones generales de la producción, constituidas

por los medios de producción, circulación, intercambio y consumo de las mercancías” (Ornelas, 2004, p. 143). En segundo lugar:

La concentración de la población en los centros urbanos, fundamentalmente de trabajadores que tienen necesidad de vender su fuerza de trabajo para subsistir, genera un conjunto de demandas para satisfacer sus necesidades de salud, educación, vivienda y recreación, entre otras. (Ornelas, 2004, p. 144)

Demandas que deben ser resueltas, debido a lo cual se produce la concentración de los medios de consumo colectivo dentro de la misma ciudad, asegurando la reproducción social y biológica de la fuerza de trabajo. Así el capitalismo:

(...) crea y recrea las formas mediante las cuales se reproduce y potencia la fuerza de trabajo por medio de múltiples servicios producidos en sus respectivos soportes materiales especializados, que no son sino medios para el consumo social de los trabajadores. (Ornelas, 2004, p. 144)

En tercer lugar, resulta de suma importancia para pensar la ciudad capitalista aquellas actividades:

(...) vinculadas al ejercicio del poder, entendido como las distintas modalidades sociales que asume la relación política, económica, ideológica, filosófica, cultural y jurídica que adopta la hegemonía de una clase o una parte de ella sobre el conjunto de la sociedad. (Ornelas, 2004, p. 146)

De todos los factores que han hecho posible la ciudad neoliberal es necesario profundizar en el rol del Estado. En la actualidad los gobiernos han cedido parte de su poder al mercado, quien lo ha utilizado para condicionar la

planificación y las políticas urbanas durante las últimas décadas. Es así como el rol del Estado se ha debilitado y la ciudad ha quedado sometida a la funcionalidad del mercado. Al respecto Ornelas (2004) plantea:

(...) con el desplazamiento del Estado de las actividades que tradicionalmente se consideraban dentro de su ámbito de acción, se ha impuesto la razón económica a la política; en otras palabras: el mercado ha desplazado a la racionalidad social. (p. 147)

Esto ha hecho que el Estado se dedique a, “las funciones gerenciales de gestión del capital y a las tareas policíacas que ofrezcan seguridad jurídica a los inversionistas y mantengan el conflicto social en los límites aceptables para el poder económico” (Ornelas, 2004, p. 148). Ante la disminución del poder del Estado, es el capital quien regula el ordenamiento territorial de la ciudad.

Al grado que una de las peculiaridades que en lo urbano impone la globalización neoliberal puede sintetizarse enfatizando: el desplazamiento de los aparatos gubernamentales y el creciente predominio de los intereses del capital privado en el proceso de producción y consumo de la ciudad, lo que termina provocando, como muestra la evidencia empírica, significativos procesos de exclusión, marginación y empobrecimiento de amplios sectores de la población urbana. (Ornelas, 2004, p. 148)

En ese sentido es posible afirmar que el mundo privado desplaza a lo público en el interior de la ciudad neoliberal, convirtiendo al ciudadano en consumidor de los productos del mercado global. Allí el Estado atrae las inversiones privadas e impulsa proyectos donde el mercado pueda extraer beneficios, así se encarga de:

(...) preparar las condiciones necesarias para el éxito de las empresas que se asientan en su territorio, éxito al servicio del cual deben ponerse todos los recursos y acciones posibles, incluyendo "valores, cultura, estructuras económicas, instituciones e historias" nacionales o regionales. (Ornelas, 2004, p. 155).

Para lograr un crecimiento económico las ciudades adquieren criterios empresariales y se ven obligadas a desarrollar estrategias de "... marketing territorial mutuamente destructivas, en las que el capital transnacional es liberado de sus responsabilidades en cuanto a la reproducción social local" (Theodore et al., 2009, p. 11). Dichas estrategias buscan convertir a las ciudades en lugares atractivos para los inversionistas. Por otro lado, a la ciudad se le exige ciertas condiciones de orden social y político, para ello deben ocultar las desigualdades existentes, con el fin de atraer el capital, que se encuentra en una demanda constante de territorios donde expandirse, reproducirse y obtener ventajas económicas. A partir de esas prácticas, los ciudadanos "se ven crecientemente despojados del poder de conformar las condiciones básicas de la vida urbana cotidiana" (Theodore et al., 2009, p. 11). Y queda en evidencia que detrás del discurso de la ciudad atractiva y bajo control que propone el marketing se "esconde la intención de expulsar a los no deseados y crear las condiciones para la gentrificación" (Janoschka, 2014, p. 17). Es así como la ciudad y el Estado se encuentran "sometidos al capital, sin necesidad de un proyecto nacional capaz de articular y potenciar los esfuerzos individuales en pos de objetivos y metas comunes" (Ornelas, 2004, p. 158). Al contrario, las ciudades se han transformado en "espacios cada vez más centrales para la

reproducción, transmutación y continua reconstitución del neoliberalismo.” (Theodore et al., 2009, p. 10).

En resumen, la expansión del capitalismo a una escala global ha provocado: primero, “la constitución de una red de ciudades globales que dominan al conjunto de la economía mundial, tanto como la cultura y la política del planeta” (Ornelas, 2004, p. 154). En segundo lugar, la imposición de “una cultura hegemónica sustentada en los valores del mercado y la competencia; pero, principalmente, una visión del Estado que tiende a diluirse como agente económico en beneficio del mercado” (Ornelas, 2004, p. 154). Y en tercer lugar, la construcción de consensos en el interior de la propia ciudad.

(...) los consensos con los que se ejerce el dominio político e ideológico de los propietarios del capital sobre toda la sociedad, de manera tal que es en las urbes donde la cultura y los valores representativos de las clases dominantes se producen y transmiten por diversas vías – significativamente la educación formal e informal- al resto de la sociedad, al grado de que las clases subordinadas terminan por creerlos universales, eternos y superiores a todos los demás valores y expresiones culturales. (Ornelas, 2004, p. 146)

Son aquellos discursos que circulan por la ciudad los que justifican las estrategias del capitalismo neoliberal y las colocan como la única alternativa para el desarrollo de la ciudad. En esto el Estado ocupa un rol importante.

El Estado, a través de tal mecanismo de legitimación simbólica, puede aparecer ante sectores sociales con intereses y objetivos incompatibles – y al servicio de uno de los cuales existe y actúa– como ciertamente neutral, encarnación de la posibilidad misma de elevarse por encima de los enfrentamientos sociales o de arbitrarlos, en un espacio de

conciliación en que las luchas sociales queden como en suspenso y los segmentos enfrentados declaren una especie de tregua ilimitada. (Bartra, citado por Delgado, 2017, p. 4)

El Estado se convierte así en una suerte de mediador, cuyo objetivo es mantener los conflictos sociales bajo control, con el fin de que el capitalismo pueda seguir operando a pesar de sus resultados desiguales. El espacio público aparece así como el lugar donde se “superan” las diferencias bajo la “supuesta” mediación del Estado.

(...) la noción de espacio público, en tanto que concreción física en que se dramatiza la ilusión ciudadanista, funcionaría como un mecanismo a través del cual la clase dominante consigue que no aparezcan como evidentes las contradicciones que la sostienen, al tiempo que obtiene también la aprobación de la clase dominada al valerse de un instrumento –el sistema político– capaz de convencer a los dominados de su neutralidad. (Delgado, 2017, p. 4)

Es a través del sistema político y de los diversos discursos desplegados en el espacio público, entre ellos la “ideología ciudadanista” de la que habla Delgado –que impugna los excesos del capitalismo más no su esencia-, como el neoliberalismo se encarga de persuadir cualquier tipo de disidencia o resistencia que pueda alterar sus bases estructurales, utilizando la violencia si es necesario, pero también otros mecanismos más sutiles como el descalificativo de “incívico”, para definir a quienes atentan contra los principios de la supuesta “buena convivencia ciudadana”. El espacio público, eje central de la ciudad, se transforma así en una suerte de limbo donde:

(...) una sociedad severamente jerarquizada y estratificada vive la experiencia de una imaginaria ecúmene fraternal en la que el presupuesto igualitario de los sistemas democráticos –del que todos han oído hablar, pero nadie ha visto en realidad– recibe la oportunidad de existir como realidad palpable. En eso consiste el efecto óptico democrático por excelencia: el de un ámbito en el que las desigualdades se proclaman abolidas, aunque todo el mundo sepa que no es ni puede ser así. (Delgado, 2017, p. 8)

De esa manera el sistema neoliberal impone además una despolitización de la esfera pública, transformándose en una manera de gobernar, “(...) la gobernanza neoliberal implica el imperativo en el cual las instituciones y los individuos habrán de conformarse a las normas de mercado” (Janoschka, 2014, p.9). Esas normas son las que determinan las diferencias entre quienes se benefician del sistema y quienes no, entendiendo que “el logro más sustantivo de la neoliberalización ha consistido en redistribuir, no en generar, la riqueza y la renta” (Harvey, 2005, p. 165). De ahí que dos de sus mayores consecuencias sean la profundización de las desigualdades sociales y la degradación de las condiciones laborales de la clase trabajadora.

Los mismos procesos profundizan a la vez el abuso estructural que padecen los trabajadores: los empleos estables, regularizados y protegidos mediante la filiación a los sindicatos han sido paulatinamente reemplazados mediante la generalización de trabajos precarios, flexibles y lo que de antaño era atípico y un signo de subdesarrollo, es decir el trabajo a tiempo parcial y los contratos temporales, el arrendamiento de trabajadores por agencias privadas de colocación, así como la informalidad. (Janoschka, 2014, p. 16)

Teniendo en cuenta ese contexto desigual que tiene lugar en la ciudad, se hace pertinente la definición de política que propone Jacques Rancière (1996):

La actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido. (...) en última instancia, manifiesta en sí misma la pura contingencia del orden, la igualdad de cualquier ser parlante con cualquier otro ser parlante. (Jacques Rancière, 1996, p. 45 y 46)

En ese sentido la verdadera política sería aquella que tiende a equilibrar, de alguna forma y en algún grado, las desigualdades que impone el sistema neoliberal desde sus bases. Aunque esto es algo complejo, puesto que actualmente la ciudad se encuentra subordinada absolutamente a las lógicas neoliberales. A pesar de todo, en algunas ocasiones presenciamos en el interior de la misma ciudad el surgimiento de la actividad política –que incluye la lucha y manifestaciones de quienes se sienten oprimidos por el sistema y se atreven a levantar la voz– como posibilidad de interrumpir las relaciones de dominación que se presentan como naturales.

La producción del olvido

El espacio, además de ser un lugar físico, es también producido socialmente, debido a que es el resultado de prácticas, experiencias y

relaciones sociales. Respecto de ello Lefebvre (1974) afirma que todas las sociedades producen su espacio, la diferencia está en cómo lo hacen. En los países capitalistas se ha producido una urbanización general de la sociedad, forjando otra relación de la sociedad con el espacio, a través de la cual el capitalismo moderno se ha apoderado del espacio.

El capitalismo ya no se apoya solamente sobre las empresas y el mercado, sino sobre el espacio (...) el espacio ha sido integrado al mercado y a la producción industrial a la vez que este espacio ha sido transformado. (Lefebvre, 1974: 221)

En ese sentido el espacio de la ciudad contemporánea ha sido modificado de acuerdo a la siguientes dinámicas impuestas por la globalización neoliberal:

(...) la consolidación de una nueva fase de acumulación territorial del capital, de una realidad mediatizada a través de cada vez más sofisticadas tecnologías de la comunicación, y de un paradigma cultural de impronta posmoderna estructurado alrededor de la dicotomía global-local, ha determinado que el sentido de lo urbano se redefina desde una noción de concentración, tanto demográfica como de urbanización, hacia la idea de estructuras socio-espaciales dispersas y fragmentadas. (Carrión, 2010, p. 7)

Ese nuevo sentido de lo urbano ha generado una revalorización de la ciudad construida, donde los centros históricos se han transformado en objetos de deseo del capital, puesto que allí se concentra la información y funciona el mercado. “Por eso el espacio público por excelencia es la centralidad –urbana e histórica-, lugar desde donde se parte, donde se llega y desde donde se

estructura la ciudad” (Carrión, 2005, p. 6). Es en el centro donde se despliega la vida colectiva, se produce el encuentro de los distintos actores sociales y se administra el territorio por parte del Estado.

El centro histórico como espacio público es un espacio simbólico porque tiene un patrimonio de símbolos que genera identidades múltiples, colectivas y simultáneas. La carga simbólica proviene de la doble condición que tiene como centralidad y como acumulación histórica, lo cual conduce a una carga identitaria que hace –en sentido figurado y real- que la ciudadanía se identifique y represente a partir de su cualidad funcional (centralidad) y de su sentido de pertenencia (historia). (Carrión, 2005, p. 6)

Estos lugares centrales funcionan como espacios de referencias, puesto que son reconocidos por la comunidad, quienes le otorgan diversos significados, donde su posición central y su historia son factores determinantes. Carrión (2005) afirma:

El poder simbólico que se concentra en el tiempo y el espacio es muy alto; es el más significativo de la ciudad, al extremo de que le imprime el carácter a la urbe toda. (...) Es un espacio de todos, porque le otorga un sentido de identidad colectiva a la población. (p. 6)

En suma, el centro histórico es un espacio complejo y sumamente relevante tanto por su organización, sus características y también por lo que representa para los habitantes de la ciudad.

Sin embargo, hoy la ciudad se organiza más desde la esfera de lo privado que de la pública. En la actualidad el mercado tiene mayor peso del que tenía, al extremo de que la gestión pública se le subordina, y el espacio público ha pasado de espacio estructurante a ser estructurado, residual o marginal, perdiendo sus funciones originales, o en algunos casos, siendo sustituidos por otros espacios más funcionales al

urbanismo actual, como son el centro comercial o el club social. De esta manera, el espacio público –como las plazas- termina siendo, por un lado, un desperdicio para la lógica económica de la maximización de la ganancia, y por otro, un mal necesario para cumplir con las normas del urbanismo. (Carrión, 2005, p. 6)

En ese contexto, el centro histórico es el lugar más disputado de la ciudad, tanto por el Estado y sus políticas de modernización como por el mundo privado y sus funciones de administración del capital, y en medio de ellos están los habitantes, que terminan siendo generalmente los más perjudicados. Como consecuencias de esa disputa, los centros históricos se han privatizado, modificando así su naturaleza, material y simbólica, y con ello han alterando las múltiples identidades que generan y sustentan.

La privatización del espacio público puede significar una negación de la ciudadanía y convertirse en un factor de ruptura del entramado social. Y es que el espacio público es un mecanismo fundamental para la socialización de la vida urbana. Los proyectos y la gestión de los espacios públicos y equipamientos colectivos son a la vez una oportunidad de producir ciudadanía y una prueba del desarrollo de ésta. (...) La negación de la ciudad es precisamente el aislamiento, la exclusión de la vida colectiva, la segregación. (Borja, 2003, p. 209 y 210)

Es el mundo privado quien restringe, controla y divide el espacio de la ciudad, generando fracturas en el tejido social. A través de la privatización el espacio adopta un valor de cambio y se convierte en mercancía. Se “introduce un movimiento dialéctico: el espacio dominante y espacio dominado”. (Lefebvre, 1974: 221). Esta relación de poder que favorece a unos y margina a otros queda oculta bajo el orden que impone la planificación urbana ejercida desde el

Estado. Cuando los centros históricos son dominados por el mundo privado, estos se estandarizan y pierden su potencia como espacio social, articulador de los diverso, menoscabando aquella idea de ciudad de y para los ciudadanos. En ese sentido, el urbanismo neoliberal:

(...) ataca a los centros históricos desde distintas maneras, como pueden ser la ruptura de la unidad a través de la intervención con proyectos aislados, la privatización de las formas de gestión (empresas, corporaciones), la presencia del gran capital (por ejemplo, Benetton en La Habana y Carlos Slim en México) y de la gentrificación de actividades de prestigio. Cada una de estas formas conducen a nuevas formas de construcción de identidades sobre la base del mercado, y por tanto, del consumo. La globalización homogeniza, rompiendo la base de existencia del centro histórico. (Carrión, 2005, p. 6)

Desde ese punto de vista, el nuevo espacio urbano centraliza la acumulación del capital que se halla en manos de privados y minimiza la potencia de los centros como lugares de encuentro, ya que divide la ciudad y fisura las relaciones sociales, creando islas para sus consumidores. "En esta nueva ciudad las infraestructuras de comunicación no crean centralidades ni lugares fuertes, sino más bien segmentan o fracturan el territorio y atomizan las relaciones sociales" (Borja, 2003, p. 211)

Si las sociedades producen su espacio a través de la relaciones de producción y el capitalismo controla ese espacio, entonces la hipótesis de Lefebvre (1974) cobra sentido: "Es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones de producción capitalista. El espacio deviene cada vez más un espacio instrumental" (Lefebvre, (1974, p.223).

Como parte de esa dinámica, en las últimas décadas los centros históricos han sido ocupados por equipamientos comerciales, hoteles, oficinas, negocios, edificios corporativos, residenciales cerradas, etc., descomponiendo el espacio urbano en diversas áreas, cuyo único eje común es el consumo. Así los centros resultan poco reconocibles para sus habitantes, ya que no les pertenecen y menos se identifican con ellos. Respecto de eso Carrión (2005) afirma que hoy:

(...) se vive el tránsito de la ciudad segregada –típica de la primera modernidad-, donde las partes que conformaban la ciudad estaban integradas al todo a través del espacio público, hacia la ciudad fragmentada –propia de la segunda modernidad- donde existen constelaciones discontinuas de fragmentos espaciales (Castells, 1999), que terminan por diluir la unidad urbana y dan lugar al apareamiento del fenómeno de la foraneidad urbana. En la actualidad las ciudades están llenas de personas que no se encuentran en ningún lugar, que han perdido el sentido de pertenencia a la urbe, que se han creado fronteras de distinto tipo (sociales, físicas, etc.) y que en sus desplazamientos cotidianos tienen que identificarse constante y continuamente frente a una autoridad de guardianía... privada. (p. 7)

La pérdida del sentido de pertenencia se explica precisamente porque, al fragmentar el espacio público, la economía neoliberal debilita la carga simbólica de la ciudad, borrando sus condiciones históricas y sustituyendo los elementos que son significativos para la comunidad por los símbolos, instantáneos y desechables, ligados a los objetos de consumo que produce el mercado.

(...) hoy vivimos la mercantilización de lo simbólico y el tránsito del espacio de los lugares al espacio de los flujos (Castells), los que desarrollan dos patologías que tienen el mismo sentido de no producir ciudad; por un lado, el enclaustramiento que conduce al encierro y a la

cultura a domicilio (tele trabajo, cine a domicilio), y por otro, la agorafobia que expulsa a la población del espacio público y hace que la plaza se convierta en un producto urbano en vías de extinción dentro del urbanismo moderno. (Carrión, 2011: 1)

Es aquella “agorafobia” que padece la ciudad actualmente, la que tiende cada vez más a segregar a sus habitantes, alejándolos del espacio público y privando a éste de sus principales atributos.

La agorafobia es el resultado de la imposición de un modelo económico y social que se traduce en una forma esterilizada de hacer la ciudad visible donde sea rentable e ignorando el resto. La agorafobia es una enfermedad de clase, ya que sólo se pueden refugiar en el espacio privado las clases altas. A los que viven la ciudad como una oportunidad de supervivencia no les queda opción (Borja, 2003, p. 211).

En esa dinámica, la ciudad se ve transformada y erosionada por los intereses de un pequeño grupo dominante. Es así como un sinnúmero de calles, plazas, barrios y otros elementos de la ciudad, independientemente de su historia y significado, tiende a desaparecer, generando lo que Carrión (2014) llama como “Urbicidio”:

El urbicidio no es la muerte de todas las urbes, ni tampoco el fin de las ciudades como realidad compleja; sino, más bien , el asesinato de una ciudad en particular o de ciertos componentes esenciales de ella, por procesos claramente definidos. (p. 80).

El urbicidio surge como consecuencia de las dinámicas de la ciudad neoliberal en el contexto global. Según Carrión (2014) éste se produce debido:

i) al crecimiento del peso que tiene el capital de promoción inmobiliario dentro de la economía global; ii) a la presencia de los grandes proyectos

urbanos (GPU) venidos de la crisis de la planificación urbana y de la demanda del sector inmobiliario; y iii) a la transformación de la ciudad segregada por la ciudad fragmentada –propia de la “ciudad insular” (Duhau)-, que genera una constelación de espacios discontinuos constituidos con “lugares de excepción” o “zonas francas” donde el urbanismo de productos –que responde a los negocios privados- se instala para colonizar el espacio y expulsar a la población de bajos ingresos bajo la lógica de la gentrificación. (p. 82).

Esos espacios de excepción, donde se instala el mercado, surgen al amparo de las normativas públicas, siendo estas muchas veces modificadas en favor de proyectos privados, principalmente del sector inmobiliario. Según Janoschka (2014) una de las medidas más usadas es: “(...) la liberalización de los mercados de propiedad y del suelo urbano como caldo de cultivo para las burbujas especulativas en el sector de la construcción” (p. 15). Con la modificación de las normativas se genera una desregulación de la urbanización, lo que se traduce en cambios de uso del suelo, de las densidades, las alturas de edificación, la otorgación de subsidios o créditos, etc.. Esto permite la renovación de grandes zonas urbanas, con el objetivo de atraer inversiones privadas. Como contrapartida, la violenta intervención de esos lugares desencadena una transformación total del espacio público, que conlleva a la expulsión de los grupos sociales más pobres de sus territorios, generando con ello una profunda segregación urbana y una alteración del tejido social. De tal manera que algunos componentes esenciales de la ciudad, como los barrios históricos, terminan por desaparecer. Estos procesos no solo destruyen el espacio físico de dichos barrios, sino también su memoria y su historia,

produciendo el olvido, bajo las lógicas del urbicidio. Respecto a esto Carrión (2014) plantea:

En definitiva, el urbicidio hace referencia, por un lado, a las prácticas destinadas a la producción del olvido; cuestión que en la actualidad se enmarca en el llamado choque de civilizaciones. Se trata de procesos y no de hechos puntuales, que se inscriben en contextos muchos más amplios. Se busca destruir la memoria histórica de la ciudadanía que opera como mecanismo de cohesión social y de identidad colectiva (*civitas*) para someter a esos pueblos a las lógicas de sociedades supuestamente más desarrolladas. (p. 83)

Con el fin de contrarrestar el urbicidio, lo que propone Carrión (2014) es: “el derecho a la ciudad” (p. 83). En esa misma línea Lefebvre (1978) plantea:

El *derecho a la ciudad* no puede concebirse como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales. Sólo puede formularse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada. Poco importa que el tejido urbano encierre el campo y lo que subsiste de vida campesina, con tal que “lo urbano”, lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, encuentre su base morfológica, su realización práctico-sensible. (p. 138)

De acuerdo a lo anterior, el derecho a la ciudad tiene relación con priorizar el valor de uso del espacio público, entendiéndolo como un lugar de encuentro y reconocimiento de la ciudadanía, por sobre el valor de cambio que impone el mercado. Pero ese derecho está lejos de ser considerado como tal por quienes se benefician de la ideología neoliberal, por lo cual no llegará solo, si no que es un derecho a conquistar.

La conquista implica iniciativa, conflicto y riesgo, pero también legitimidad, fuerza acumulada, alianzas y negociación. La iniciativa

puede surgir de la institución política local o de un movimiento cívico, y hasta de un colectivo social o profesional. Es necesario conquistar espacios, infraestructuras y edificios susceptibles de tener un uso público, que se hallan en manos tanto de entes públicos como privados que los tienen infrautilizados o congelados. Esta conquista no llegará únicamente por medio de demandas respetuosas, dentro de los marcos y procedimientos legales. Es necesario tener iniciativas que permitan crear movimientos de opiniones favorables a las demandas; situaciones de hecho por medio de ocupaciones simbólicas o continuadas y recursos ante tribunales superiores. (Borja, 2003, p. 212)

2.2 EL BARRIO: ESPACIOS, PRÁCTICAS Y CULTURA BARRIAL

Hacia una definición de barrio.

Según Gravano (2003) la palabra barrio, que proviene del árabe y pasa en el siglo IX al español, presenta diversas acepciones, entre las más habituales se encuentran “afuera de una ciudad”, “el exterior de una ciudad”, el “agrupamiento espontáneo de individuos con contactos frecuentes entre sí” o “partes en que se dividen los pueblos grandes”. De esta forma el autor establece que el concepto de barrio está delimitado por las siguientes ideas: la distancia al centro urbano, asumiendo que estos se ubican en la periferia; una parte de un todo, entendido como un fragmento de la ciudad; y las relaciones directas, espontáneas y no institucionales de sus habitantes.

Al preguntarse por el origen histórico del barrio, Gravano (2003) llega rápidamente a la siguiente conclusión: “No es posible hallar referencias a barrio

más que asociadas al fenómeno urbano, en los asentamientos que son definidos como ciudades, tanto las grandes (cities) como las pequeñas (towns)” (p. 44).

En la misma línea, George (1969) acentúa el vínculo con lo urbano y le incorpora al barrio una cualidad referencial y otra identitaria, estableciendo que es la unidad básica de la vida urbana:

Se trata a menudo de una antigua unidad de carácter religioso, de una parroquia que todavía subsiste, o de un conjunto funcional (...) Siempre que el habitante desea situarse en la ciudad, se refiere a su barrio. Si pasa a otro barrio, tiene la sensación de rebasar un límite (...) Sobre la base del barrio se desarrolla la vida pública y se articula la representación popular. Por último —y no es el hecho menos importante—, el barrio posee un nombre, que le confiere personalidad dentro de la ciudad. (p. 94)

Por otro lado, Lefebvre (1975) considera que el barrio no solo está asociado a lo urbano, sino también a lo social:

El barrio es una forma de organización concreta del espacio y del tiempo en la ciudad. Forma cómoda, importante, pero no esencial; más coyuntural que estructural (...) El espacio social no coincide con el espacio geométrico; éste último, homogéneo, cuantitativo, es sólo el común denominador de los espacios sociales diferenciados, cualificados (...) Sería el punto de contacto más accesible entre el espacio geométrico y el espacio social, el punto de transición entre uno y otro; la puerta de entrada y salida entre espacios cualificados y el espacio cuantificado” (p. 200 y 201).

Por su parte, Gravano (2003) distingue tres aspectos del barrio: primero, su espacialidad, que es el concepto más restringido, ya que acota el barrio al

espacio físico-arquitectónico considerándolo como unidad concreta, que actúa como referente tangible de identidades y símbolos. Segundo, su escenificidad, entendido como recinto o escenario social, en el que se aglutina la problemática social general, se condensa un conjunto de valores compartidos y se construye identidad. Y tercero, su funcionalidad estructural, es decir, el rol que juega dentro de la estructura socio urbana, donde su usos específicos se diferencian de los usos generales de la ciudad.

Estas tres variables (espacialidad, escenificidad y funcionalidad) adquieren sentido dinámico en una dimensión estructural dentro del sistema urbano, que sitúa el barrio como insumo de la reproducción necesaria de las clases trabajadoras, resultado de la división del trabajo y de la distribución desigual de la urbanización, en oposición a los espacios centrales de las ciudades, apropiados por las clases dominantes. (Gravano, 2003, p. 58)

Esas condiciones históricas han determinado que el barrio generalmente se sitúe en la periferia, a una distancia considerable del centro urbano. Respecto a las tres variables que distingue el autor, la primera, que considera al barrio como un espacio concreto y de referencia, resulta insuficiente para definirlo, ya que éste no es solo una entidad física, sino que también posee una dimensión simbólica.

Si bien la espacialidad es la variable más tangible (como límites e identificaciones de lugares concretos), el barrio no constituye una comunidad o unidad espacial ecológica, natural ni exclusivamente física. Su carácter signifiante, tanto simbólico como identitario, relativiza el problema de la escala para definirlo como objeto de estudio. (Gravano, 2003, p. 255)

La segunda variable que propone el autor, es decir la escenificidad, se refiere a las relaciones sociales que se producen en el barrio, donde los vecinos generan lazos de confianza, así como también al vínculo que ellos desarrollan respecto a su entorno, al que reconocen a partir de códigos comunes. Los habitantes le otorgan significados a los espacios y a las actividades que allí se desarrollan, es así como estos representan valores colectivos. Es lo que Gravano (2003) llama la Simbolicidad de lo barrial.

Los valores así construidos por los actores en situación tienen en el barrio su referente socio-espacial, que se refleja en la producción de sentido del imaginario urbano, con representaciones no sólo no coincidentes con las marcas físicas sino hasta contradictorias. (...) Esta trascendencia simbólica de lo barrial, como valor en si mismo, compartido por distintos grupos sociales, podría plantear la posibilidad de constituirse en cultura, entendida como sistema de representaciones y prácticas compartidas socialmente en torno a valores distintivos. (p. 61)

Respecto a la tercera variable, la funcionalidad, Gravano (2003) plantea que lo que distingue al barrio del resto de la ciudad es: “la residencial, asociada a la localización industrial y comercial y también a las funciones culturales y sociales que componen categorías más generales, como la de forma de vida” (p. 255). En este sentido, las actividades colectivas que los habitantes realizan, pueden encarnar valores reconocidos por la comunidad, que los identifican y diferencian del resto de la ciudad.

Identidad barrial: espacios y prácticas.

De acuerdo a Ruben (1992) es posible identificar 3 momentos en el proceso de formulación de la teoría contemporánea de la identidad al interior de la antropología. El primer momento se ubica después de la segunda guerra mundial con la aparición de las teorías estructurales de Claude Lévi-Strauss. De ellas se concluye que en las sociedades humanas hay elementos estables que permiten comprenderlas en oposición a otras sociedades que poseen otros elementos estables. “Esos elementos estables constituirían para Lévi-Strauss dimensiones irreductibles de las sociedades humanas” (Ruben, 1992, p. 72).

En el segundo momento, a mediados de la década del 50, Lévi-Strauss anuncia las hipótesis que darán pie a una teoría general de la identidad. A modo de síntesis, según Ruben (1992) esas hipótesis afirman que:

(...) todas las sociedades son portadoras de dimensiones culturales espaciales propias y únicas, por ellas elegidas que, de carácter irreductible persisten y configuran sus estructuras, visibilizando por lo tanto su reproducción como sociedades humanas. (p. 72)

En el tercer momento, situado en la década del 60, la antropología intenta explicar la permanencia de pequeñas sociedades que supuestamente estaban condenadas a desaparecer, “(...) enfatizando la permanencia de dimensiones significativas en el interior de cada una de ellas lo que las torna viables, únicas y que permiten su reproducción social” (Ruben, 1992, p. 74). De

esta manera concluye el proceso de formulación de una teoría general de la identidad contemporánea.

En esa misma línea, tanto Ruben (1992) como Gravano (2003) destacan el aporte que hizo Frederick Barth a fines de los 60, quien definió la identidad como:

(...) un proceso de identificación subjetivo y variable en el tiempo, por el cual un grupo se reconoce por contraste con otros y es reconocido por esos otros, afirmando la importancia de los límites (cambiables) y las interrelaciones y no de los contenidos culturales cristalizados. (Gravano, 2003, p. 259 y 260)

Lo anterior es una alerta del autor ante la inmutabilidad en que caen ciertas definiciones de identidad. Por otro lado, Gravano (2003) recurre a Y. Bromley para advertir acerca del riesgo que supone caer en el subjetivismo extremo, que: “reduce el proceso de formación o construcción de las identidades a la autoidentificación. Él define etnos como el conjunto de particularidades comunes más estables de un grupo a pesar de los cambios” (p. 260). Entonces, es posible afirmar que la identidad de un grupo social se define por aquello que permanece a medida que éste se transforma.

Otro concepto relacionado a esa definición de identidad es el de comunidad, que Delgado (2008) define de la siguiente forma:

La *Gemeinschaft* es esa sociedad imaginada como natural, que se caracteriza por el papel central que en ella juega el parentesco y la vecindad, sus miembros se conocen y confían mutuamente entre sí,

comparte vida cotidiana y trabajo y desarrollan su actividad teniendo como fondo un paisaje al que aman. La existencia de la Gemeinschaft se asocia íntimamente con un territorio con delimitaciones claras, cuyos habitantes “naturales” ordenan sus experiencias a partir de valores divinamente inspirados y/o legitimados por la tradición y la historia. (Delgado, 2008, p. 1)

Los habitantes de una comunidad poseen un estrecho vínculo con su territorio, ya que es ahí donde comparten diversas experiencias: trabajo, deporte, religión, recreación, etc.. A partir de ellas se relacionan y reconocen como parte de una historia común.

Lo común, puede ser lo de todos, pero con frecuencia significa aquello con lo que todos comulgan hasta convertirlos no solo en un único cuerpo, sino –y eso es especialmente estratégico- en una sola alma. Esa idea de lo común hace que la comunidad que de ella se deriva se presente como una unidad social severamente jerarquizada, que encierra a sus componentes en un orden cosmovisional y organizativo del que ni deben ni sabrían escapar. (Delgado, 2008, p. 5)

Identidad y comunidad son dos conceptos que permiten abordar la problemática del barrio, entendiendo que por un lado éste posee características propias y estables, a pesar de estar en constante transformación, y por otro lado, que sus habitantes comparten además de un territorio, códigos, normas y valores comunes, fundados en sus condiciones históricas de exclusión y en una serie de experiencias compartidas.

En principio, se destacan dos necesidades para las que la noción de barrio parece servir de respuesta conceptual: a) la de denotar la situación de diferenciación y desigualdad dentro de la ciudad, y servir de indicador del proceso de segregación en el uso y estructuración del espacio urbano y b) la necesidad de connotar determinados valores e ideales, que hacen

a la convivencia y a la calidad de la vida urbana en comunidad. Esto coloca el objeto en la relación inicial entre lo urbano —como marco general— y lo barrial, como realidad específica. (Gravano, 2003, p. 13)

La diferenciación y el contraste acentúan las particularidades de lo barrial, haciendo que surja su identidad. Al respecto Gravano (2003) afirma:

La base de la identidad es el conflicto estructural, presente necesariamente en toda sociedad humana, como resultado de relaciones históricas de poder. Lo específico de la identidad es el contraste objetivo y vivido en relaciones de alteridad, lo que implica su referenciación en prácticas y representaciones, esto es: dentro de la esfera de la cultura, como conjunto de significados compartidos y en contradicción. La identidad, por lo tanto, se expresa por medio de valorizaciones y a su vez es un pre-texto para expresar valores capaces de producir, mantener y transformar la significatividad de lo compartido y en contraste. (p. 259)

Siguiendo la idea anterior, el barrio se presenta como el resultado del choque entre el progreso y la tradición, donde lo primero tiene como objetivos renovar y privatizar aquellos espacios que aún mantienen cierta autonomía, mientras que lo segundo se resiste a dichas acciones. Lo que se defiende en esa oposición es el no control de las condiciones de vida de sus habitantes y es por eso que muchas veces el barrio no admite los “adelantos” de la ciudad. Esto con el fin de resguardar su estructura interna, puesto que lo que se impone desde fuera la mayoría de las veces provoca una desvalorización de los elementos propios del barrio. Gravano (2008) plantea que el barrio siempre tiende a oponerse a algo, ya sea a la ciudad, al centro o a otros barrios, ya que de esta manera reafirma el conjunto de valores que conforman lo barrial:

Algunos de estos valores son la tranquilidad, el carácter distintivo de lo obrero (“gente de trabajo”), la solidaridad vecinal, la confianza y el conocimiento mutuos (lo que llamamos la relacionalidad), la pobreza como rasgo reivindicativo de tipo moral, etc. El valor principal de ese eje es el arraigo, que se manifiesta mediante una naturalización ideológica de las relaciones sociales, cuando se hace presente la deshistorización de un “antes” indeterminado en el tiempo, cuya definición es el producto de la oposición con el ahora cambiante del barrio o el barrio cambiado, que sería la imagen más vigorosa (o anti-imagen barrial). (p. 2)

Estos valores surgen en la medida en que un grupo social comparte un espacio y un tiempo determinados. Es decir, “(...) la identidad barrial no es una variable de base (...) sino construida, asumida por el sujeto y por quienes lo observan, por quien se autoatribuye y por quienes le atribuyen esa identidad” (Gravano, 2003, p. 261). La identidad está determinada por la interacción entre los individuos y las actividades que ellos llevan a cabo, “(...) de acuerdo con el bagaje de construcciones simbólicas con que cada identidad se re-presenta; o sea: se vuelve a presentar en el tiempo, hacia sí misma y hacia los otros, con pretensión de permanencia” (Gravano, 2003, p. 259).

Si bien los valores del barrio atribuidos por los sujetos permanecen en el tiempo, en ningún caso son inmutables, sino que están siempre abiertos a posibles transformaciones.

(...) la identidad barrial no es un atributo estático ni una mera categoría analítica, ni sólo algo que emerge de las asunciones subjetivas de los actores, sino un resorte profundo en la construcción continua de significados dentro del fluir de las contradicciones históricas objetivas. (Gravano, 2003, p. 265)

Por otro lado, las identidades no se sostienen por si solas, sino que es necesario que los valores colectivos se reproduzcan constantemente en la cotidianidad del barrio, para reafirmar su permanencia ante su inminente posibilidad de ruptura.

La forma de ser de la identidad social es el conflicto continuo entre su reproducción y su ruptura. Sólo es dable hablar de equilibrio o estabilidad de una identidad como un estado histórico de esa puja. Por eso la identidad implica reivindicación de valores. Sin peligro de ruptura no hay modelo que apunte a la reproducción de esos valores. (Gravano, 2003, p. 265)

De acuerdo a lo planteado por el autor, es posible afirmar que la identidad del barrio solo es posible en esa tensión entre lo que se mantiene y lo que se modifica. Los adultos son quienes generalmente se encargan de reproducir aquellos valores que consideran significativos y los jóvenes representan la posibilidad de cambio o, pero también la de la actualización de lo barrial.

Matthew Crenson destaca que los barrios adquieren identidad menos por la frecuencia de contactos y el conocimiento de sus integrantes que por la certeza de que ellos son los que conforman el espacio y, de esta manera, son diferentes a otros barrios; es decir: no son las relaciones empíricas vecinales las determinantes de los lazos de identidad barrial sino el reconocimiento, la autoatribución y la construcción de representaciones simbólicas significativas dentro de un imaginario producto del entrecruzamiento de miradas adórale, referenciadas en el espacio urbano-barrial. (Gravano, 2003, p. 257)

En ese sentido la identidad barrial remite a la relación entre el imaginario de la comunidad y el espacio que sus integrantes cohabitan. “El espacio sirve

de marca a las identidades de la misma manera que las identidades marcan lo espacial en el proceso de atribución de sentido” (Gravano, 2003, p. 259). El espacio se torna significativo y de esta manera sustenta la formación de identidades sociales.

Respecto a la composición del espacio social, Lefebvre (2003) define 3 dimensiones: las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación. A cada una le corresponde un tipo específico de espacio: el espacio percibido, el espacio concebido y el espacio vivido. Según Lefebvre (2013) el primero: “Expresa una estrecha asociación en el espacio percibido entre la realidad cotidiana (el uso del tiempo) y la realidad urbana (las rutas y redes que se ligan a los lugares de trabajo, la vida “privada”, de ocio)” (p. 97). Se refiere a como los habitantes perciben su entorno a través de sus sentidos, al ocupar sus viviendas o caminar por la calle.

De acuerdo a Lefebvre (2013), el espacio concebido es el: “de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas (...). Es el espacio dominante en cualquier sociedad” (p. 97). Se trata del espacio construido a partir del conocimiento y legitimado a través de un discurso oficial.

El espacio vivido es el: “de los “habitantes”, de los “usuarios” (...) Se trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar. Recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos” (Lefebvre, 2013, p. 98). Es aquí donde los habitantes le otorgan

significados a su entorno, surgen oposiciones al discurso hegemónico y se da la lucha por el espacio social.

El espacio vivido se vincula al concepto de lugar antropológico definido por Augé (2000), quien plantea que éste es un lugar histórico y vital, donde confluyen las creencias y las actividades del ser humano, es de escala variable y es donde las personas se relacionan unas con otras. Es aquel que tiene sentido para quienes lo habitan y puede ser entendido por quienes lo observan.

Estos lugares tienen por lo menos tres rasgos comunes. Se consideran (o los consideran) identificatorios, relacionales e históricos. El plano de la casa, las reglas de residencia, los barrios del pueblo, los altares, las plazas públicas, la delimitación del terruño corresponden para cada uno a un conjunto de posibilidades, de prescripciones y de prohibiciones cuyo contenido es a la vez espacial y social. (Augé, 2000, p. 31)

Marc Augé (2000) agrega:

Histórico, por fin, el lugar lo es necesariamente a contar del momento en que, conjugando identidad y relación, se define por una estabilidad mínima. Por eso aquellos que viven en él pueden reconocer allí señales que no serán objetos de conocimiento. El lugar antropológico, para ellos, es histórico en la exacta medida en que escapa a la historia como ciencia. (p. 32).

A partir del reconocimiento de su entorno, los individuos se consideran como parte del barrio, es así como se identifican a partir de un “nosotros” y al mismo tiempo se diferencian de “otros”. Esto: “(...) marca los bordes dentro de los cuales los usuarios ‘familiarizados’ se autorreconocen y por fuera de los

cuales se ubica al extranjero o, en otras palabras al que no pertenece al territorio” (Silva, 2000, p. 53).

Por otro lado, la identidad barrial también se ve referenciada en las prácticas que los habitantes realizan. Lefebvre (1975) enfatiza la importancia de las actividades cotidianas respecto a la percepción del espacio y afirma que el barrio:

Es el microcosmos de un peatón que recorre un espacio, un cierto espacio en un tiempo determinado, sin tener necesidad de tomar un coche. De este hecho cotidiano, el área o radio de acción de un ciudadano que se desplaza a pie, se ha producido historia, y aún depende de él un cierto reparto de actividades (...) Este reparto está determinado, por una parte, por la sociedad en su conjunto, y por otra parte, por las exigencias de la vida inmediata y cotidiana. (...) es en este nivel donde el espacio y el tiempo de los habitantes toman forma y sentido en el espacio urbano. (p. 201 y 202)

Por su puesto que no todas las acciones que se realizan en el barrio se tornan significativas. “Las prácticas, entonces, se definen como barriales en la medida en que respetan o adquieren la coloratura de los significados que componen lo barrial, entendido como recorte y como conjunto de representaciones” (Gravano, 2003, p. 239). Sin ese vínculo no son más que prácticas como cualquier otra.

En suma, las representaciones del barrio se referencian en prácticas específicas que hacen a la vida cotidiana con una significación particular, dada por los valores de lo barrial. La reunión en el espacio público barrial y semipúblico del comercio minorista, del club o de una institución adquiere el carácter de barrial cuando se acompaña de abiertas valoraciones del barrio. (Gravano, 2003, p. 242)

De acuerdo a lo que plantea el autor, para que las prácticas del barrio configuren identidad es necesario que encarnen aquellos valores que los habitantes reconocen como propios. De esa manera las prácticas determinan lo que Gravano llama como “culturicidad de lo barrial”.

Esta culturicidad de lo barrial bien podría ser traducida en la posibilidad de teorizar acerca de una cultura barrial, definida como el conjunto de prácticas y representaciones compartidas por un segmento social que se articulan en torno a los valores que hemos definido como barriales, y que compondrían nuestro "modelo" de lo barrial. (Gravano, 2003, p. 242)

Son aquellas prácticas que los habitantes cargan de significados las que permiten reivindicar los valores del barrio y reproducir socialmente su identidad.

Esto pone en el tapete la razón de ser de muchas de las prácticas, que en el seno mismo de esa contradicción entre el ser y desaparecer, entre el orden y el destino, encuentran su razón de actualizarse como significativas, en la misma proporción de su recurrencia y pérdida, poniéndonos frente al concepto de rito. (Gravano, 2003, p. 243)

La reiteración de ciertas prácticas representativas hacen que la identidad del barrio mantenga su estabilidad y permanezca en el tiempo, minimizando su posibilidad de ruptura. Su periodicidad y significación hacen de la práctica un rito, entendido éste como una manifestación cultural, que se caracteriza por:

1) un componente básico material (prácticas tangibles y recurrentes situadas en espacio y tiempo), y 2) otros componentes virtuales e implicados en aquéllos (representaciones, creencias y reglas), más 3) un eje específico que es el que hace que una práctica cualquiera pueda ser caracterizada como rito: la significación, el valor o el efecto que el rito produce o le es atribuido en forma específica. (...) sin discutir la tangibilidad de las prácticas como su recurrencia, lo que las convierte en ritos es el eje significacional. (Gravano, 2003, p. 244)

A partir de lo anterior se infiere que más importante que la práctica es lo que ella representa, su significado, ya que éste es quien mantiene vigente la identidad barrial.

Rito, entonces, no es la práctica en sí sino cómo se la vive, cómo se la representa, cómo se la invoca, cómo se la manipula. Una parte insoslayable del rito es el relato y la reflexividad del actor acerca de la práctica o, más precisamente, del significado de la práctica. (Gravano, 2003, p. 245)

Entonces son los significados que los habitantes le atribuyen a los espacios y a las prácticas rituales los que por su recurrencia construyen historia, configurando así la dimensión simbólica del barrio. Estos espacios y prácticas representativas no solo son relevantes por su carácter tangible, sino también porque son parte de la memoria colectiva del barrio, es decir, se les recuerda y se les revive cada cierto tiempo.

Imaginario y cultura barrial.

Las ciudades no son solo lugares físicos para ser habitados sino también espacios para ser imaginados, tanto por sus habitantes como por otros individuos capaces de producir diversos tipos de representaciones sobre ella.

Las ciudades se construyen con casas y parques, calles, autopistas y señales de tránsito. Pero las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser la de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de la prensa, la radio y la televisión. La

ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas. (García Canclini, 1997, p. 109)

La ciudad imaginada, rememorada y representada configura a partir de múltiples capas lo que Gravano (2005) llama como “palimpsesto urbano”:

Las imágenes de la ciudad se superponen, pero ninguna desaparecería totalmente. Todas se continuarían en el tiempo posterior a su surgimiento, como un sedimento residual (Williams), incluidas en la memoria social como huellas, conformadoras de un suelo, desde donde se erigirán ulteriores imágenes, para las cuales los trazos marcados en la superficie servirán de material insoslayable. (Gravano et al., 2005, p. 28)

Ese conjunto de imágenes y representaciones, que encarnan ciertos valores y es posible referenciarlos en espacios y prácticas concretas, conforma el imaginario colectivo. Es decir, el “uso e interiorización de los espacios y sus respectivas vivencias dentro de la intercomunicación social” (Silva, 1992, p. 15). De esa manera, los habitantes configuran el imaginario barrial, a partir de la relación que establecen con los espacios, las prácticas y los valores que éstas representan.

Hablamos de la capacidad de lo barrial para construir y ser construido por el imaginario social, lo que llamamos imaginalidad. De acuerdo con esta variable, el barrio adquiere la función de ser un referente de una representación, de una imagen sostenida por actores. Junto a su carácter físico-espacial pasa a ser un conjunto de rasgos, signos ubicables en la esfera ideológico-simbólica con vinculaciones entre esas imágenes y las ocupaciones del espacio barrial concreto. (Gravano, 2003, p. 266)

Los espacios y las prácticas barriales, ambos entendidos como elementos portadores de significados colectivos, constituyen un conjunto de rasgos comunes que dan forma al imaginario barrial y lo acercan a una posible definición de cultura.

La cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida. (Geertz, 1987, p. 88)

Como complemento a lo anterior, Delgado (2008) plantea:

La cultura sería precisamente ese cemento que daría solidez a grupos humanos presupuestos como unidades discretas, exentas e inmanentes, fuente de congruencia que les permite autoidentificarse y dotarse de límites cosmovisionales hasta cierto punto inconmesurables. (p. 3)

En ese sentido es el imaginario barrial el que funciona como sistema, puesto que establece un horizonte simbólico que se reactualiza constantemente y trasciende al grupo social y su contexto específico, teniendo la capacidad de reproducirse y mantenerse en el tiempo, de ahí que éste puede ser entendido como cultura.

Entender lo barrial como cultura implica, entonces, captar la producción de sentido referenciada en el espacio barrial, detectando las texturas de los entrecruces de representaciones y las formas estatuidas para que esas representaciones adquieran valor y significación histórica. (Gravano, 2003, p. 270)

Lo barrial como cultura apunta a una suerte de metáfora social que explica como los significados del barrio son capaces de modelar comportamientos y representaciones.

La cultura barrial brinda un modelo del mundo, una forma de posicionarse ante el transcurrir del tiempo histórico, una manera de relacionarse con los otros y los unos, o de definir quiénes son y deberían ser los unos y los otros. (Gravano, 2003, p 270)

En ese sentido el modelo barrial define una posición en la estructura socio-económica de la ciudad, evidenciando notorias desigualdades entre: “(...) quiénes son expropiados y quiénes dominantes, quiénes hegemónicos y quiénes subalternos” (Gravano, 2008, p. 4). Esas asimetrías se arrastran desde los orígenes del barrio, al ser fundados en la periferia, lejos de las centralidades que concentran el poder.

La cultura barrial toma distancia de la estructura dominante de la sociedad contemporánea, con la cual se encuentra en constante tensión, debido a que está última tiende a imponer un dominio de clase (el control sobre las condiciones de vida) y el barrio se resiste a ello con el fin de conservar su autonomía. De ahí que éste se presenta como un modo de vida alternativo al de la ciudad moderna.

A la par, se da la edificación de esa gran producción de sentido que es la modernidad como parte del imaginario contemporáneo, dentro del cual tiene una incidencia central la idea de “progreso”, respecto a la cual se sitúan valorativamente los segmentos “atrasados” o desechables de lo que “debería ser” la vida moderna. (Gravano, 2008, p. 8)

Es así como el barrio se sitúa en un lugar opuesto al de la ciudad moderna y a partir de allí se establecen diferencias en sus producciones ideológico-simbólicas. De esa manera se articula una dinámica de lucha de clases, que es también una lucha por los sentidos y significados presentes en la ciudad.

En esto reside el "fundamento secreto" de las relaciones de poder, como llamaba Marx a la relación entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos. Y esta contradicción se corporiza en sectores distintos que, por consiguiente, se articulan con una relación antagónica de por medio, que produce y es producida por la fuerza de esa misma contradicción (o conflicto previo y estructural) y por las formas y contenidos con que los sujetos sociales se entornan y constituyen alrededor y dentro de ese mismo desarrollo. (Gravano, 2003, p. 276)

La ciudad se transforma en un lugar de disputa simbólica, donde se evidencian los conflictos y las desigualdades sociales, y donde el barrio, a través de su identidad e imaginario, reclama ser reconocido y validado.

El campo de lo simbólico representa —como diría Voloshinov— la "arena de la lucha de clases", en tanto se reflejan en ella los resultados del trabajo propiamente humano de ruptura, ya que únicamente en el campo de los signos es posible dirimir algún conflicto, y ningún conflicto puede ser tal al margen del reino de los signos, de lo contradictorio. (Gravano, 2003, p. 276)

2.3. MEMORIA, RESISTENCIA Y VISUALIDAD

Memoria, resistencia y visualidad son conceptos que se encuentran estrechamente vinculados, ya que representan distintas formas de aproximarse al pasado e interpelar el presente.

Memoria colectiva.

Hablar de la memoria supone aludir a un proceso en el que se condensa: tiempo, espacio, relaciones sociales, historicidad, poder, subjetividad, prácticas sociales y conflictos, además de transformación y permanencia.

Ricoeur (2000) sostiene que la memoria no es el pasado, sino una (re)presentación del pasado, una huella, un signo o un indicio de lo acontecido: “(...) un acontecimiento nos ha afectado, impresionado, y la marca afectiva permanece en nuestro espíritu” (p. 547). Es así como el recuerdo puede: “sobrevivir, persistir, permanecer, durar, conservando la marca de la ausencia y de la distancia” (Ricoeur, 2000, p. 547). A partir de él es posible invocar el pasado y reconstruir la memoria.

En su proceso de reconstrucción, toda memoria se sostiene a partir de un dispositivo temporal y un dispositivo espacial, en relación con un conjunto de prácticas sociales o acontecimientos. Es así como en el acto de recordar existe un estrecho vínculo entre el cuerpo (de quien o quienes recuerdan), el tiempo

(donde transcurre dicho recuerdo) y el espacio (donde el recuerdo ha quedado circunscrito). En esa dinámica se elaboran subjetividades, individuales y colectivas, creando identidad.

La transición de la memoria corporal a la memoria de los lugares está garantizada por actos tan importantes como orientarse, desplazarse y, más que ningún otro, vivir en... Es en la superficie de la tierra habitable donde precisamente nos acordamos de haber viajado y visitado parajes memorables. De este modo las “cosas” recordadas están intrínsecamente asociadas a lugares. (...) Los lugares “permanecen” como inscripciones, monumentos, potencialmente documentos mientras que los recuerdos transmitidos únicamente por vía oral vuelan como lo hacen las palabras” (Ricoeur, 2000, 62-63).

En ese sentido, los lugares funcionan como referencias y superficies de inscripción de los recuerdos y sirven de apoyo al momento de reconstruirlos y representarlos. Ricoeur (2000) agrega que la (re)presentación del pasado se refiere a un doble proceso: por un lado a ver hacia atrás; mientras que por otro, a ver de nuevo. A estas dos variables, es posible sumar una tercera: la memoria como (re)creación del pasado forjada a partir de los conflictos, preguntas y exigencias que surgen en el presente. Esta última variable le otorga a la memoria una función política.

La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones (...) La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en el presente eterno (...) Por ser afectiva y mágica, la memoria solo se ajusta a detalles que la reafirman; se nutre de recuerdos borrosos, empalmados, globales o flotantes, particulares o

simbólicos; es sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones. (Nora, 2008, p. 20 y 21)

Mientras el pasado es algo inmodificable, recordar es una dinámica abierta, siempre sujeta a nuevas reinterpretaciones por parte de los actores sociales. Por tanto la memoria es una construcción social en la que se inscriben las marcas de procesos históricos atravesados por el poder, la cultura y las experiencias de los individuos. En ese sentido la memoria adquiere una connotación colectiva. “Atravesamos la memoria de los otros, esencialmente en el camino de la rememoración y el reconocimiento” (Ricoeur, 2000, p.158). A pesar de que el testimonio proviene originalmente de un individuo, los recuerdos son siempre compartidos, ya que: “transcurren en lugares marcados socialmente: el jardín, la casa, el sótano, etcétera” (Ricoeur, 2000, p. 159). Cada uno de ellos tiene un marco social y éste es inseparable al proceso de rememoración. “En otras palabras, uno no recuerda solo” (Ricoeur, 2000, p. 159).

Teniendo en cuenta que ese contexto social es inseparable de nuestras acciones es posible considerar la memoria como un acto colectivo, “hay que volverse del lado de las representaciones colectivas para explicar las lógicas de coherencia que rigen la percepción del mundo” (Ricoeur, 2000: 160).

En esa misma línea, Halbwachs (2004) profundiza en el aspecto social de la memoria, identificando una memoria individual y otra colectiva:

Supongamos, no obstante, que los recuerdos tengan dos formas de organizarse y puedan agruparse en torno a una persona definida, que los vea desde su punto de vista o se repartan dentro de una sociedad mayor o menor, de la que sean imágenes parciales. Por lo tanto, habría memorias individuales y, por decirlo de algún modo, memorias colectivas. (p. 53)

De esta manera, el individuo participa en la conformación y representación de dos tipos de memorias. La relación que existe entre ambas tiene ciertas particularidades.

(...) la memoria individual puede respaldarse en la memoria colectiva, situarse en ella y confundirse momentáneamente con ella para confirmar determinados recuerdos, precisarlos, e incluso para completar algunas lagunas, no por ello dicha memoria colectiva sigue menos su propio camino, y toda esta aportación exterior se asimila e incorpora progresivamente a su sustancia. La memoria colectiva, por otra parte, envuelve las memorias individuales, pero no se confunde con ellas. Evoluciona según sus leyes, y si bien algunos recuerdos individuales penetran también a veces en ella, cambian de rostro en cuanto vuelven a colocarse en un conjunto que ya no es una conciencia personal. (Halbwachs, 2004, p. 54)

La vida de un individuo es inseparable del grupo social, por lo cual todo lo que es producido por dicho grupo determina a quienes lo integran. Es así como la memoria colectiva está constituida por las memorias parciales de todos los que son parte de un grupo social. En cambio la memoria individual solo pertenece al individuo, a pesar de estar condicionada por el entorno social donde éste se encuentra inserto.

Por otro lado, el contexto socio-histórico es mucho más amplio que la vida de los propios individuos, debido a esto, con el paso de los años, dicho

contexto tiende a transformar la memoria colectiva en una memoria histórica, fijando ciertos acontecimientos, a través de los cuales se representa el pasado.

Así pues, cabría distinguir dos memorias, que podemos denominar, por ejemplo, una memoria interior o interna y otra exterior, o bien una memoria personal y otra memoria social. Podríamos decir aún con más precisión: memoria autobiográfica y memoria histórica. La primera se apoyaría en la segunda, ya que al fin y al cabo la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general. Pero la segunda sería, naturalmente, mucho más amplia que la primera. Por otra parte, sólo nos representaría el pasado de forma resumida y esquemática, mientras que la memoria de nuestra vida nos ofrecería una representación mucho más continua y densa. (Halbwachs, 2004, p. 55)

La memoria histórica fija ciertos hechos sociales del pasado que son reconocidos por todos, pero la mayoría no ha participado directamente en ellos, por lo cual esta memoria se encuentra distante de los individuos, ya que quienes fueron partícipes de ella pertenecen a una época anterior, por lo que su carga vital se ha apagado con el paso del tiempo.

Si, por memoria histórica, entendemos la serie de hechos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella sino sus marcos, lo que representa el aspecto esencial de lo que denominamos la memoria colectiva. (Halbwachs, 2004, p. 79)

A diferencia de la memoria histórica, en la memoria colectiva los recuerdos siguen vivos y son cercanos, ya que quienes rememoran los hechos estuvieron implicados en ellos de manera directa o se encuentran actualmente experimentando sus consecuencias, por lo tanto esa memoria los identifica como

parte de un grupo, diferenciándolos de otros. Respecto a la memoria colectiva Halbwachs (2004) agrega:

Es una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que del pasado sólo retiene lo que aún queda vivo de él o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene. Por definición, no va más allá de los límites de este grupo. (p. 81)

Memoria y Resistencia: la disputa de los significados del pasado

Garcés y Nicholls (2005) plantean que la memoria es una fuente de enorme valor para la historia, “(...) en cuanto es reveladora también del modo en que los protagonistas de ciertos sucesos del pasado vivieron, sintieron y significaron sus experiencias” (p. 14). En ese sentido la memoria funciona como una puerta de acceso al pasado y construye un saber. El propio Garcés (2017) agrega que el testimonio:

(...) desprende de la huella vivida un vestigio de ese rastro, y ese vestigio es la declaración que aquello existió. En ese “aquello existió”, están implicadas tres cosas: la primera, “yo estuve allí” (éste es el meollo de la ambición de verdad de la memoria); la segunda “créeme”, lo que apela a la confianza, pero, en tercer lugar, el testigo puede agregar “si no me crees, pregúntale a otro”. De este modo, a la memoria podemos pedirle fidelidad mientras que a la historia que es “una memoria de otra especie”, le pedimos que nos narre y nos represente el pasado. (p. 29)

En relación a lo anterior, el autor establece una marcada diferencia entre la memoria y la historia, donde la primera aparece ligada a una cierta verdad originaria, mientras que la segunda es entendida como un relato de mayor

elaboración. Con el fin de profundizar en el concepto de memoria, Garcés (2017) propone una serie de ideas elaboradas a partir de sus investigaciones en diversas poblaciones, éstas delimitan tanto el acto de recordar como sus implicancias:

a) Que la memoria es una producción subjetiva, recordamos aquellos que resulta significativo para nuestras vidas; b) La memoria más que recuperar, recrea el pasado con nuevos significados y perspectivas; c) La memoria es individual y colectiva, se conjuga en todos los tiempos verbales, amén de que “necesitamos de los otros para completar nuestros recuerdos”; d) La memoria es un campo disputa cuando la sociedad necesita elaborar su propio pasado de luchas, quiebres y conflictos de “un pasado que no pasa”; e) La memoria tiene su propia historicidad; “la memoria es tiempo”; f) La memoria es fragmentaria, retiene vestigios del pasado; g) La memoria popular es una fuente de sentidos individuales y colectivos. (Garcés, 2017, p. 29 y 30)

De todas aquellas ideas, la que sitúa a la memoria como campo de disputa de los significados del pasado resulta tremendamente atingente en un país donde el poder político y económico tienden a oficializar una lectura del pasado que pretende ser indiscutible. En ese sentido lo que el poder busca es:

(...) el modelamiento de una nueva “memoria oficial”, que selecciona, manipula e interpreta el pasado haciéndolo funcional al presente de la actual clase política y el Estado. Un presente que desde el poder se ha buscado organizar en torno a los requerimientos de un proyecto de “governabilidad democrática”, concebida como “governabilidad sistémica”, es decir, aquella que hace posible la continuidad del modelo de desarrollo neoliberal y el equilibrio institucional a través del ejercicio de un régimen político débilmente democrático, con escasos canales de participación social popular y sustentado en una Constitución política autoritaria, heredada de los militares (la Constitución de 1980). (Garcés, 2002, p. 7 y 8)

De esta manera, la memoria oficial emanada desde el poder se presenta como un elemento que es servil a la economía neoliberal, puesto que esconde las desigualdades sociales así como las antiguas fracturas sistémicas y sus posteriores consecuencias, minimizando la posibilidad de que resurja el conflicto social.

Que desde el poder se busque modelar una nueva memoria oficial y que desde los medios de prensa y la televisión se privilegien los discursos de los denominados poderes de facto (en especial de los empresarios y de las fuerzas armadas) no significa que ellos hayan ganado la batalla por la memoria, ya que los chilenos de pueblo también recuerdan, comparten cotidianamente sus diversas memorias y, en algunos casos, organizan iniciativas en favor de las memorias que no tienen espacio ni expresión en las instituciones del Estado o en los medios de comunicación masivos. (Garcés, 2002, p. 8)

En ese contexto, lo que se disputa son los modos de narrar el pasado y las formas de reconstruir la memoria o mejor dicho las memorias, de quienes por estar distantes del poder, el pueblo, no han sido considerados como parte del relato oficial. Es así como la memoria adquiere una función política.

En efecto, la memoria es política por cuanto tiene que ver con la significación que otorgamos a nuestro pasado reciente, pero además, porque tiene que ver también con los déficit de justicia, de verdad y de democracia que han predominado hasta el día de hoy en nuestro país. (Garcés, 2002, p. 8)

A partir de su condición política la memoria es también un ejercicio de resistencia ciudadana, resistencia a la oficialidad que impone el poder, resistencia a la borratura de su tradición ejercida por el progreso, resistencia al

olvido de su historia que se diluye ante las eternas actualidades que pregonan los medios de comunicación.

Las memorias populares, que habitualmente están trabajando como resistencia a la memoria oficial, preservan y recrean en el tiempo aquellos sucesos o experiencias que fueron vividas como relevantes por el pueblo y, por cierto, nos proponen otra narrativa del pasado. Preservan en el sentido que protegen a la experiencia vivida del olvido, y recrean, en el sentido que cada vez que el pasado se trae al presente se lo hace en contextos nuevos, bajo preguntas del presente, de tal modo que las historias son contadas una y otra vez con matices, adjetivos y emociones diversas. (Garcés, 2002, p. 7 y 8)

En la misma línea, Richard (2001) analiza como los relatos hegemónicos sobre la memoria tienden a clausurar todo tipo de significados y lecturas acerca del pasado que se puedan presentar como problemáticas o desestabilizadoras para el poder político o económico: “Las huellas del pasado sufren hoy reiteradas operaciones de borradura, y no solo político-institucionales. Las hay también disfrazadas de seducción televisiva y de goce comercial” (p. 15). En ese contexto lo que propone Richard (2001) es releer el pasado a partir de miradas descentradas, laterales u oblicuas, que permitan: “construir ciertos desajustes de representación que rompan el equilibrio funcional de las categorías predefinidas” (p. 13). Y de esta forma den cuenta de “fragmentos, residuos, narraciones escindidas” que escapen a los marcos de la oficialidad y permitan: “quebrar la sedimentada indiferencia que construye la borradura mediática de un presente duramente empeñado en suprimir todos los códigos de equivalencia sensible entre lo dañado y las redes sociales de traslación del

recuerdo” (Richard, 2001, p. 15). Para que esto sea posible: “el recuerdo necesita de superficies de inscripción donde grabarse para que la relación viva entre marca, textura y acontecimiento, libere nuevos efectos de sentido” (Richard, 2001, p. 15).

En la realidad pos-dictatorial chilena, donde continúa predominando la lógica de los acuerdos, que busca minimizar los antagonismos, con el fin de esconder las asimetrías sociales y evitar los conflictos, el pasado es vaciado de sus significados perturbadores para que estos no interfieran con la prosperidad económica que promete el actual sistema neoliberal. Es así como solo se nombra a la memoria: “(...) con palabras exentas de toda convulsión de sentido” (Richard, 2001, p. 31). Se la nombra en discursos con el fin de “saldar” una deuda formal con el pasado, pero sin generar una verdadera intervención más allá de su propio enunciado.

Pareciera, entonces, que el consenso político es sólo capaz de “referirse a” la memoria (de evocarla como tema, de procesarla como información), pero no de *practicarla* ni tampoco de *expresar sus tormentos*. “Practicar” la memoria implica disponer de los instrumentos conceptuales e interpretativos para investigar la densidad simbólica de los relatos; “expresar sus tormentos” supone recurrir a figuras del lenguaje (símbolos, metáforas, alegorías) suficientemente conmovibles para que entren en relación solidaria con la desatadura emocional del recuerdo. (Richard, 2001, p. 30 y 31)

El modelo económico instaurado en la dictadura que sigue hoy en pleno funcionamiento clausura las conexiones entre pasado y presente para que no se produzca aquella relación emocional con el recuerdo, puesto que su poder

se basa en los “deseos” del ahora y en las “aspiraciones” futuras de sus consumidores. Es por eso que se tiende a despolitizar la memoria, transformándola en simple información sin ningún asidero en el presente. En sentido contrario, Richard (2001) acentúa toda la potencia disruptiva y renovadora de la memoria.

La memoria es un proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones. La memoria remece el dato estático del pasado con nuevas significaciones sin clausurar que ponen su recuerdo a trabajar, llevando comienzos y finales a reescribir nuevas hipótesis y conjeturas para desmontar con ellas el cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas. Y es la laboriosidad de esta memoria insatisfecha, que no se da nunca por vencida, la que perturba la voluntad de sepultación oficial del recuerdo mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas. (Richard, 2001, p. 29 y 30)

Se hace urgente entonces la reactualización de la memoria frente a la desmemoria del presente. La reactivación de los diversos significados del pasado que permitan iluminar el deliberado andamiaje que sostiene la memoria oficial.

Frente a las múltiples desvinculaciones entre pasado y presente que fabrican las tecnologías del olvido expertas en suprimir las articulaciones biográficas e históricas de las secuencias cronológicas y en borrar la problematicidad de sus enlaces, quizás debamos activar la proliferación de relatos capaces de multiplicar tramas de narratividad que pongan en marcha adelantamientos y retrospectiones para llevar la temporalidad de la historia a devolverse sobre sí misma en cada intersección de hechos y palabras, haciendo saltar así la imagen mentirosa de un “hoy” desligado de todo antecedente y cálculo oficiales. (Richard, 2001, p. 39)

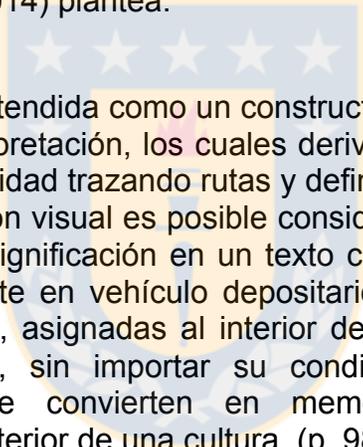
Es por eso que es necesario configurar superficies de reinscripción sensible de la memoria, que permitan restaurar la capacidad de nombrar el pasado, resignificarlo y devolverle su vínculo con el presente, para que así resurjan sus elementos comunes y también sus contradicciones.

Visualidad: imagen, anacronismos y supervivencias.

La historia de la fotografía se inicia en 1839 con la aparición del primer procedimiento fotográfico: el daguerrotipo. A través del cual era posible fijar la imagen en una placa metálica que contenía un compuesto fotosensible en una de sus caras. Si bien Joseph Niepce había inventado ya en 1824 un procedimiento inicial fue Louis Daguerre quien lo perfeccionó y lo puso al alcance de todos. De ahí en adelante, la fotografía tomó el relevo de la pintura como medio de representación de la realidad, debido a su capacidad de reproducir la vida social con exactitud y fidelidad. Son esas mismas características las que le otorgaron a la fotografía un carácter documental y permitieron que esta tuviera un uso científico, debido a que se le atribuía una cierta condición de objetividad.

Con los años la fotografía adquirió cada vez mayor relevancia, tanto en su uso doméstico como científico. En el segundo caso esta fue incorporada como un instrumento de la investigación social, entendiendo que se trata de un testimonio visual que entrega información valiosa sobre el pasado, a partir de la

cual es posible estudiarlo y reconstruirlo. Incluso si existen fuentes orales o escritas, las fotografías aportan datos a los que muchas veces es imposible acceder de otra manera. En ellas se despliegan espacios, prácticas, cuerpos, objetos, etc., a través de los cuales se revelan las condiciones materiales de la realidad, evidenciando en algunos casos fenómenos sociales que encarnan significados colectivos. Es por eso que la imagen constituye el componente fundamental de la visualidad, ya que permite acceder a esos significados. En ese sentido Tenoch (2014) plantea:



La visualidad entendida como un constructo social opera desde acuerdos básicos de interpretación, los cuales derivan en competencias de menor a mayor complejidad trazando rutas y definiendo identidades (...) Gracias a la comunicación visual es posible considerar las principales estrategias para depositar significación en un texto constituido por imágenes. Cada texto se convierte en vehículo depositario de contenidos y trabaja con funciones varias, asignadas al interior de un espacio social organizado semánticamente, sin importar su condición material. Las imágenes interpretadas se convierten en memoria colectiva transmitida y conservada al interior de una cultura. (p. 98)

En relación a lo anterior es posible afirmar que las imágenes dan cuenta de la memoria y el imaginario no solo de un individuo sino también de un grupo social, ayudando a conservar su identidad a través del tiempo. Para que eso ocurra, las imágenes deben representar significados comunes definidos por los propios actores sociales, puesto que son ellos los encargados de construir la visualidad.

El concepto de imagen ha sido abordado desde disciplinas como la semiología, filosofía e historia, ellas han definido su naturaleza y su relación con la realidad, el presente, el pasado, la memoria y la historia. Desde la semiología, Barthes (2016) reconoce dos elementos vinculados a la forma en que las imágenes son percibidas por los individuos: el “studium” y el “punctum”. El primero se refiere al interés general que estas producen en quien las observa.

(...) el studium, que no quiere decir, por lo menos no inmediatamente, “el estudio”, sino la aplicación a una cosa, el gusto por alguien, una suerte de dedicación general, ciertamente afanosa, pero sin agudeza especial. (p. 58)

En cambio el segundo elemento viene a perturbar el primero, ya que posee la capacidad de investir la mirada del ser humano, provocando una suerte de: “(...) pinchazo, agujerito, pequeña mancha, pequeño corte, y también casualidad. El punctum de una foto es ese azar que en ella me despunta (pero que también me lastima, me punza)” (Barthes, 2016, p. 59).

En una imagen no necesariamente están presentes ambos elementos, de hecho el autor establece que muchas de ellas solo despiertan el “studium”, que invita a investigarlas y comprenderlas como elementos de la cultura y sus códigos. Por el contrario, pocas imágenes logran afectar o herir la mirada, desdoblarse la realidad, hacerla vacilar a partir de un detalle, que desorienta, se resiste a lo evidente y abre la dimensión de lo fotografiado a nuevas lecturas.

“El punctum es entonces una especie de sutil más-allá-del-campo, como si la imagen lanzase el deseo más allá de lo que ella misma muestra” (Barthes, 2016, p. 99). En ese sentido, el punctum provocado por algunas imágenes altera la mirada y abre el campo perceptivo, permitiendo al observador establecer nuevas relaciones y descubrir significados que no había previsto.

En la misma línea Barthes (1986) afirma que las imágenes poseen una serie de significados latentes y su definición dependerá de quien hace la lectura:

(...) toda imagen es polisémica, toda imagen implica, subyacente a sus significantes, una cadena flotante de significados, de la que el lector se permite seleccionar unos determinados e ignorar todos los demás. (p. 35)

Con el fin de dilucidar aquellos significados, Barthes (1986) establece que hay 3 tipos de mensajes presentes en la imagen: lingüístico, denotado y connotado. El mensaje lingüístico hace referencia a la relación entre texto e imagen. Su objetivo es guiar la interpretación y tiene dos funciones: el anclaje, que fija los posibles sentidos denotados y ayuda a identificar los objetos. “(...) el anclaje puede ser ideológico, y ésta es sin duda su función principal; el texto conduce al lector a través de los distintos significados de la imagen” (Barthes, 1986, p. 36). La segunda función del mensaje lingüístico es el relevo, que define una intercalación inseparable entre texto e imagen, donde el texto no le otorga sentido a la imagen sino que constituye un elemento más del sintagma icónico, donde ambos funcionan de manera conjunta.

El segundo tipo de mensaje presente en la imagen es el denotado, éste corresponde a un enunciado literal, donde solamente se requiere la percepción para reconocer los elementos de una composición. Se refiere a los elementos explícitos ofrecidos por la imagen, que a su vez dejan en evidencia el estrecho vínculo que existe entre la imagen y su referente, es decir la realidad. A partir de esa relación se le otorga a la imagen la noción de “registro” y se le reconoce una cierta carga de verdad.

El tercer mensaje presenta signos que provienen de un código cultural y que corresponden a la dimensión simbólica de la imagen, a partir de lo cual es posible realizar diferentes lecturas, que dependerán de los saberes utilizados. “La imagen, en su connotación, estaría constituida entonces por una arquitectura de signos extraídos de una profundidad variable” (Barthes, 1986, p. 43). Si bien el mensaje denotado asocia elementos icónicos discontinuos a través de un relato, que naturaliza la lectura de la imagen y sirve de sustento al mensaje connotado, éste último funciona como un sistema simbólico que evidencia significados mayores asociados a una cultura específica.

Respecto a la relación de la imagen fotográfica con su referente, ésta es lo que la diferencia de los otros sistemas de representación, ya que a pesar de ser una interpretación subjetiva del mundo, igual que las demás expresiones artísticas, nadie puede negar que lo fotografiado estuvo delante de la cámara en el momento del disparo. Por lo tanto: “El nombre del noema de la fotografía

será pues: “Esto ha sido”, o también: lo Intratable” (Barthes, 2016, p. 121). A partir de eso es posible afirmar que la fotografía da cuenta de la realidad y a su vez es portadora de: “(...) una doble posición conjunta: de realidad y de pasado” (Barthes, 2016, p. 121).

De las ideas de Barthes se desprenden dos maneras de entender la fotografía, utilizadas constantemente en la investigación social: la fotografía como huella y como muerte. En ambos casos la imagen tiene un valor como documento histórico, ya que no solo se la considera como una interpretación, sino que se le otorga un carácter de verdad. Respecto de esto Sontag (2016) afirma:

(...) una fotografía no es solo una imagen (en el sentido en que lo es una pintura), una interpretación de lo real; también es un vestigio, un rastro directo de lo real, como una huella o una máscara mortuoria. Si bien un cuadro, aunque cumpla con las pautas fotográficas de semejanza, nunca es más que el enunciado de una interpretación, una fotografía nunca es menos que el registro de una emanación (ondas de luz reflejadas por objetos), un vestigio material del tema imposible para todo cuadro. (p. 150)

Desde la filosofía, Sontag afirma que la imagen fotográfica nace a partir de un vínculo material con lo que ha registrado, por lo que el trazo de luz fija en la imagen parte de lo real, contradiciendo la concepción platónica de la imagen.

Homologar las imágenes con sombras –copresencias transitorias, mínimamente informativas, inmateriales, impotentes, de las cosas reales que las proyectan- convenía a la actitud despectiva de Platón ante las imágenes. Pero la fuerza de las imágenes fotográficas proviene de que son realidades materiales por derecho propio, depósitos ricamente

informativos flotando en la estela de lo que las emitió, medios poderosos para poner en jaque la realidad, para transformarla en una sombra. (Sontag, 2016, p. 174)

Al capturar un rastro de la realidad, lo que se imprime en la fotografía además de la luz es el tiempo asociado a ella, pero es un tiempo ya ocurrido, es decir, extinto.

Hacer una fotografía es participar de la mortalidad, vulnerabilidad, mutabilidad de otra persona o cosa. Precisamente porque seccionan un momento y lo congelan, todas las fotografías atestiguan la despiadada disolución del tiempo. (Sontag, 2016, p. 25)

Es por eso que una fotografía evidencia dos cosas, algo se hizo imagen y en ese mismo momento ese algo dejó de ser lo que era. “Una fotografía es a la vez una pseudopresencia y un signo de ausencia” (Sontag, 2016, p. 25).

Si bien la fotografía lleva consigo aquel trazo de realidad inscrito en ella, Sontag (2016) afirma además que ésta tiene como condición de existencia una mirada subjetiva que le da forma a través de la cámara. Alguien decide recortar la realidad y transformarla en imagen. Ese recorte determina que la imagen sea siempre una parte del todo. “Como cada fotografía es un mero fragmento, su peso moral y emocional depende de donde se inserta” (Sontag, 2016, p. 109). En consecuencia, el sentido de una fotografía dependerá de su contexto y de las relaciones que se establezcan a partir de ella. “Una de las características centrales de la fotografía es el procedimiento mediante el cual los usos originales se modifican y finalmente son suplantados por otros” (Sontag, 2016,

p. 109). Es a partir de su condición de fragmento y de su carga subjetiva que la imagen puede ser releída, manipulada e insertada en nuevos contextos, alterando sus usos y significados, en relación a intereses diversos.

A partir de lo anterior, es necesario preguntarse por el rol que ocupa la imagen en la actualidad, donde se produce y consume una enorme cantidad de ellas. A partir de las nuevas tecnologías de las comunicaciones la imagen está hoy en todas partes, llegando incluso a usurpar el lugar de la realidad y a sustituir las experiencias de los individuos. Ese contexto lo ha aprovechado con creces el sistema neoliberal, que ha desplegado toda su potencia durante las últimas décadas mediante el uso de la imagen. La propia Sontag (2010) problematiza su omnipresencia en la vida cotidiana, así como sus usos y vínculos con las nuevas formas de representación del mundo:

Una sociedad capitalista requiere una cultura basada en las imágenes. Necesita procurar muchísimo entretenimiento con el objeto de estimular la compra y anestesiar las heridas de clase, raza y sexo. Y necesita copiar cantidades ilimitadas de información para poder explotar mejor los recursos naturales, incrementar la productividad, mantener el orden, librar la guerra, dar trabajo a los burócratas. Las capacidades duales de la cámara para subjetivizar la realidad y para objetivarla, sirven inmejorablemente a estas necesidades y las fortalecen. Las cámaras definen la realidad de dos maneras esenciales para el funcionamiento de una sociedad industrial avanzada: como espectáculo (para las masas) y como objeto de vigilancia (para los gobernantes). La producción de imágenes también suministra una ideología dominante. (p. 173)

La economía neoliberal ha transformado la imagen en objeto de consumo, vaciándola de todo rasgo de humanidad y haciéndola circular de

forma global convertida en espectáculo. La imagen de propaganda invade el espacio social y familiar, ensombreciendo e invisibilizando todas las otras que no sirven a los intereses del mercado. Según Huberman (2014) esa imagen amenaza con hacer desaparecer a los pueblos, al someterlos a la alienación del espectáculo, que los despoja de sus particularidades y destruye su identidad:

Los pueblos están expuestos a desaparecer porque están –fenómeno hoy muy flagrante, intolerablemente triunfante en su equivocidad misma- *subexpuestos* a la sombra de sus puestas bajo la censura o, a lo mejor, pero con un resultado equivalente, *sobreexpuestos* a la luz de sus puestas en espectáculo (...) demasiada luz ciega. Los pueblos expuestos a la reiteración estereotipada de las imágenes son también pueblos expuestos a desaparecer. (p. 14)

Ante esa doble amenaza, surge el concepto de “imagen como hecho de memoria” definido por el propio Huberman (2014). El autor plantea allí la posibilidad de que la imagen/memoria se transforme en un acto de resistencia y pueda combatir desde sus huellas, sus vestigios de humanidad, las fuerzas dominantes del espectáculo, para evitar que los pueblos sigan condenados a desaparecer. Es por eso que es necesario volver a mirar las imágenes para comprender que nos dicen acerca de los pueblos.

Hablar de la legibilidad de las imágenes no es solo decir, en efecto, que estas reclaman una descripción (Beschreibung), una construcción discursiva (Beschriftung), una restitución de sentido (Bedeutung). Es decir también que las imágenes son capaces de conferir a las palabras mismas su legibilidad inadvertida. (Huberman, 2014, p. 17)

Dar cabida a esa legibilidad inadvertida de las imágenes supone mirarlas de otra manera y poner en entredicho los estereotipos que impone el mercado.

Tan habitual es ver que los estereotipos oscurecen en una imagen todo lo que esta , no obstante, era capaz de exponer y documentar –aunque fuera volviendo a encuadrar o montar el orden de las cosas- en la singularidad fragmentaria de su momento percibido. (Huberman, 2014, p. 99)

Es así como los estereotipos destruyen el “lugar de lo común”, propio del pueblo y las comunidades, al asemejarlo a un “lugar común”, intrínseco de los objetos de consumo que ofrece el mercado. Ante eso Huberman (2014) plantea:

Hay que investir a nuestra mirada, nuestra *voluntad de mirada* de la responsabilidad política elemental consistente en no dejar languidecer el *lugar de lo común* en cuanto cuestión abierta en el *lugar común* como solución prefabricada. (p. 99)

Esa responsabilidad consiste en interrogar los lugares comunes instaurados por la economía neoliberal y encontrar formas de exponer a los pueblos donde se preserven sus rasgos distintivos, es decir, el “lugar de lo común” que les es propio.

No basta, pues, que los *pueblos* sean expuestos en general: es preciso además preguntarse en cada caso si la forma de esa exposición – encuadre, montaje, ritmo, narración, etc.- los encierra (es decir, los alinea y, a fin de cuentas, los expone a desaparecer) o bien los desenclaustra (los libera al exponerlos a comparecer, y los gratifica así con un poder propio de la aparición). (Huberman, 2014, p. 150).

Ese desenclaustramiento ayudaría a preservar “el lugar de lo común”, que es también el espacio de lo humano, porque son los rasgos humanos los

que identifican a los pueblos. Si aquellos vestigios de humanidad expuestos en la imagen corresponden a un grupo de individuos, lo que se expone a partir de su “copresencia” es la comunidad y su exposición se lleva a cabo a través de lo que Huberman (2014) llama “puesta en reparto”, que no es otra cosa que: “(...) una relación en la que el otro está comprometido más allá” (p. 102). En consecuencia, la “puesta en reparto”:

(...) nos haría comprender el sentido mismo de la comunidad, aunque esta comprensión pase, justamente, por la prueba obligada de una *alteración* –del sentido, del aspecto- y por ende de una *desidentificación*. Pero esa prueba, el reparto, es también un don invaluable: el *don del otro*, aquello que en virtud de lo cual la comunidad no se instaura con una suma de los *yo* (je), sino con una puesta en reparto del *nosotros*. (Huberman, 2014, p. 102)

Aquella idea del “nosotros”, que presupone un estado de comunión, es lo que constituye la comunidad y lo que emerge cuando esta cobra figura en la imagen. Ese “nosotros” es precisamente lo que se ha perdido o está en peligro de perderse con la desaparición de los pueblos y “el lugar de lo común”, que se encuentran cada vez más amenazados por las dinámicas de la economía neoliberal.

Ese “nosotros”, que deriva de la copresencia de los individuos en la imagen, muestra: “a la vez el *aparecer* de una puesta en reparto (“comunidad expuesta...”) y la puesta en *peligro* (“... por lo tanto, expuesta a”) de ese propio reparto” (Huberman, 2014, p. 103). De esa manera la imagen expone a la comunidad (reparto), en una figuración compartida (retrato de grupo), y al

mismo tiempo evidencia la posibilidad de su desaparición. Ahora, el hecho de la copresencia no solo significa “un aparecer juntos” sino que revela además una “coexistencia” entre los miembros de la comunidad, que tuvo lugar más allá de los límites de la imagen. Según Huberman (2014):

La coexistencia no es reducible ni a una organización subsumidora ni a una experiencia funcional. Para pensarla hay que volver a la cuestión fundamental del *contacto* a través de la manera en que una comunidad solo existe y se expone al hacer comparecer los cuerpos humanos en su contigüidad. (p. 103)

Dicha “contigüidad” supone proximidad, pero en ningún caso la pérdida de la singularidad de cada uno de los individuos. Y aquella proximidad no solo apela a una cercanía física sino también a una existencia con el otro y los otros, es decir una “coexistencia”, propia de toda comunidad. A partir de dicha “coexistencia” es posible inferir que los individuos presentes en la imagen no solo comparten el lugar concreto donde se encontraban al momento de ser fotografiados, sino también un espacio mayor que todos reconocen, un entramado social construido a partir de diversos vínculos y una memoria colectiva que da cuenta de una serie de hechos en los que ellos han participado, pero que incluso puede tener un origen anterior, es decir, haber sido iniciada por sus antepasados. Es aquí donde surge la necesidad de pensar la “imagen como hecho de memoria”, para hacerlo es necesario: “(...) excavar en el espesor del tiempo” (Huberman, 2014, p. 124). El autor plantea que la imagen y su materia, en tanto figura y representación, no solo captura el tiempo

de aquellos que aparecen en ella, sino que condensa tiempos heterogéneos y memorias entrelazadas.

En relación a lo anterior, Benjamin (1994) plantea que para penetrar en el espesor del tiempo de la imagen como acto de memoria es necesario tomar distancia de la linealidad del relato histórico y repensar los modelos de representación temporal: “La imagen verdadera del pasado pasa de largo velozmente. El pasado sólo es atrapable como la imagen que refulge, para nunca más volver, en el instante en que se vuelve reconocible” (Tesis V). De acuerdo al autor, el pasado resplandece como un rayo y de esa manera se hace legible en un momento específico, pero:

No se trata de que lo pasado arroje su luz sobre lo presente o lo presente sobre lo pasado; la imagen es aquello en donde el pasado y el presente se juntan para constituir una constelación. Mientras que la relación del antes con el ahora es puramente temporal (continua), la del pasado con el presente es una relación dialéctica, a saltos. (Benjamin, 1994, Ms-BA 473)

En esa misma línea, Huberman (2014) afirma que aquella relación entre pasado y presente es dialéctica porque: “(...) no es de naturaleza temporal, sino figurativa. Sólo las imágenes dialécticas son imágenes auténticamente históricas, es decir no arcaicas” (p. 122). A esto Benjamin (2008) agrega: “La imagen que es leída –me refiero a la imagen en el Ahora de la cognoscibilidad- lleva en el más alto grado la marca del momento crítico, peligroso, que está en el fondo de toda lectura” (p. 480).

La imagen dialéctica propuesta por Benjamin, en la que el pasado entra en una conjunción fulgurante con el presente y en donde ese tiempo anterior solo puede ser comprendido desde el ahora, abre una posibilidad distinta de conocimiento histórico, a partir de la puesta en crisis de los modelos tradicionales de representación del tiempo, cuestionando así las nociones de historia, progreso y modernidad.

La idea de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de su movimiento como un avanzar por un tiempo homogéneo y vacío. La crítica de esta representación del movimiento histórico debe constituir el fundamento de la crítica de la idea de progreso en general. (Benjamin, 1994, Tesis XIII)

Retomando el pensamiento de Benjamin y en una reflexión sobre el lugar que ocupa la imagen en relación a la historia, Huberman (2008) desarrolla el concepto de “anacronismo”, como un nuevo modelo que rompe el sentido continuo del relato histórico y permite pensar la historia ya no como un saber fijo sino a través de nuevas relaciones de temporalidad, donde surgen discontinuidades, anacronismos y supervivencias, es decir, marcas históricas, sociales y culturales que permanecen en las imágenes. Estos rastros producen una mirada crítica capaz de interpelar nuestro presente, revelando sus síntomas y produciendo una suerte de diagnóstico.

(...) el saber histórico debería aprender a complejizar sus propios modelos de tiempo, atravesar el espesor de memorias múltiples, tejer de nuevo fibras de tiempos heterogéneos, recomponer los ritmos a los *tempi* dislocados. El anacronismo recibe, de esta complejización, una situación

renovada, dialectizada: *parte maldita* del saber historiador, encuentra en su misma negatividad –en su poder de extrañeza- una chance heurística que le permite , eventualmente, acceder a la situación de *parte nativa*, esencial a la emergencia misma de los objetos de ese saber. (Huberman, 2006, p. 43)

En ese sentido la imagen y su dimensión anacrónica están estrechamente vinculadas a la naturaleza de la memoria, ya que ambas convocan tiempos heterogéneos que se encuentran en movimiento y son resignificados cada vez que estos son recuperados:

Ante una imagen –tan antigua como sea, el presente no cesa jamás de reconfigurarse [...] Ante una imagen –tan reciente, tan contemporánea como sea– el pasado no cesa nunca de reconfigurarse, dado que esta imagen solo deviene pensable en una construcción de la memoria. (Huberman, 2008: 32).

De esta manera la imagen dialéctica, anacrónica, se transforma en una imagen crítica:

(...) una imagen en crisis, una imagen que critica la imagen –capaz, por lo tanto, de un efecto, de una eficacia teórica-, y por eso mismo una imagen que critica nuestras maneras de verla en el momento en que, al mirarnos, nos obliga a mirarla verdaderamente. Y a escribir esa misma mirada, no para “transcribirla” sino ciertamente para construirla. (Huberman, 2014, p. 113)

A lo que nos obliga la imagen dialéctica o crítica es a mirar más allá de lo evidente y a comprender que esta nos sitúa frente a una doble distancia, donde al mismo tiempo se afirma una presencia y una ausencia, todo lo que permanece en ella y todo lo que se ha destruido alrededor de ella. Esa doble distancia se refleja en lo que Huberman (2011) define como “doble régimen de

funcionamiento de la imagen”: “Imagen-jirón” e “Imagen-velo”. El primero se vincula a la idea de que toda imagen es un fragmento arrancado de la realidad, pese a todo, por lo que la hace visible y existe como testimonio de ella. En ese sentido, “(...) la imagen arde en su contacto con lo real. Se inflama, nos consume a su vez” (Huberman, 2013, p. 11).

La segunda función se refiere a que toda imagen documental es por naturaleza incompleta, ya que muestra solo una parte de la realidad y al mismo tiempo oculta todo el resto, tendiendo un velo sobre aquello que se encuentra más allá de sus márgenes. Lo que cubre ese velo es algo que ha desaparecido. Es por eso que Huberman (2013) afirma que: “No se puede hablar del contacto entre la imagen y lo real sin hablar de una especie de incendio. Por lo tanto no se puede hablar de imágenes sin hablar de cenizas” (p. 15). Las imágenes son cenizas, restos del pasado, son a penas una pequeña parte de aquello “que ha ardido” (p. 17). Eso que se encuentra más allá de los límites del encuadre es el contexto histórico, social y cultural de toda imagen, que ha sido incinerado por el paso del tiempo, pero que es posible rastrear a partir de los residuos presentes en ella. “De modo que no hay imagen dialéctica sin un trabajo crítico de la memoria, enfrentada a todo lo que queda como el indicio de todo lo que se perdió” (Huberman, 2014, p. 115). Es por eso que ese trabajo de la memoria no solo tiene relación con el hecho de identificar cosas concretas, sino también con recuperar el vínculo de esas cosas con el lugar al que pertenecieron, es decir su contexto. En ese sentido, explorar el espesor del tiempo de la imagen se

relaciona a: “una concepción de la memoria como actividad de excavación arqueológica, en que el lugar de los objetos descubiertos nos habla tanto como los objetos mismos” (Huberman, 2014, p. 116).

A partir de lo anterior es posible entender la memoria ya no como un instrumento sino como un medio, un suelo, donde las imágenes permanecen sepultadas y desde donde hay que desenterrarlas. Esa operación arqueológica, además de dar cuenta del documento, la imagen, deja entrever su lugar de existencia, aquello que marcó su origen y que luego desapareció. En ese sentido, la imagen es apenas un vestigio de un tiempo que ya no existe. Pero que no exista no quiere decir que se haya perdido para siempre. Por el contrario, aún es posible acceder a él través de la memoria, esa memoria que atraviesa la imagen y permite reconstruir el pasado y comprenderlo desde el presente, otorgándole un carácter dialéctico. “(...) la *imagen dialéctica* sería la imagen de memoria positivamente producida a partir de esa situación anacrónica, sería como su figura de *presente reminiscente*” (Huberman, 2014, p. 117). En la misma línea Huberman (2009) agrega que: “el presente está tejido de múltiples pasados” (p.48). De esa manera hace referencia a la impronta del o los pasados sobre el presente, que se manifiestan a través de los rastros o marcas que sobreviven en él.

Siguiendo la idea anterior, Huberman (2009) toma el concepto de “supervivencias” de Aby Warburg y lo reactualiza para denominar a esas marcas culturales que permanecen en las imágenes:

(...) la noción de supervivencia sería, en el ámbito de las ciencias históricas y antropológicas, una expresión específica de la huella (...) algo que persiste y da testimonio de un estadio desaparecido de la sociedad, pero cuya persistencia misma se acompaña de una modificación esencial –cambio de status, cambio de significación (...) El análisis de las supervivencias se nos presenta como el análisis de manifestaciones sintomáticas tanto como fantasmales. Designan una realidad de fractura –aunque ésta sea débil o incluso inapreciable- y, por esa razón, designan también una realidad espectral. (p. 52).

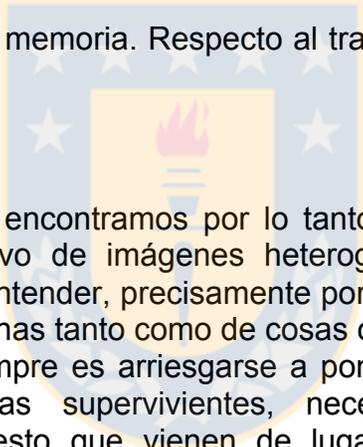
Las supervivencias son formas que permanece en el tiempo o bien desaparecen en un momento dado y reaparecen más tarde, por lo tanto su medio de conservación es la “memoria colectiva”. En ese sentido las supervivencias son formas anacrónicas, elementos simbólicos, síntomas de otros tiempos, que al reaparecer poseen un “valor diagnóstico”. Es por eso que ellas definen un modelo de tiempo propio de las imágenes, que se diferencia de la periodización del tiempo histórico.

(...) la supervivencia hace más compleja la historia: libera una especie de “margen de indeterminación” en la correlación histórica de los fenómenos. El después llega casi a liberarse del antes cuando se une a ese fantasmático “antes del antes” superviviente. (Huberman, 2009, p. 76)

Es así como las supervivencias se resisten a la historia y su homogenización del tiempo. Huberman (2009) concluye que: “(...) la

supervivencia termina por anacronizar la historia” (p. 77). La vuelve híbrida e impura.

A partir de lo anterior es posible afirmar que en vez de configurar una historia lineal, las imágenes como hechos de memoria invocan espacios/tiempos diversos y discontinuos, cuyas relaciones evidencian rastros y supervivencias. De esa manera construyen una historicidad menos abstracta y más específica, que a su vez da cuenta de un estado temporal complejo e irreductible como es la memoria. Respecto al trabajo con imágenes, Huberman (2013) afirma:



A menudo, nos encontramos por lo tanto enfrentados a un inmenso y rizomático archivo de imágenes heterogéneas difícil de dominar, de organizar y de entender, precisamente porque su laberinto está hecho de intervalos y lagunas tanto como de cosas observables. Intentar hacer una arqueología siempre es arriesgarse a poner, los unos junto a los otros, trozos de cosas supervivientes, necesariamente heterogéneas y anacrónicas puesto que vienen de lugares separados y de tiempos desunidos por lagunas. Ese riesgo tiene por nombre *imaginación y montaje*. (p. 4)

En ese sentido el montaje surge como una herramienta para construir sentido a partir de las relaciones entre las imágenes. Este mecanismo rompe con las reglas narrativas del relato histórico, ligadas desde un inicio a la composición literaria, y permite acceder a un saber histórico de una manera distinta. “Porque no está orientado sencillamente, el montaje escapa de las teleologías, hace visibles las supervivencias, los anacronismos, los encuentros

de temporalidades contradictorias que afectan a cada objeto, cada acontecimiento, cada persona, cada gesto” (Huberman, 2013, p. 5).

Al analizar las huellas que sobreviven en las imágenes, de lo que se trata es “de acercarse a los gestos humanos” (Huberman, 2014, p. 212). Son los gestos y las corporalidades de los individuos los que muchas veces encarnan aquellas marcas culturales que perduran a pesar del paso del tiempo.

El gesto permanece y evidencia su conexión con la comunidad de la cual proviene. En ese sentido, a pesar de que “(...) la historia se inscribe directamente en los cuerpos” (Huberman, 2014, p. 200). Al mismo tiempo, “(...) los cuerpos también resisten con su memoria la historia que los aliena” (Huberman, 2014, p. 213). Es así como un gesto, “(...) un rasgo de supervivencia puede constituirse como un hecho de resistencia” (Huberman, 2014, p. 220).

Hacer legible una imagen significa entonces identificar esos gestos supervivientes. De esa manera es posible encontrar la zona donde ésta ha entrado en contacto con lo real, es decir, “el lugar donde arde, el lugar donde su eventual belleza reserva un sitio a una “señal secreta”, una crisis no apaciguada, un síntoma. El lugar donde la ceniza no se ha enfriado” (Huberman, 2013, p. 28).

CAPÍTULO 3: MARCO METODOLÓGICO

3.1. OBJETIVOS

Preguntas de investigación

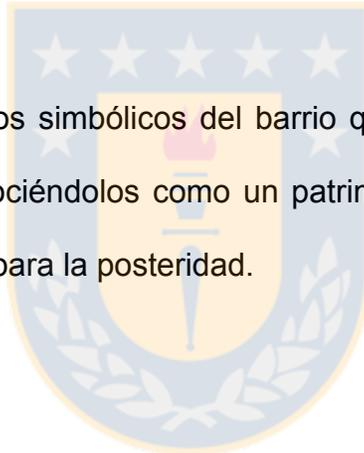
1. ¿Cuáles son los sentidos y significados del barrio Aurora de Chile que emergen de los relatos visuales en torno a la memoria de sus habitantes como un ejercicio resistencia ciudadana en Concepción?
2. ¿La dimensión simbólica del territorio que surge de los relatos visuales refleja la memoria del barrio Aurora de Chile y da cuenta de su valor como patrimonio inmaterial de la ciudad?

Objetivo General

Comprender los sentidos y significados del barrio Aurora de Chile a partir de los relatos visuales en torno a la memoria de sus habitantes como un ejercicio de resistencia ciudadana en Concepción.

Objetivos Específicos

1. Identificar, articular y describir los relatos visuales en torno a la memoria de los habitantes del barrio Aurora de Chile.
2. Reconocer e interpretar los espacios, prácticas y contextos de los relatos visuales, a los que los habitantes del barrio le asignan valores y significados, considerando el proceso de construcción territorial que sus antepasados llevaron a cabo.
3. Analizar los aspectos simbólicos del barrio que emergen de la memoria de sus habitantes, reconociéndolos como un patrimonio inmaterial de la ciudad y rescatando su legado para la posteridad.



3.2. METODOLOGÍA

Para llevar a cabo esta investigación se utilizó un método cualitativo y exploratorio, orientado a comprender los sentidos y significados del barrio Aurora de Chile. Como estrategias de recolección de datos se utilizaron archivos fotográficos y entrevistas a los habitantes, a través de las cuales se indagó en la memoria colectiva de la comunidad. Se realizó una entrevista grupal y una serie de entrevistas individuales a los vecinos del barrio.

Se tomó como referencia el método de la entrevista de foto elucidación (EFE), que consiste en utilizar fotografías durante las entrevistas, para estimular la memoria individual y reconstruir la memoria colectiva, identificando así los acuerdos de interpretación que dan cuenta de la visualidad. “(...) la EFE habilita la posibilidad de conectar las definiciones del sí mismo con la sociedad, la cultura y la historia” (Bonetto, 2016, p. 76).

En las entrevistas se utilizó también el método biográfico, con el fin de explorar la memoria de los habitantes y reconocer aquellos significados colectivos. De esta manera se revaloriza al actor social, en forma individual y grupal, como protagonista de la aproximación que propone este estudio. En ese sentido se trata de:

(...) profundizar en lo que las personas y los grupos hacen, piensan y dicen con la finalidad de ensayar interpretaciones de la realidad a partir de la subjetividad individual y grupal, más que a través de sofisticadas y deshumanizadoras reglas metodológicas que, a menudo, instrumentalizan la realidad social para dar salida a una realidad autoconstruida y cientifista (Pujadas, 2000, p. 127).

3.3. RECOLECCIÓN Y ANÁLISIS DE DATOS

Respecto a las fotografías utilizadas, se escogieron 50 imágenes que dan cuenta del barrio Aurora de Chile desde 1906 a 1999 aproximadamente. Todas ellas corresponden a fotografías análogas, impresas en soporte papel de

diversos gramajes, blanco y negro, salvo las más recientes que son a color. Y en su mayoría fueron capturadas por los mismos habitantes del barrio.

Los criterios de selección y categorización de las imágenes responden a la idea de configurar la memoria visual del barrio, evidenciando aquellos elementos que los habitantes valoran y que son representativos para la comunidad. La mayoría de las imágenes pertenecen a los vecinos que participaron en las entrevistas grupales e individuales.

Se incorporaron además algunas fotografías pertenecientes a otros habitantes del barrio, que se encuentran reunidas en un archivo que está a cargo del fotógrafo Walter Blas. Y también algunas imágenes, las menos, provenientes de libros publicados. La más significativa de este último grupo es una fotografía postal del año 1906, donde se aprecian ciertas actividades que se realizaban en la Ribera Norte del río Biobío en aquella época.

En cuanto a las entrevistas, en diciembre de 2017 se realizó una reunión grupal en la sede del barrio Aurora de Chile, donde asistieron 9 mujeres: Sonia Villagra, Magaly Lagos, Carmen Rocha, Carmen Acosta, Isabel Rivera, Thelma Olave, Ruth Barrera, Aida Torres y Julia Pérez. Además de 3 personas de la junta de vecinos, que colaboraron con la organización de dicha instancia: Pricila Hernández, Manuel Jorquera y Miriam Burgos. La mayoría de ellos pertenecen a familias de “colonos”, los primeros habitantes del barrio.

Los criterios de selección de las/os participantes fueron los siguientes: debían habitar actualmente en el barrio y tener una antigüedad de residencia mayor a 50 años. En la reunión se llevó a cabo una dinámica grupal de conversación y debate, que tuvo como objetivo reconstruir la memoria del barrio, a partir de una serie de relatos que conectan lo individual con lo colectivo. Esos relatos permitieron identificar aquellos elementos que los habitantes valoran y lo que representan para la comunidad.

En enero de 2018 se realizaron entrevistas semi estructuradas a 4 mujeres que asistieron previamente a la reunión grupal: Magaly Lagos, Sonia Villagra, Carmen Rocha y Carmen Acosta. Las dos primeras nacieron en el barrio y todas ellas viven ahí hace más de 50 años. En ciertas ocasiones se sumaron algunos familiares de las entrevistadas, por ejemplo, en el caso de Carmen Acosta, se incorporó su hermana Yolanda Acosta y su cuñado Roberto Maldonado, éste último nació en el barrio en 1942. En estos encuentros se utilizaron preguntas direccionadas, a partir de los datos recolectados en la reunión grupal, con el fin de profundizar en la memoria colectiva y en los elementos que los habitantes valoran. Para que las entrevistas fuesen representativas se eligieron a personas cuyos relatos de memorias tienen un vínculo importante con las experiencias colectivas del barrio.

Se incorporaron además 3 entrevistas realizadas con anterioridad a vecinos del barrio, 2 de ellas ejecutadas por el propio investigador: la primera a

Rodolfo Soto en junio de 2016 y la segunda a Nelly Ibarra en abril de 2017. Y una tercera a Pricila Hernández (actual presidenta de la junta de vecinos), realizada en junio de 2015 por el equipo de CEDEUS, durante el desarrollo de las actividades que dieron como resultado el texto “Bases para un Plan Urbano Integral de la Población Aurora de Chile”. Estas 3 personas nacieron en el barrio y pertenecen a familias de colonos, primera generación, por lo que sus testimonios resultan significativos para alcanzar los objetivos de esta investigación.

Para la realización de la totalidad de las entrevistas se recurrió a la Junta de Vecinos del barrio, quien ayudó a contactar a los habitantes y a concertar los encuentros.

Por último, otra herramienta utilizada, aunque en menor medida, fue la observación participante, la que ha quedado expresada en un conjunto de notas que fueron realizadas al observar la realidad y que durante el análisis sirvieron de apoyo para entender y describir los fenómenos sociales desde el interior.

Tabla 1 Nómina de entrevistados

Nombre	Sexo	Edad	Nacimiento	Origen	Domicilio	Ocupación	Entrevista
Sonia Villagra	F	68	1950 En el barrio	Sus padres llegaron en 1939	Aurora de Chile	Dueña de casa	18 de enero 2018
Magaly Lagos	F	55	1962 En el barrio	Su madre llegó en 1950	Aurora de Chile	Aparadora de calzados	18 de enero 2018
Orlando Lagos	M	56	1961 En el barrio	Su madre llegó en 1950	Aurora de Chile	Fletero	18 de enero 2018
Carmen Rocha	F	83	1935 En otro barrio	Llegó con su marido en 1960	Aurora de Chile	Dueña de casa	18 de enero 2018
Carmen Acosta	F	65	1953 En otro barrio	Llegó con sus papás en 1969	Aurora de Chile	Dueña de casa	18 de enero 2018
Yolanda Acosta	F	66	1952 En otro barrio	Llegó con sus papás en 1969	Aurora de Chile	Recolecta, venta de tonner	18 de enero 2018
Roberto Maldonado	M	76	1942 En el barrio	Su papá llegó en 1928	Aurora de Chile	Recolecta venta de tonner	18 de enero 2018
Nelly Ibarra	F	70	1948 En el barrio	Sus papás llegaron en 1940	Aurora de Chile	Dueña de casa	20 abril 2017
Rodolfo Soto	M	54	1961 En el barrio	Su abuelo llegó en 1945	Aurora de Chile	Guardia y mueblista	9 de junio 2016
Pricila Hernández	F	50	1968 En el barrio	Su papá llegó en 1960	Aurora de Chile	Presidenta JJ.VV.	20 de junio 2015

Los criterios de selección y clasificación de los datos recolectados, a partir de las imágenes y entrevistas, responden a la idea de configurar los relatos visuales en torno a la memoria de los habitantes del barrio, en función de los objetivos planteados.

Las imágenes se agruparon en distintas categorías a partir de las relaciones que existen entre ellas. Se utilizó el montaje como método de

análisis para evidenciar sus vínculos y diferencias. Estos grupos dan cuenta de espacios, prácticas y representaciones que encarnan valores colectivos. Las imágenes portan discursos y enunciados, que son descritos a través de la observación de los elementos que ellas contienen.

Las entrevistas se transcribieron y los datos se ordenaron estableciendo asociaciones entre ellos. Se realizó una categorización temática que puso énfasis en las principales ideas, percepciones y experiencias entregadas por los propios actores sociales.

Luego se contrastaron las imágenes y los textos, determinando distintas relaciones entre ellos, dando forma así a una serie de relatos visuales que evidencian aquellos elementos que los habitantes valoran. En dichos relatos se condensa un conjunto de significados construidos socialmente que revelan códigos culturales y componen la dimensión simbólica del territorio. La totalidad de los relatos no constituye una historia cronológica, ya que cada uno incorpora diversas capas de memorias, donde confluyen espacios y tiempos heterogéneos que se superponen. Por último se analizaron los datos en conjunto de acuerdo a las distintas perspectivas de los autores considerados en el marco teórico.

La imagen auténtica del pasado - escribe Benjamin- sólo aparece como un fogonazo. Una imagen que surge y se eclipsa para siempre en el instante siguiente. La verdad inmóvil, aquella que el investigador siempre espera, no corresponde en absoluto a ese concepto de la verdad en materia histórica. Éste se basa, más bien, en el verso de Dante que dice: es otra imagen única, irremplazable, del pasado que se desvanece con cada presente que no ha sabido darse por aludido por ella.

Georges Didi-Huberman,
Imágenes pese a todo, Memoria visual
del holocausto, Paidós, Madrid, 2011.



La marca histórica de las imágenes no indica solamente que pertenecen a una época determinada; indica sobre todo que sólo llegan a la legibilidad en una época determinada. Y el hecho de llegar “a la legibilidad” representa ciertamente un punto crítico determinado en el movimiento que las anima.

Walter Benjamin,
Paris, capitale du XIX siècle,
op. Cit., 473.

CAPÍTULO 4: DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS

A continuación se exponen los datos obtenidos a partir de los archivos fotográficos y las entrevistas a los habitantes del barrio Aurora de Chile. Estos han sido agrupados en cuatro categorías: la lucha del barrio Aurora de Chile; el río Biobío como espacio de encuentro; el territorio como reflejo de la comunidad; y el barrio Aurora de Chile como el lugar de lo común. Dichas categorías fueron definidas a partir de las experiencias colectivas de los pobladores y de los elementos del barrio que ellos consideran significativos.

4.1 LA LUCHA DEL BARRIO AURORA DE CHILE

Desde 1960 en adelante el Estado trató de intervenir la Costanera de Concepción en reiteradas ocasiones, sin ningún resultado. Después de varios intentos fallidos, a fines de los años 90, se llevó a cabo el Plan Ribera Norte, con el cual se logró renovar una parte de ese lugar. Una década más tarde, con el terremoto del 2010, el Estado se propuso completar la renovación urbana de la costanera. Ante esos procesos de transformación, los habitantes del barrio Aurora de Chile han sostenido una férrea lucha, para defender su territorio y tener injerencia en las decisiones que afectan a su entorno.

4.1.1. Renovación urbana y lucha ciudadana.



Figura 1. Avda. Costanera, Plan Ribera Norte, 1999 aprox.. Anónimo.¹



Figura 2. Avda. Costanera, Plan Ribera Norte, 1999 aprox.. Anónimo.²

¹ En la imagen se aprecia la construcción de la Avenida Costanera, que formó parte del “Programa de Recuperación Urbana de la Ribera Norte del Río Biobío”. Un niño camina por la carretera recién pavimentada, dejando en evidencia la transformación de dicho territorio.

² En la imagen se aprecia a un grupo de niños del barrio, sentados en el borde de la Avenida Costanera que se encuentra en plena construcción. Atrás de ellos se observa la orilla del río Biobío, que ha sido intervenida por las grúas y camiones de la obra que está en ejecución.

Al ser consultados sobre la lucha que ha sostenido el barrio para contrarrestar las transformaciones que ha sufrido su territorio, Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015) señala:

(...) el SERVIU, vino y se apropió de algo que ni siquiera le costó (...) es como ilógico porque al final los terrenos son nuestros, no son de ellos, porque ellos no los crearon (...) el gran error del Ribera Norte fue que la gente que estaba a cargo de ese proyecto fue a amenazar a la gente de la población de la Aurora sin conocer la historia. Entonces por eso mucha gente se paró.

Aquella imposición por parte de las autoridades, respecto a la ejecución de ese proyecto de renovación urbana, fue lo que activó la lucha del barrio. Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015) afirma:

La amenaza de una probable erradicación puso en alerta a los habitantes del barrio. Empezaron a levantar las voces de que porqué tenía que venir alguien de afuera a sacarnos del lugar de donde nosotros nacimos (...) La gente se empezó a organizar (...) íbamos a pelear por el terreno. Muchos de nuestros viejos decían ciertamente que ellos preferían morir que entregar lo que ellos habían hecho.

Si bien es cierto que el Plan Ribera Norte no alteró físicamente el barrio Aurora de Chile, si lo hizo a nivel de sus relaciones sociales. "(...) se fue mucha gente y llegó gente que nadie conocía entonces ya se perdió esa cosa de compartir y de que todos compartían en la cancha y todos se conocían" (Chocolatera, tercera generación, citada en Ferrada, 2011, p. 191). "(...) el hecho que la gente se fue al otro lado como que quebró la historia" (Folklorista, segunda generación, citado en Ferrada, 2011, p. 188).

Un grupo importante de habitantes del barrio se trasladaron a las nuevas viviendas del Plan Ribera Norte y los sitios vacíos que dejaron fueron utilizados por personas desconocidas, lo que generó temor y desconfianza entre los antiguos vecinos. Esto tuvo consecuencias notorias en el barrio. Al respecto Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015) indica: “Antes se celebraba todo, se hacían las competencias por cuadra de los cabros, yo me acuerdo los juegos y todo eso, pero después del Ribera Norte como que la población entro en un letargo (...) ninguno quiso más participar”.

A pesar de los cambios, se destaca la organización de los vecinos y la defensa de su territorio en el contexto de la renovación urbana del Plan Ribera Norte, que se ejecutó en los últimos años del siglo XX.

Una década después, tras el terremoto del 2010, comenzó la construcción del puente Bicentenario. Como ese proyecto suponía la erradicación de un grupo de vecinos del barrio, reactivó el conflicto por el territorio. Sobre eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) plantea: “El puente se comenzó a construir de San Pedro a Concepción, sin ni siquiera pensar que en el lado norte de Concepción había una población”. Por su parte Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015), quien hace hincapié en la arbitrariedad de la situación, señala: “El puente fue una falta de respeto a la integridad de nosotros como seres humanos. Porque se empezó

a construir un puente que ni siquiera tenía ningún estudio vial, ni social ni ambiental”.

En ese nuevo contexto, los vecinos se organizaron y retomaron la lucha por su territorio. Respecto a eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) agrega: “Ahora el puente está así, parado, porque la población lo paró. Nosotros paramos la construcción del puente, cuando se intentó pasar por la población sin pedirle permiso a los pobladores como dueños de casa”. Esto generó una disputa entre los habitantes y las autoridades de turno. Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015), quien enfatiza en las consecuencias de esa disputa, comenta:

La población empezó de nuevo a ser la población indigna, empezó de nuevo a ser que nos queríamos aprovechar de un sistema, empezó a ser de nuevo la población que estaba impidiendo la construcción de un puente. Pero nunca se habló de que, de que en realidad lo malo era el puente. Aquí todos hablaban de que la población era la que estaba mal, pero nadie empezó a contar la historia de cuantos años atrás estaba la población, que son mas de 100 años.

Se hace referencia a que esos discursos que señalaban a la población como un obstáculo para el desarrollo de la ciudad, desconocían por completo su historia.

Por su parte Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma:

El gobierno siempre tuvo la intención de sacarnos a nosotros fuera de Concepción (...) pero no se pudo, nos opusimos y ganamos el derecho de quedarnos en la población y ahora solamente vamos a ser trasladados de un sector a otro (...) Se van a construir 206 soluciones habitacionales para los vecinos, entonces se va a despejar gran parte de la Aurora, se van a echar las casas abajo y va a pasar el puente.

Ante la consulta sobre cómo ven el futuro del barrio, Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) comenta:

Mi casa va a desaparecer, eso voy a perder, pero si yo me voy al otro lado, voy a seguir viendo a mis vecinos, a las personas que he conocido por siempre, en un espacio físico distinto, donde vamos a tener que acostumbrarnos.

El espacio de las nuevas viviendas es un factor que a los habitantes les preocupa. “La mayoría de la gente acá tiene casas grande en donde la familia vive con todas las comodidades. Ahora, si bien el proyecto nos muestra una casa bonita, moderna, pero es totalmente reducida” (R. Soto, comunicación personal, 09 de junio de 2016). Rodolfo dedica parte de su tiempo a fabricar muebles en el garaje de su casa. Ahí guarda la madera y sus herramientas, es muy probable que la mayoría de ellas no quepa en su nueva vivienda.

Por su parte, Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) afirma:

Mi casa es grande, vivo cómoda, todo lo que tengo lo tengo de acuerdo con mi forma de vivir, ahora estoy acorralada, guardando las cositas que son de valor para mi (...) Esta casa la van a echar abajo y no voy a sacar nada. Si me dan esas misma casas, el día de mañana, no puedo meter todo lo que tengo. Toda la gente está en la misma situación.

Por otro lado, Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018), ante la inminente demolición de la casa de su hermano, que se ubica junto a la suya, señala: “Uno siempre ha sabido que la casa es de uno (...) Harto que me saqué la mugre para tener lo que tengo. Yo solita luché con mi mamá. Y armamos la casa y todo”.

Siguiendo la idea anterior Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015) se pregunta: ¿Dónde queda lo que hicieron nuestros viejos?, el relleno, el esfuerzo, la sangre, el sudor que se corrió ahí, las muertes que pasaron allí. Por construir algo (...) ¿Dónde se valora eso?. En ese mismo sentido Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma:

Se va a demoler todo lo que va quedando de historia (...) Hoy día tenemos nosotros una población que está pronta a desaparecer, no del todo, pero la historia de la población está pronta a desaparecer (...) El hecho de que crezca Concepción como ciudad no está mal, pero hoy tenemos que ser considerados dentro de ese crecimiento y no olvidados (...) Siempre se dijo que Concepción debía recuperar la vista al río (...) hoy día le estamos dando la facilidad para que logre ese objetivo, pero eso tiene que ser junto con nosotros. Nosotros tenemos que ser partícipes de ese proyecto.

Se destaca por un lado que la transformación del barrio conlleva un fuerte sentimiento de pérdida, mientras que por otro lado, los habitantes no se dan por vencidos y aseguran que no tienen porqué pagar el costo de la modernidad, por el contrario, si esta se les impone, ellos no serán actores pasivos, sino que pretenden ser protagonistas de esos cambios, defendiendo aquello que les corresponde.

4.2. EL RÍO COMO ESPACIO DE ENCUENTRO.

La relación entre el barrio Aurora de Chile y el río Biobío se remonta a principios del siglo XX, cuando llegaron los primeros habitantes al sector. Ellos levantaron sus viviendas sobre un área que en ese entonces le pertenecía al río y desarrollaron allí una serie de actividades cotidianas durante varias décadas, como: el lavado de ropa, los desplazamiento en botes y los paseos familiares. Esas prácticas forjaron un estrecho vínculo entre los habitantes y aquel paisaje ribereño, vínculo que se vio alterado con las transformaciones que sufrió la costanera, que terminaron por imponer una distancia considerable entre ambos. Hoy esa relación está mediada por una barrera contra las inundaciones, la Avenida Costanera, el parque Costanera y el puente Chacabuco que está en construcción. Si bien los habitantes del barrio ya no tienen acceso al río, ese espacio sigue siendo significativo para ellos.

4.2.1. El río, espacio de trabajo.



Figura 3. Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío 1906. En “Álbum de Viaje: la provincia de Concepción en postales antiguas” (p. 27) de Armando Cartes Montory, 2012, Talcahuano, El Sur Impresores.

³ La imagen corresponde a una fotografía postal que lleva inscrita la fecha del 19 de marzo de 1906. Como la función de estas tarjetas era ser enviadas por correo a lugares distantes, por lo general exhibían escenas idealizadas de la realidad. A pesar de eso, en ella es posible identificar el paisaje de la Ribera Norte del río Biobío y varias de las actividades que allí se realizaban a comienzos del siglo XX. En el área inferior de la imagen se aprecia el río Biobío, donde la disminución de su caudal ha dejado al descubierto una extensa playa de arena situada un poco más arriba. Sobre esa playa se distingue una franja de terreno a lo lejos, que se extiende de lado a lado y que tiene una altura mayor, que posiblemente marca el límite de las crecidas del río. Detrás de ese límite se vislumbran algunas construcciones de un tamaño considerable, que podrían corresponder a algunas industrias así como a edificaciones del centro de la ciudad. Por último, el cerro Caracol aparece como telón de fondo.

Para identificar de mejor manera las distintas actividades y elementos presentes en la imagen, se procedió a dividirla en tres partes, ampliando el tamaño de cada una de ellas, las que se presentan en las páginas siguientes.



Figura 4. Tarjeta Postal Rivera del Bio-Bío (área izquierda ampliada). En "Álbum de Viaje: la provincia de Concepción en postales antiguas" (p. 27) de Armando Cartes Montory, 2012, Talcahuano, El Sur Impresores.⁴

⁴ En el costado izquierdo de la imagen se aprecia a un grupo de mujeres, a los pies del cerro Chepe, vestidas con ropas oscuras, lavando distintos objetos en la orilla del río. Se infiere que la imagen fue capturada durante la tarde por el tamaño reducido de las sombras. Esto explicaría porqué a la izquierda de las mujeres hay varias prendas de ropa tendidas sobre la falda del cerro, presumiblemente para que se puedan secar con el sol. Además destaca en la parte superior, arriba de ellas, un carruaje que se acerca, marcando una de las rutas usadas para llegar hasta ese lugar desde la ciudad.



Figura 5. Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío (área central ampliada). En “Álbum de Viaje: la provincia de Concepción en postales antiguas” (p. 27) de Armando Cartes Montory, 2012, Talcahuano, El Sur Impresores.⁵

⁵ En el centro inferior de la imagen se observa un camino de arena que se adentra varios metros en el río, donde hay un grupo de personas que están de pie. A partir de sus rasgos corporales se presume que la mayoría de ellos son hombres. Se encuentran ubicados junto a dos carruajes tirados por caballos y cinco pequeñas embarcaciones, se trata de medios de transportes habituales de la época. Los botes se utilizaban para cruzar el río desde San Pedro de La Paz a Concepción principalmente. En cambio los carruajes se usaban para trasladar a las personas desde el río hasta la Estación de Ferrocarriles ubicada en el sector o a otros puntos de la ciudad, además del trayecto inverso. Se aprecia que ambos carruajes mantienen sus puertas abiertas, probablemente a la espera de algunos pasajeros que podrían estar por llegar.



Figura 6. Tarjeta Postal Ribera del Bio-Bío (área derecha ampliada). En “Álbum de Viaje: la provincia de Concepción en postales antiguas” (p. 27) de Armando Cartes Montory, 2012, Talcahuano, El Sur Impresores.⁶

⁶ En el costado derecho de la imagen se aprecia un grupo de mujeres, vestidas de blanco, lavando ropa en la orilla del río. En la parte inferior hay tres personas sentadas encima de unos troncos que están en el suelo, los que eran trasladados generalmente hasta las barracas que habían en el sector. Aquellas personas se encuentran seguramente esperando abordar uno de los botes para cruzar al otro lado del río. En el lado izquierdo, arriba del carruaje, destaca la silueta de un niño pequeño que corre por la playa, mientras su madre probablemente lava ropa junto a las otras mujeres. Es posible que muchas de ellas estén acompañadas de sus hijos y que eso haya sido una práctica habitual, a pesar de no poder distinguirlos entre las borrosas figuras de la imagen. Mientras la mayoría de las descripciones anteriores corresponden a lo que Barthes (2016) llama el “studium” o interés general en la imagen, la figura del niño provoca el “punctum”, es decir, perturba la mirada y genera nuevas lecturas.

Al ser consultados sobre su relación con el río, Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta:

Me acuerdo cuando las mujeres iban al río a lavar y yo decía ¿para donde va la gente?. Desarmaban sus camas, que eran de lana o de vellón antes, y las iban a lavar al río.

En la misma línea Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma: “Ahí lavaban ropa, todas las cosas de aseo personales, parte de las cosas como losa, porque el agua era limpia para hacer eso, permitía a la gente tener esas facilidades”. En ese sentido se destaca el lavado de ropa como una actividad diaria, sistemática y colectiva, ya que estaba vinculada al desarrollo de la vida familiar.

Por su parte Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017), quien pone el acento en el carácter grupal de dicha actividad, comenta: “Hartas viejitas iban a lavar la ropa al río, ponían una piedra grande así y le pegaban con una paleta a la ropa para lavarla, pero había un agua espectacular, súper limpiecita, linda, daba gusto de ir al río”. Sobre lo mismo Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala:

A veces nos juntábamos hartas chiquillas que íbamos a enjuagar ropa. Porque no había otra parte donde ir a enjuagar (...) Yo me acuerdo que mi mamá me mandaba a enjuagar la ropa en el río. En unos canastos redondos de mimbre ella me mandaba a enjuagar la ropa. Porque no había agua. Yo atravesaba no más. Iba mas o menos como hasta la mitad del río. Porque ahí no pisaba nadie y el agua pasaba cristalina. Y con esa agua se enjuagaba la ropa. Sí, yo la enjuagaba. Yo era la de los mandados. Iba sola y nunca me pasó nada (...) Cuando quedaba sin

jaboncillo, sin nada. Se quedaba cristalina el agua ahí. Estrujábamos la ropa, poníamos unas piedras que teníamos, y ahí poníamos los canastos, entonces el agua caía. Una vez que se estrujaba bien, partíamos con los canastos para acá.

Por otra parte Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) menciona: “Muchos no tenían agua potable, entonces con toda su ropa, con todas las cosas se acercaban con batea y con todo y lavaban en el río”. Se hace referencia a que el origen de esta actividad era que las casas del barrio en aquella época no contaban con agua potable, electricidad y alcantarillado. Una vez que el agua potable llegó a las viviendas del barrio aquella actividad empezó a decaer hasta desaparecer. En relación a eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016), quien recuerda su infancia durante la década del 60, menciona:

Había gente que lavaba, pero claro no como en el comienzo cuando una gran cantidad de gente ocupaba el río para eso, pero si recuerdo que cuando me acercaba a la orilla del río había que gente que lavaba (...) Eso es parte de la memoria de la gente, de los viejos, porque hoy día todos tienen lavadora, pero antes no, el río era una lavadora gigante para todos, entonces esas imágenes uno no las va a borrar nunca.

4.2.2. El río, espacio de tránsito.

Durante la primera mitad del siglo XX, donde el uso del automóvil era limitado, las personas utilizaban botes para trasladarse a través del río Biobío. Hoy la situación es distinta, el río es considerado un curso de agua no navegable, al menos el área cercana a la ciudad de Concepción. Para atravesarlo existe los Puentes Juan Pablo Segundo y Llacolén, además del Puente Chacabuco, que está en construcción. Es claro el predominio actual del automóvil como método de desplazamiento, lo que genera una forma de relacionarse con el paisaje, bajo condiciones de distancia y velocidad.

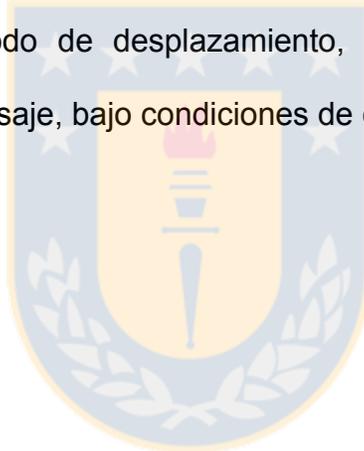




Figura 7. Familia Barrera-Reyes. Ruth Barrera y su marido, calle Biobío, Aurora de Chile, 1960. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.⁷

⁷ En la imagen se aprecia a dos habitantes del barrio sentados en el borde de un bote de madera que está en el patio de una casa, de la cual se vislumbra una parte atrás de ellos. El patio está rodeado de un cerco de alambre y la casa está situada en una calle cernada al río. Las dos personas conforman un matrimonio, de ahí el gesto del hombre que entrelaza el brazo de la mujer.

Otra de las actividades que los habitantes del barrio reconocen como importantes en relación al río son los desplazamientos en botes. En la Ribera Norte del Biobío funcionaban antiguamente algunas barracas y la Estación de Ferrocarriles, debido a esto había un tránsito constante de embarcaciones que transportaban diversos productos desde y hasta la ciudad de Concepción.

Llegaban aquí, a un remanso del cerro Chepe. Ahí llegaban ellos con sus balsas y dejaban ahí sus balsas y ellos sabían cuanta madera traían, cuánto valía. La cosa es que la entregaban a la barraca. (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 4)

Las embarcaciones no solo trasladaban madera, sino también alimentos.

En esa rinconada también existió un desembarcadero de pescados, mariscos traídos desde Coronel, cruzando el río Bio-Bío en botes o lanchas para de ahí trasladarlos en carretones hacia el mercado de Concepción. (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 2)

Los habitantes que vivían cerca del río presenciaban esas actividades.

Sobre eso Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) comenta:

Había un señor que venía de Hualqui en lancha y traía carbón y ahí sacaban todo el carbón, en esa parte, todo eso era un zanjón. (...) Ambiado, el papá del Sótero, ese era el que venía hasta acá.

Algunos habitantes incluso colaboraban con la descarga y el traslado de los productos que llegaban hasta allí. “Ahí me llamaban los balseros. Me gritaban por mi sobrenombre y ahí me levantaba y me iba a trabajar en las

balsas: sacaba los tablones (...) tenía que atajar los tablones, si no el río se los llevaba” (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 5).

En el barrio había personas que tenían botes y los usaban tanto para trabajar como para recolectar la madera que arrastraba el río.

Aquí en Costanera hay un negocio que nosotros le decimos el “Cantinflas”, la familia es muy antigua. El papá era el que tenía los botes, los tenía al orilla del río y cuando subía el río iba a buscar leña, para atrapar los troncos que venían para abajo. Igual que el caballero Ambiado, también tenía unas lanchas, porque mi papá trabajaba con él, iban a buscar leña adentro cuando subía el río. (R. Barrera, comunicación personal entrevista grupal, 15 diciembre de 2017)

La recolección de madera en el río era una actividad frecuente en ese entonces. Los vecinos la recogían en sus botes y la usaban para hacer fuego.

Saber que el Bio-Bío en esos años era navegable, tal vez las generaciones de hoy no lo crean, pero eso sí en mi barrio hubo personas que tenían botes a remo, uno de ellos era el “tío Nene”, así le decían, iba a buscar carbón a Santa Juana, para vender en su casa. El “tío Rey” hacía lo contrario, llegaba en su bote hasta la Desembocadura de Bio-Bío, en busca de leña y madera que el río arrastraba y en algún lugar quedaba atascada. (Maruquita, primera generación, citada en Ferrada, 2011, p. 152 y 153)

Esta intensa actividad fluvial comenzó a decaer tras el terremoto de 1939, ya que gran parte de las ruinas de la ciudad fueron trasladadas a este sector. “Esto duró hasta poco después del terremoto. Después del 39 se terminó, porque venían a botar los escombros, la basura, aquí, a la orilla del río” (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 4). A partir

de ahí el río fue utilizado cada vez menos por las embarcaciones, debido a que los escombros bloquearon el acceso. “Después comenzaron a rellenar y entonces había puro relleno, así es que no pasaron más botes” (poblador/a sector Costanera, citado por Cabrera y Lasalle, 2000, p. 4).

Se destaca que entre la figura 3 y 7 hay aproximadamente 54 años de distancia, en la primera, que data de 1906, se observa una intensa actividad en la orilla del río, donde hay varias embarcaciones que acaban de llegar o se están preparando para partir, las que están siendo custodiadas por un grupo de personas. Además hay varias tablas sobre la arena, que probablemente acaban de ser descargadas de un de los botes y pronto serán trasladadas hasta una de las barracas del sector. Por el contrario, en la figura 7, que data de 1960, el bote está en el patio de una casa, lejos del río, lo que deja en evidencia que en aquella época el uso de dichas embarcaciones era cada vez menos frecuente.

4.2.3. El río, espacio de recreación.

El río Biobío fue usado durante varias décadas por los habitantes del barrio Aurora de Chile para actividades de esparcimiento, como pasear, bañarse, hacer picnic, etc.. Debido a su cercanía, ellos no tenían que incurrir en gastos y podían utilizarlo libremente.



Figura 8. Familia Contreras-Chavarría, picnic Ribera norte río Biobío, 1940. De Marcía Rivera. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.⁸

⁸ En la imagen se aprecia a una familia del barrio Aurora de Chile realizando un picnic en la orilla del río en 1940. La familia está compuesta por 7 integrantes, quienes al parecer están almorzando en la playa, ya que junto a ellos y sobre el suelo hay un mantel, una olla, una botella y otros objetos que lo sugieren. Las mujeres están sentadas y los hombres de pie. Un niño pequeño se apoya en una de ellas. Sobre algunos de los integrantes está escrito el rol que ocupan dentro del grupo familiar, textos que fueron incorporados de forma posterior a la captura de la imagen. El terreno situado detrás de ellos está inclinado hacia arriba y en la parte más alta hay un borde que probablemente corresponde al límite de la crecida del río, más allá de esa marca –y del margen superior del encuadre– se encuentra el barrio Aurora de Chile.



Figura 9. Yolanda Acosta y su hijo Danilo, ribera norte río Biobío, 1975 aprox.. De Roberto Maldonado.⁹

⁹ En la imagen está Yolanda y su hijo sentados sobre una manta, en compañía su marido, quien no aparece explícitamente, porque fue él quien capturó la fotografía. El niño tiene menos de un año, esto evidencia que la relación entre los habitantes del barrio y el río comenzaba prácticamente cuando ellos nacían. Detrás de ellos hay un perro negro –la mascota de la familia– y a su alrededor se aprecia la playa vacía, lo que revela que en aquella época el uso del río, que se ubica más allá del borde izquierdo de la imagen, era cada vez menor. Llama la atención que en esta imagen y en la anterior las mujeres tienen una posición similar, están sentadas con sus piernas dobladas y tienen apoyado a un niño sobre sus cuerpos.



Figura 10. José, Paté y Cachi, ribera norte río Biobío, 1960. De la fotografía del barrio. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.¹⁰

¹⁰ En la imagen se observa a 3 hombres en el río, habitantes del barrio Aurora de Chile, todos visten trajes de baño, por lo que se presume que están en verano. El de la derecha está sentado en la arena y tiene los pies dentro del agua. El del medio hace un gesto de saludo con una mano, está recostado sobre el suelo y tiene una parte de su cuerpo apoyada en el agua. El de la izquierda está prácticamente dentro del río. Es evidente que ellos se conocen hace tiempo, por eso comparten esa actividad y están situados uno al lado del otro. Se aprecia además la gran extensión del río y los arbustos que lo rodean.



Figura 11. Danilo Maldonado, hijo de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, ribera norte río Biobío, 1977. De Roberto Maldonado.¹¹

¹¹ La imagen muestra a Danilo, el hijo de Yolanda, en el borde del río. Ella lo sostiene en sus brazos mientras su marido captura la fotografía, pero ambos no aparecen explícitamente en la imagen. Danilo tiene 2 años y se encuentra junto al terraplén, la barrera contra las inundaciones, que ya había sido construido y que se sitúa más allá del borde inferior de la imagen. Él mira el puente viejo que está a lo lejos y hace un gesto con su mano derecha indicándolo, como si pudiera reconocerlo a pesar de su corta edad. Posiblemente ese gesto sea una reacción a algo que acaba de decir su madre, quizás ella le está enseñando qué significa esa gran estructura de hormigón, un elemento que los vecinos del barrio reconocen como parte de su entorno e historia. Llama la atención que a diferencia de las imágenes anteriores, donde las personas se encuentran insertas en el río en ésta se le observa de lejos, evidenciando un cambio en la relación entre los habitantes del barrio y el río Biobío.



Figura 12. Yolanda Acosta, puente viejo, ribera norte río Biobío, 1968. De Roberto Maldonado.¹²

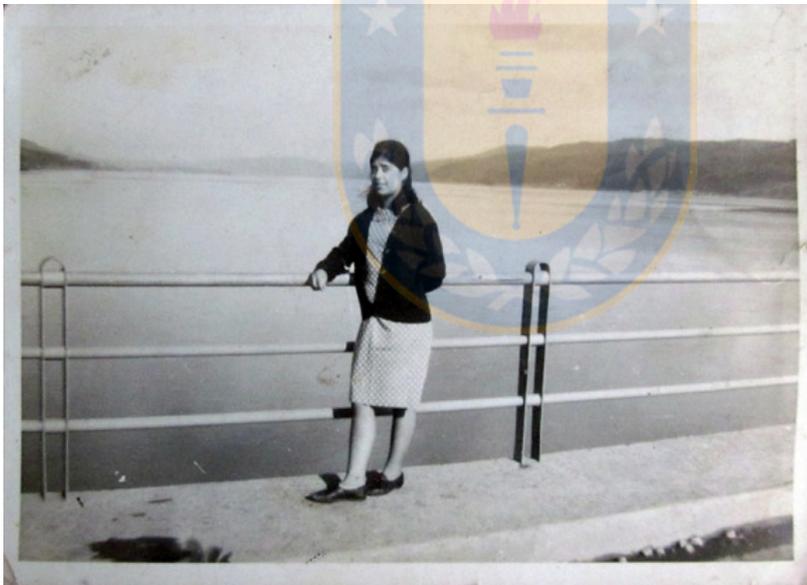


Figura 13. Yolanda Acosta, puente viejo, ribera norte río Biobío, 1973. De Roberto Maldonado.¹²

¹² En ambas imágenes se aprecia a Yolanda de pie en un costado del puente viejo, con su cuerpo enmarcado por el paisaje del río Biobío que aparece de fondo. El lugar es prácticamente el mismo a pesar de que las imágenes fueron capturadas con más de 5 años de diferencia, por lo que es posible inferir que el puente era considerado un paseo habitual por los vecinos del barrio. En la figura 12 se distingue además, bajo el puente, los rellenos de la Ribera Norte, que en esa época cubrían prácticamente toda el área que antes se usaba como playa.

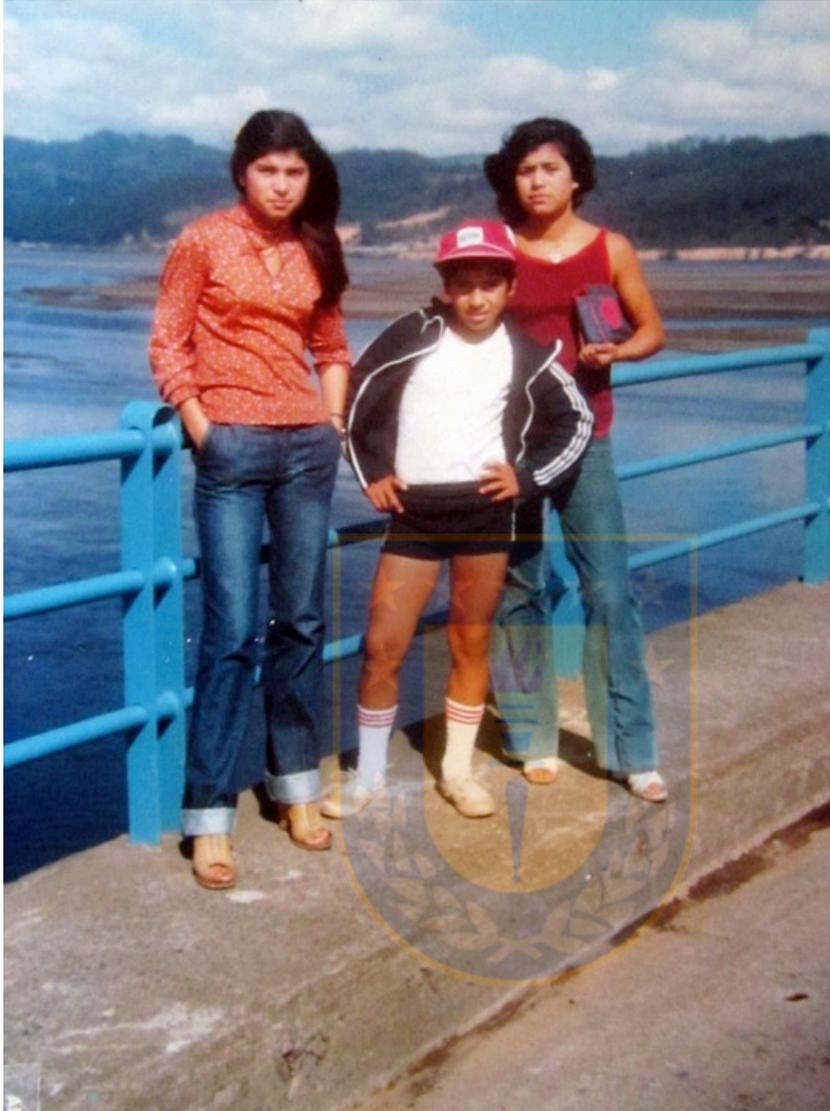


Figura 14. Hijos de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, puente viejo, ribera norte río Biobío, 1987 aprox.. De Roberto Maldonado.¹³

¹³ En la imagen aparecen los 3 hijos de Yolanda en la misma zona del puente viejo donde se encontraba ella en las figuras 12 y 13. Los 3 adolescentes tienen un actitud similar a la de su madre y sus cuerpos están enmarcados por el mismo paisaje del río Biobío en el que estaba circunscrito el cuerpo de ella en las imágenes capturadas casi 20 años antes. Esto da cuenta de que el puente viejo era un lugar con el que los habitantes del barrio Aurora de Chile estaban familiarizados. En este caso, el hombre se sitúa en el centro y las dos mujeres se ubican una a cada lado. Se presume que la imagen fue capturada en verano, ya que a lo lejos se aprecia una zona de arena que evidencia el bajo caudal del río, sumado a la ropa ligera que visten los adolescentes.

Al ser consultados sobre las actividades recreativas asociadas al río, Carmen Acosta (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta: “Nos íbamos a bañar al río. Íbamos todos al río”.

En la misma línea Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien acentúa la relevancia del río como un espacio social, señala:

Ese era el balneario de la juventud aquí, el balneario de la Aurora de Chile (...) Iba harta gente al río a bañarse, se llenaba, porque se formaban unas islas grandes ahí y la gente iba y pasaba hasta allá.

En relación a lo anterior Carmen Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) agrega: “Ella se juntaba con su cuñada que vive a acá a la vuelta, que tenía sus 3 niñas chiquititas, y partíamos con los niños aquí a bañarnos en el verano” .

Por su parte Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016), quien identifica la multiplicidad de actividades que tenían lugar en el río, afirma:

Se usaba para ir a bañarse, para disfrutar, para entrenar, para muchas cosas se usó el río (...) Era como tener una playa prácticamente propia al lado de la población. Aquí en esos tiempos no se pensaba en ir a otras playas a disfrutar, aquí uno daba un par de pasos y llegaba al río Biobío (...) Entonces yo diría que la cercanía que tiene el río con la población es súper importante.

Se destaca la distancia como un factor significativo en relación al uso del río por parte de los habitantes del barrio Aurora de Chile.

Hay que considerar que el barrio nunca ha contado con espacios públicos como plazas o áreas verdes, en ese sentido el río se presentaba como un lugar propicio para el desarrollo de experiencias colectivas. Sobre eso Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta: “La gente se iba a las 7 de la mañana a tomarse los rinconcitos para poder tener derecho al río. Se hacían lindos paseos allá”.

En la misma línea Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda:

Nosotros íbamos a la playa en el verano. Nos daban permiso para ir a bañarnos o mi mamá nos llevaba. Daba gusto ir a la playa. El día domingo daba gusto de estar ahí con toda la gente. El día primero íbamos al cementerio y después nos pasábamos ahí: a almorzar, a tomar onces, desayuno, todo. Era como un campo que se hacía.

Por otro lado Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017), quien recuerda el río como una zona de juegos a la cual asistía cuando niña, señala:

(...) ellas llevaban sus mates, pescaban su guitarra y se ponían ellas a ser felices en el río. Se pasaba súper lindo con las viejitas. Yo vivía metida con ellas en el río (...) iba a la playa a jugar.

Siguiendo la misma idea Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) comenta: “(...) todos disfrutaban, desde los niños hasta los adultos. Cuando tenía 12 o 13 años ahí uno se bañaba, usaba el río todos los días o todos los fin de semanas”. En relación a esto Pricila Hernández

(comunicación personal, 20 junio de 2015) afirma: “Era un grupo grande de niños que nos dedicábamos a correr por el río, por los tubos de alcantarillados. Se vivió una infancia bonita cazando guarisapos. Siempre al lado del río”.

Un elemento vinculado al río que los habitantes recuerdan en forma particular es el antiguo puente viejo. Sobre esto Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) comenta: “(...) fue un puente pobre porque eran puros durmientes, tablonos, era magnífico”.

Luego del terremoto del 39 el puente se construyó en hormigón y se mantuvo en pie hasta el terremoto del 60, donde sufrió daños considerables por lo que tuvo que ser reconstruido. Respecto de eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) señala:

El puente viejo también es parte de la Aurora de Chile porque aquí harta gente participó de la reconstrucción del puente después del 60' cuando se cayó. Entonces se usó harta mano de obra de acá para poder utilizarlo de nuevo. De ahí ya uno se siente que el puente viejo también le perteneció a uno porque llegaba prácticamente a la puerta de la casa de la población Aurora de Chile. El puente viejo era como la entrada y salida de la casa de uno. Uno quería ir a San Pedro y usaba el puente, los de San Pedro llegaba, pero tenían que golpear la puerta de uno en la población para poder ingresar, entonces se sentía que era parte de la población.

El puente se utilizó hasta el 2010, ya que el terremoto de ese año lo dejó inutilizable. A pesar de que ya no existe, el puente es recordado como un punto de referencia por los habitantes del barrio. Respecto de eso Carmen Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) menciona: “Cruzábamos el

punto viejo caminando para ir a sacar mora camino a Santa Juana. O sea al otro lado del punto. Los cabros más grandes se tiraban del punto viejo porque el río venía más hondo ahí”.

El punto viejo no solo se utilizaba como lugar de paseo, los jóvenes lo usaban para lanzarse al río y alcanzar así zonas más profundas donde bañarse. Sobre eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma:

Uno se bañaba en el centro del río, casi en la parte media (...) Por debajo del punto viejo se supone que hay unas barras, hay unas vigas y uno se tiraba, pasaba por las vigas y de ahí te dejabas caer al agua (...) ahí uno se daba cuenta que el río era profundo, algunas partes era profundo. Ahí uno puede decir hay hartas imágenes felices.

Siguiendo la idea anterior Roberto Maldonado (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala:

(...) llevábamos cordeles y nos deslizábamos desde el punto y llegábamos abajo. Desde el punto, bien al medio, con un cordel con nudos, lo amarrábamos a las barandas que tienen en un lado y de ahí nos deslizábamos hacia abajo (...) cuando ya era tarde y se estaba oscureciendo, nos metíamos bien para adentro y encontramos harto movimiento debajo del punto (...) Me acuerdo que la juventud, las parejas, todos iban para allá. Le llamaban el hotel playa, se colocaban debajo del punto ahí y de acá nadie los veía.

El Punto Viejo cobijaba bajo su estructura de hormigón los encuentros furtivos de las parejas de enamorados. Esto se explica porque en el barrio no habían lugares donde reunirse, conocerse y entablar relaciones, eso sumado a

la escases de recursos, hacía que los jóvenes adaptaran sus actividades a los espacios que tenían a mano.

Si bien es cierto que el río era un lugar agradable para los vecinos, al mismo tiempo representaba un peligro. Sobre eso Roberto Maldonado (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta:

Decían que salía el cuero, un animal que era como un manto, donde se ahogaba gente, porque él se las tragaba (...) Una vez me arrastré como una cuadra en el río, el agua me tiró al fondo, yo era grande ya, pero salí y me salvé. Me estaba ahogando (...) Ahí a veces encontrábamos algo y era un muerto, quizás de cuantos días, un cabro joven, daba cosa de ver eso. Personas que se habían ahogado en Hualqui o Chiguayante y la corriente los había arrastrados.

Cuando ocurría una tragedia en el río eran los mismos vecinos quienes se encargaban de recoger a los fallecidos. El mismo Roberto Maldonado (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma:

Un cabro que le decían el gallina se tiraba al agua a sacar a los muertos. Y el bote de este caballero que trabajaba para Santa Juana iba a buscarlos. La corriente arrastraba los cuerpos hasta una playa y ahí quedaban.

Ante esas situaciones varios padres le prohibían a sus hijos acercarse al río. Orlando Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta: “Mi papá era muy estricto, no nos dejaba ir a bañarnos al río”. Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018), hermana de Orlando, señala:

Siempre se dijo que era muy peligroso porque había un pantano. Antes iba harta gente, la entretención de la mayoría de la gente aquí era ir a la

playa a bañarse, pero a mi nunca me dieron permiso (...) Aquí se murió harta gente ahogada. Un primo de nosotros se murió ahogado (...) pasó como un día y una noche para que encontraran el cuerpo. Lo encontraron cerca del puente ferroviario. Fue muy triste esa situación.

A pesar de los accidentes, los habitantes del barrio continuaron usando el río durante varios años, por lo mismo ellos sienten una especial cercanía con ese espacio de la ciudad. Con respecto a eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma:

El río en esos tiempos no era malo, había que saber llevarlo (...) El río Biobío es importante porque en base a eso hoy día nosotros estamos acá en la población. El río es quizás la vena de la Aurora, lo que nos permitió, porque nos permitió, construir acá y vivir acá.

Se destaca el río como uno de los espacios relevantes del barrio, donde los habitantes se reunían y compartían experiencias en relación al trabajo, los desplazamientos y la recreación. Experiencias alegres como los paseos familiares, pero también tristes como la muerte de alguna persona del barrio. Un lugar utilizado tanto por los adultos como por los niños, siendo para estos últimos una gran zona de juegos donde era posible disfrutar con los amigos.

4.3. EL TERRITORIO COMO REFLEJO DE LA COMUNIDAD

Las primeras familias que se instalaron en la Ribera Norte del Biobío, lo hicieron comprando los terrenos ubicados cerca de la línea férrea o

apropiándose de un área que le pertenecía al río para levantar sus viviendas. De esa manera ellos llevaron a cabo un proceso de construcción territorial, a través del cual formaron un lugar que antes no existía, donde desarrollaron una vida en común en base a relaciones de confianza y vecindad. Esta iniciativa estuvo marcada por el trabajo colaborativo de los habitantes y una serie de situaciones adversas, que dan cuenta del esfuerzo, arraigo y sacrificio que implicó llevarla adelante.

4.3.1. El territorio, reflejo del esfuerzo.

Los primeros habitantes del barrio utilizaron un sistema tipo palafitos para levantar sus viviendas, debido a que las crecidas del río provocaban constantes inundaciones en el sector. De ahí en adelante, ellos mismos fueron rellenando sus terrenos, con el fin de poder algún día pisar tierra firme. En ese proceso es donde se tejieron las relaciones y vínculos que de darán pie al surgimiento del barrio Aurora de Chile.



Figura 15. Palafitos, barrio Aurora de Chile, 1940 aprox.. En “Memorias a orillas del Biobío ” (p. 17). De Adrián Lassalle y César Cabrera, 2000, Concepción, Chile.¹⁴

¹⁴ En la imagen se aprecian varias casas de materiales ligeros situadas en la Ribera Norte del Biobío. Las casas se sostienen sobre pilares, que las separaran varios metros del suelo. Debajo de ellas hay un espacio que en algunos casos alcanza la altura de un piso, es muy probable que por allí haya circulado el agua cuando el río aumentaba su caudal. Es ese mismo espacio el que los vecinos tuvieron que rellenar para evitar las inundaciones. Las casas tienen una escalera en el frente para acceder a ellas. En la casa de la derecha hay una mujer asomada por una ventana, desde allí observa a dos niños que están afuera, bajo ella, posiblemente jugando en un espacio que se asemeja a una calle, pero de arena, la arena del río. En la casa de más atrás una mujer hace lo mismo que la anterior, pero desde la puerta. En el costado izquierdo de la imagen se aprecia una zanja oscura que se extiende hasta el fondo, donde seguramente pasaba un riachuelo. En el costado derecho de la zanja hay un perro y más atrás algunas personas que se acercan desde lejos.



Figura 16. Rolando Barrera en Motocicleta, barrio Aurora de Chile, 1963 aprox.. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.¹⁵

¹⁵ En la imagen se aprecia una calle del barrio Aurora de Chile en el año 1963, donde es posible constatar que los terrenos ya han sido rellenados, puesto que los palafitos han desaparecido. Las casas que se observan en el fondo están construidas con materiales sólidos y se sitúan sobre tierra firme. Incluso hay un poste de hormigón que sugiere la presencia de suministro de energía eléctrica. En el costado derecho hay dos vehículos, un camión y una moto, junto a ellos hay tres habitantes del barrio, dos hombres adultos y un niño. A diferencia de la imagen anterior, en esta no hay presencia de arena del río en la calle, por el contrario, el suelo de tierra parece sólido y compacto. Tanto así que es capaz de sostener un camión. Se aprecian además algunos charcos de agua en el borde inferior de la imagen, pero éstos parecen corresponder más a restos de lluvia que al río, ya que la mayor parte de la calle se encuentra completamente seca.



Figura 17. Vecinos del barrio Aurora de Chile, 25 de diciembre de 1951. De Magaly Lagos.¹⁶

¹⁶ En la imagen se observa a un grupo de vecinos del barrio reunidos posiblemente en el patio de una casa. Entre ellos está Hernán Mella, a la derecha, tío de Magaly Lagos, quien llegó al barrio junto a sus hermanas a mediados del siglo XX. Al llegar arrendaron una parte de la casa de Ilda Tapia, quien aparece en la parte inferior izquierda de la imagen junto a una niña. A lado de Hernán está Laura Tapia, vestida de negro. En el lado izquierdo se aprecia a Jorge Moraga y su mujer. Se destacan los gestos corporales de los vecinos, quienes además de estar ubicados uno al lado del otro y de mostrarse bastante animados, sonríen y tienen contacto físico entre ellos. Están abrazados o tomados de las manos, todos menos Hernán Mella, quien acaba de llegar al barrio. Esto deja en evidencia la cercanía que existía entre los habitantes, quienes compartían un territorio y una forma de vida desde hace ya bastante tiempo.



Figura 18. Familia Mella Betancurt, patio casa, barrio Aurora de Chile, 1961 aprox.. De Magaly Lagos¹⁷

¹⁷ En la imagen aparece Hernán Mella, a la izquierda, junto a cuatro de sus hermanas: Lira (atrás izquierda), Luisa (adelante izquierda), María (centro) y Ana (derecha). Ésta última es la madre de Magaly Lagos. En la parte inferior aparece Orlando Lagos, hermano de Magaly, adentro de un coche, en ese momento él tenía apenas unos meses de vida. Hay dos hombres más junto a ellos, es probable que sean vecinos del barrio a los que conocen desde hace tiempo. Incluso uno de ellos tiene su brazo sobre el hombro de Ana, lo que evidencia cercanía y familiaridad. Ellos se encuentran reunidos en el patio de la casa de las hermanas Mella Betancurt, que estaba ubicada en el barrio Aurora de Chile y donde ellas vivieron durante varias décadas. Llama la atención el eje generacional que marca la posición de María, la mayor de las hermanas ahí reunidas, quien está de pie en el centro. Delante de ella hay una sobrina menor, más adelante otra más pequeña y más adelante Orlando, la guagua de la familia. Los cuatro están vestidos completamente de blanco.



Figura 19. Hermanas Mella Betancurt, casa barrio Aurora de Chile, 2005. De Magaly Lagos.¹⁸

¹⁸ En la imagen aparecen las hermanas Mella Betancurt, 44 años después de la fotografía anterior, figura 18. En este caso están: Lira Mella (arriba izquierda), Luisa Mella (arriba derecha), María Mella (abajo izquierda), Hortensia Mella (abajo centro) y Ana Mella (abajo derecha). Sólo falta Hernán, el único hermano varón. Ellas se encuentran en el living de su casa, ubicada en el barrio Aurora de Chile, donde han vivido por más de 50 años. Al parecer se han reunido con motivo de una celebración de cumpleaños, así lo sugiere el ramo de flores que está sobre una pequeña mesa gris en el costado derecho de la imagen. Tres de las hermanas están sentadas en un sofá y las otras dos están de pie detrás de ellas. En el centro se ubica Hortensia, la mayor, mientras las demás la rodean. Una pequeña alfombra cubre el piso de madera. En el costado izquierdo se distinguen los pies de un niño que lleva puesto un pantalón azul y permanece sentado sobre un sillón, además del brazo de un adulto, que está de pie y lleva puesta una camisa celeste, ambos están ubicados más allá del límite del encuadre, probablemente observando como las cinco hermanas son fotografiadas por otro miembro de la familia.



Figura 20. Juanita Reyes y sus hijos Hugo y Cristián, barrio Aurora de Chile, Julio de 1981. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.¹⁹

¹⁹ En la imagen aparece Juanita Reyes y sus hijos Hugo y Cristián afuera de su casa en el barrio Aurora de Chile. Los tres pisan tierra firme, las inundaciones prácticamente han quedado en el pasado. Juanita tiene sus manos juntas y cada hijo sostiene uno de sus brazos. Se aprecian trozos de piedras y ladrillos incrustados en el suelo, que son parte de los escombros de los terremotos que los vecinos usaron para rellenar sus terrenos. De hecho Juanita está de pie sobre un gran trozo de piedra que es parte del suelo. Destaca la similitud del color de sus vestimentas, los chalecos de los niños son idénticos y su color es similar al de la falda que lleva puesta su madre. Atrás de ellos se aprecia un portón de madera y más atrás una parte de la casa.

Al consultar a los habitantes por el territorio, ellos indican como llegaron allí sus familias y señalan al barrio como su lugar de origen. Respecto a eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016), quien hace hincapié en la manera en que se han ido estableciendo vínculos entre los vecinos, comenta:

Llegaron mis abuelos junto con mi papá. Cuando llegó a la población él tenía 7 años. Mi papá debe haber llegado por el año 45', desde Coronel. Desde 1945 hacia arriba se empezó a hacer parte de la costanera (...) Nosotros nacimos acá en la población, mi señora igual, somos vecinos súper antiguos, ella vivía una cuadra más abajo (...) Fuimos vecinos y hoy en día somos un matrimonio, somos una familia.

Por su parte Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018), cuyos padres provenían de Tomé, afirma:

Mis padres llegaron en el año 39' a arrendar y después nací yo en el 50', mi otro hermano en el 47' y así, de ahí que estoy viviendo aquí. Voy a cumplir 68 años en mayo.

Así como Sonia, la mayoría de las personas que llegaron al barrio en esa época, formaron una familia y se establecieron definitivamente en ese lugar.

Siguiendo la misma idea, Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017), quien acentúa el hecho de que la mayoría de los habitantes han desarrollado toda una vida en el barrio, señala:

Soy nacida y criada acá, mi madre me tuvo acá, mis primeros pasos los di acá. Después me casé, tengo 5 hermanos, tuve 2 hijos, tengo un hijo afuera, el mayor, tengo otra hija afuera, que ahora regresa.

En la misma línea Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018)

recuerda:

Llegaron mi mamá con sus hermanos y su papá y su mamá. Llegaron aquí al barrio porque mi abuelita se enfermó, ellos eran de confluencia, y llegaron aquí porque se enfermó ella y en Chillán no estaba el hospital muy preparado como el de Concepción, entonces ahí se vinieron para acá. Compraron en una primera parte ahí en Manuel Montt, después compraron ahí Bilbao y ahí se quedaron y nunca más se fueron. Llegaron en 1950 por lo que recuerdo que contaba mi mamá. Ellas eran 6 hermanas y la única que se casó aquí en el barrio, donde conoció a su esposo, fue mi mamá, mi tío y sus hermanas quedaron solteras. De ahí nacieron 3 hijos: Edgardo, el mayor, yo la del medio y Sergio, el menor.

La madre y tíos de Magaly fueron parte de una primera generación de habitantes, ella de la segunda, y su hija de una tercera generación.

Por otro lado Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015), quien también nació en el barrio, indica: “Venía mucha gente del sur. Mi viejo era de Valdivia, y llegó por trabajo a Concepción. Antes del terremoto del 60 llegó a vivir en la Aurora”.

Si bien la mayoría de los entrevistados nacieron en este lugar, algunos llegaron durante su infancia. Sobre eso Carmen Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala:

Nosotros llegamos el año 59 al barrio. Llegamos niñas acá con mis papás, mi papá era ferroviario y trabajaba de Temuco hasta acá. Él encontró una casa cruzando aquí Andrés Bello y arrendó. Yo tenía 11 años cuando llegué aquí.

Al llegar al barrio algunas personas arrendaron casas que ya existían, mientras otros se apropiaron de una parte del río y ahí levantaron sus viviendas. Una vez instalados, los habitantes debieron lidiar con el río Biobío, que al aumentar su caudal cubría todo el sector. En relación a esto Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) comenta:

Toda la Aurora que ahora se ve prácticamente llena de casas, todo esto era río antiguamente (...) Por los años 40 el río llegaba hasta la calle Costanera, que quedaba a un par de metros de donde estaba la línea férrea, porque la línea no estaba donde está ahora, sino que estaba mucho más acá.

Por su parte Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda: “En la calle Costanera, esa era la última calle que había antes y la calle blanco, ahora hay hartas calles más allá, ahí habían palafitos, por lo mismo, porque el río se salía”. Fue así como los primeros habitantes se adaptaron a aquellas condiciones momentáneamente.

Siguiendo la idea anterior Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) señala:

En el agua misma enterraban varas y después sobre eso construían. Hacían plataformas y sobre eso hacían sus casas (...). Entonces era una población hecha en palafitos, sobre el agua (...) Tu salía de la puerta y tenías que bajar por unas escala prácticamente muy cerca del agua y hacer una especie de puente en donde poder cruzar de un lado al otro porque no tenías otra alternativa.

Para solucionar esa situación, los vecinos rellenaron sus terrenos con los desechos de los terremotos ocurridos en la zona. Sobre eso Roberto Maldonado (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma: “Todo esos terremotos que habían, en el 39, el 60 y el 85, todos los camiones venían a dejar los escombros para acá para el río, este era el basurero”. Entonces la gente comenzó a utilizar esos materiales como relleno.

En la misma línea Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma:

Todos esos escombros que Concepción botaba lo fue ocupando la gente para rellenar acá lo que es hoy en día la población. (...) todo eso que dejaron esos terremotos está mezclado acá, está puesto acá como suelo. La gente contrataba también y compraba escombros (...), para poder hacer una base donde poder construir sus casas.

Por su parte Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien acentúa que el relleno de los terrenos fue una labor compartida por los adultos y niños del barrio, comenta:

Tenía una tía que vivía allá en el túnel (...). Después ya le agarramos un pedazo de tierra, yo tenía como 14 años y ahí me levantaba a las 6 de la mañana para el terremoto del 60, y no ve que venían a botar escombros al río, y ahí uno se subía arriba de los camiones con pala y tiraba los pedazos, para rellenar y ahí se hizo una casa ella.

Siguiendo la misma idea Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) señala: “De aquí para allá yo tengo más de mil camionadas. Todo esto

era río y aquí estaba todo en alto, cuando en el año 60 nos hundimos y ahí seguimos rellenando”.

Se destaca que los terrenos eran grandes, por lo cual se necesitaba mucho material para relleno, es por eso que los escombros eran muy apetecidos. Sobre eso Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma: “Cuando llegaban los camiones con escombros acá, con tierra y todo, la gente se los peleaba”. En la misma línea Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) menciona:

Uno podía agarrar unos 3 o 4 camiones en el día. Las personas le daban unas moneditas a los que tiraban la arena para que se tomaran una bebida. Y tiraba los rellenos. Uno les decía échemelo aquí por favor.

Por otro lado, los habitantes del barrio que tenían vehículos los utilizaban también para trasladar escombros. Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala:

En ese tiempo la mayoría tenía carretones y en sus propios carretones iban a buscar escombros y empezaban a rellenar. Se veía todos los días eso que la gente buscaba sus rellenos para ir formando su espacios.

Por su parte Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016), quien acentúa la relación del barrio y la ciudad, indica:

Hay una historia que está debajo del suelo de nosotros que es parte de la ciudad antigua de Concepción. Hoy día hay una ciudad moderna, pero todo lo antiguo de Concepción está acá en el barrio, debajo de las casas de nosotros, en el suelo mismo.

Se destaca que durante el proceso de construcción territorial que se desarrolló en el barrio y se extendió por varias décadas, se generaron experiencias significativas que quedaron marcadas en la memoria de los habitantes. A partir de esas experiencias se forjaron estrechos vínculos de amistad y confianza entre los vecinos, al trabajar de manera conjunta con un objetivo común. Actualmente ellos comparten una historia de esfuerzo, donde a pesar de la precariedad salieron adelante y hoy pueden afirmar con orgullo que el suelo que pisan lo hicieron con sus propias manos.

4.3.2. El territorio, reflejo del arraigo.

Ante la llegada de nuevos habitantes al barrio, los vecinos definieron ciertas categorías de pobladores en relación a su antigüedad y participación en el proceso de formación del territorio. Es así como a los más antiguos les llaman Colonos, que corresponden a la primera generación, quienes fundaron el barrio, mientras que a la segunda y tercera generación, los descendientes de colonos, les llaman históricos.



Figura 21. Familia Rivera (familia de colonos), barrio Aurora de Chile, 1930. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.²⁰

²⁰ En la imagen se aprecia a un grupo de mujeres que pertenecen a una familia del barrio Aurora de Chile: la mayor de ellas, probablemente la abuela (colona, primera generación), se ubica en el centro; tres mujeres adultas, posiblemente sus hijas (históricas, segunda generación), están de pie a su alrededor; dos adolescentes, presumiblemente sus nietas (históricas, tercera generación), están sentadas una a cada lado; y tres niñas de una edad bastante menor, seguramente sus bisnietas (históricas, cuarta generación), están sentadas sobre lo que parece ser una manta blanca, que cubre el suelo. Cabe señalar que la imagen fue capturada antes del relleno de los terrenos. Su composición revela las relaciones sociales de quienes aparecen allí retratadas, tanto sus vínculos familiares como también aquellas categorías definidas por los vecinos del barrio, que evidencian la relación de cada habitante con el territorio. Se destaca además la similitud entre las vestimentas de las mujeres adultas y las de las niñas, donde las últimas siguen un cierto patrón establecido por las primeras.

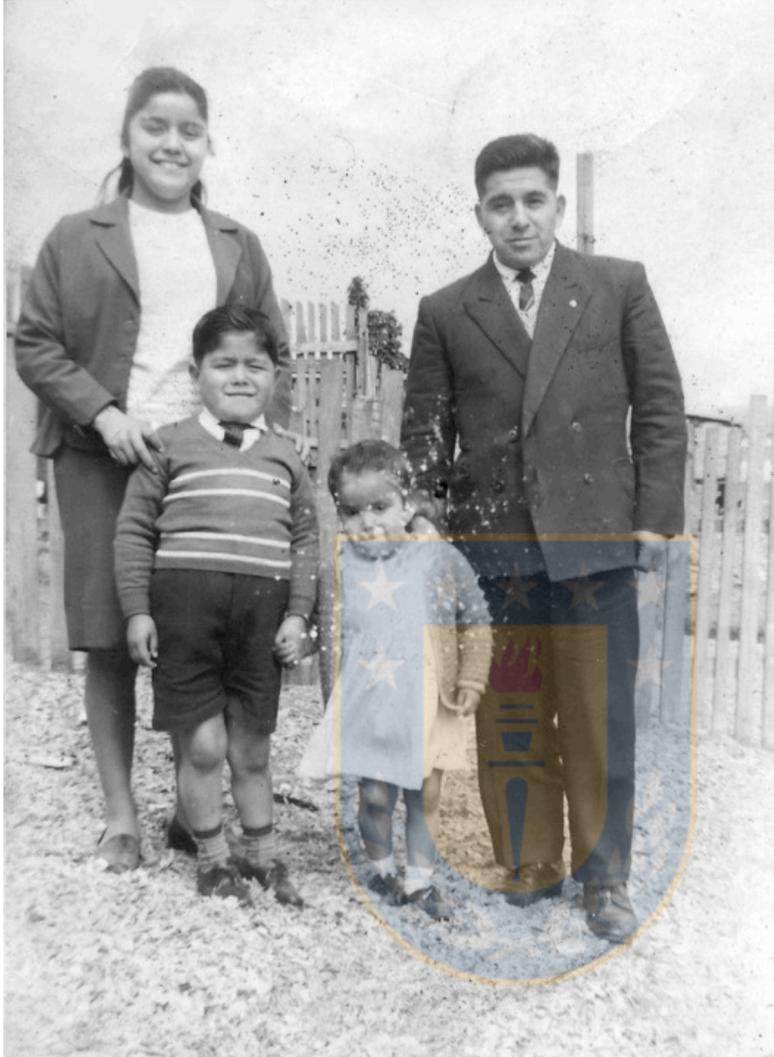


Figura 22. Pricila Hernández, su hermano y sus padres (familia de colonos), barrio Aurora de Chile, 1969. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.²¹

²¹ En la imagen se aprecia a dos adultos, los padres (colonos, primera generación), junto a dos niños, los hijos (históricos, segunda generación), todos están de pie en el patio de su casa. Los mayores se ubican cada uno en un costado, en un gesto de protección, y los niños en el centro. Se destaca la similitud entre las vestimentas del padre y el hijo, ambos visten en forma elegante y usan corbata, así como entre la madre y la hija, ambas llevan puesto un vestido y una chaqueta. Se aprecia además el portón de madera que delimita la propiedad y se ubica atrás de ellos, así como el suelo firme donde pisan, que por su textura parece tener una capa de aserrín en su superficie, que seguramente cubre los escombros que están más abajo. Cabe señalar que esta imagen fue capturada durante el proceso de relleno de los terrenos del barrio.



Figura 23. Raquel Inamarca y su nieta Andrea Flores (familia de colonos), patio de la casa, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1990. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.²²

²² En la imagen se aprecia a una abuela (colona, primera generación) y su nieta (histórica, tercera generación), quienes están de pie junto a una huerta en el patio de su casa. A su alrededor hay una gran cantidad de árboles y plantas, lo que deja evidencia que las inundaciones ya quedaron atrás y que el suelo es firme y estable. Eso se explica porque la imagen fue capturada en forma posterior al relleno de los terrenos del barrio. Se destaca además el parecido de las vestimentas de ambas personas, la polera de la abuela y la de su nieta, de similar forma y color.

Al consultar sobre las categorías que definen a los habitantes del barrio, Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) plantea:

Para nosotros son colonos quienes rellenaron los sitios acá, ellos fueron los primeros que llegaron a construir la famosa Aurora de Chile. Los que llegaron fueron los que encontraron agua acá, entonces ellos vinieron y decidieron construir acá y vivir en palafitos y después esas mismas personas se vieron en la necesidad de construir en tierra, entonces buscaron la manera de traer escombros a la población, para poder construir las casas sobre tierra sólida (...) Las generaciones posteriores son históricos porque esas generaciones partieron con las casas hechas. Entonces los viejos son los que llegaron y se sacaron la mugre por rellenar y ganarle el espacio al río.

Por otro lado Pricila Hernández (comunicación personal entrevista grupal, 20 de junio de 2015), quien hace hincapié en la construcción del territorio, indica:

Un colono es alguien que llegó a conquistar algo, que llegó a formar un territorio y colono para nosotros los Aurorinos, somos más que colonos diría yo, antiguamente se venía a colonizar una tierra que ya estaba hecha, en cambio los viejos llegaron a colonizar algo que se lo quitaron al río y eso es mucho más valioso porque fue formar un terreno en base a esfuerzo (...) Nací en el mismo lugar donde está mi casa. Nunca nos hemos cambiado, desde que mi papá ocupó el terreno (...) mucha gente no se ha cambiado, hay que gente que ha muerto aquí”.

Se destaca el vínculo entre los habitantes y el territorio, forjado a través de varias décadas, en muchos casos a lo largo de toda una vida, pero no solo de una generación, sino de varias que han seguido los pasos de sus abuelos y padres. Actualmente son ellos quienes viven en el barrio, ocupando los mismos espacios que construyeron sus antepasados.

4.3.3. El territorio, reflejo del sacrificio.

Durante el proceso de construcción territorial, los habitantes del barrio vivieron varias situaciones adversas, debido principalmente a la fragilidad de sus viviendas, entre ellas se encuentran las inundaciones y los incendios.



Figura 24. Inundación barrio Aurora de Chile, 1950 aprox.. En “Memorias a orillas del Biobío” (p. 17). De Adrián Lassalle y César Cabrera, 2000, Concepción, Chile.²³

²³ En la imagen se observa una gran inundación ocurrida en el barrio Aurora de Chile en 1959, que dejó muchas casas anegadas y un sinnúmero de familias damnificadas. El agua cubre prácticamente la mitad de una casa, incluyendo el patio que se encuentra totalmente sumergido. Un hombre ubicado en el lado derecho de la imagen contempla desde una escalera aquel panorama desolador. Él observa la casa que se encuentra más allá del límite inferior del encuadre, la que seguramente está inundada de la misma forma que la que otras.



Figura 25. Incendio barrio Aurora de Chile, 1959 aprox.. En “Memorias a orillas del Biobío ” (p. 17). De Adrián Lassalle y César Cabrera, 2000, Concepción, Chile.²⁴

²⁴ En la imagen se aprecia el gran incendio ocurrido en 1959 en el barrio Aurora de Chile, que arrasó con prácticamente toda una cuadra. A lo lejos se vislumbran las viviendas del pasaje Huracán envueltas en llamas. Hay algunas personas en los techos, quienes quizás intentan ayudar a controlar la catástrofe. Mientras en la cancha un grupo numeroso de personas, probablemente los damnificados, acaba de llegar con lo poco que han podido rescatar de sus casas. Llama la atención un niño situado en el borde inferior derecho, el mismo lugar que ocupa el adulto de la imagen anterior (figura 24), en este caso el niño observa absorto a la cámara. De esa manera genera un nuevo “punctum” (Barthes), nos descoloca con su mirada y nos hace partícipes de la tragedia.

Al consultar a los vecinos acerca de las situaciones adversas que han debido enfrentar en el barrio, Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta: “Venían las avenidas y moría gente, porque habían muchas casas como palafitos. El río inundaba las calles y las casas”.

En la misma línea Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda:

A mi tía se le llenaba la casa de agua. Tenía que dejar las sillas arriba de las mesas. Y ella se venía para acá y estaba dos o tres meses hasta cuando pasaba todo el invierno y se secaba la casa, había que sacar el barro. Era tremendo.

Por otro lado Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) señala:

Una vez para san Manuel, porque mi papá se llamaba Manuel, todos los años se celebraban los santos, se compraron un pavo, tenían hartos invitados. En este tiempo ya empezaban las avenidas, en mayo y san Manuel era en mayo, por ahí por el 25. Cuando van a buscar el pavo, el pavo iba nadando en el río y un chico que era bueno pal agua, lo fue a sacar allá abajo en el puente.

Como el río arrastraba todo lo que tenía a su paso era una preocupación recurrente para los habitantes del barrio. Respecto a eso Carmen Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) menciona:

La gente se asustaba en el invierno porque el río se iba llenando, llenando. Cuando llovía una semana le faltaba poquito para el desborde, así que todos andábamos con miedo aquí (...) Nosotros íbamos a mirar el río y veíamos como este iba subiendo y subiendo un poquito más, por el puente viejo, por esa parte mirábamos.

Una de las medidas que se implementaron para controlar las crecidas del río y proteger el barrio fue la construcción de una berrera en todo el borde por parte del Estado. En relación a esto Pricila Hernández (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) indica: “En el 65 se hizo recién el relleno, el terraplén, para frenar el agua, y después del 65 cuando se rompió el terraplén ahí también quedó la embarrada porque entró mucha agua”. Siguiendo la idea anterior Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien recuerda la última vez que hubo una gran inundación, menciona:

Tendría unos 12 años (...) y fue grande, el río llegó hasta Costanera, salió harto, porque era como un metro y medio que se subió el río. (...) la gente andaba en batea sacando los perritos y las cosas.

En aquellas situaciones adversas, surgía la ayuda de los vecinos, quienes apoyaban a los más necesitados y los ayudaba a salir adelante. Sobre eso Isabel Rivera (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) afirma:

Yo me acuerdo que el año 72 más o menos, yo era niña y estaba en primero o segundo, el río llegó hasta calle Errázuriz, hasta ahí donde termina la fábrica de paños, todo esto para acá estaba inundado. En esos momentos todas las familias se ayudaban, las casas se amarraban a los árboles para que no se las llevara el río.

Otra de las situaciones adversas que los habitantes del barrio recuerdan son los incendios, estos sucedían de manera recurrente antes de los años 70. Al respecto Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) señala:

Cuando aquí se quemaba una casa y había un incendio, se quemaban varias casas. No se quemaba simplemente una casa, sino que se

quemaban 4 o 5 casas de un viaje, y eso también era una pena para uno, porque eran vecinos que uno conocía, eran familias prácticamente ligadas a uno, nos conocíamos todos y era penoso que se le quemaran las casas, pero vivíamos en una población en casas de maderas donde estaban apegadas unas con otras.

Hubo varios incendios de grandes magnitudes que afectaron a los vecinos, uno de ellos fue el del año 1959. En relación a esto Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) comenta: “Se quemó una manzana entera, no estamos hablando de una casa sino que de hartas casas. Eso también está registrado en la historia de la población Aurora de Chile”. Sobre ese mismo hecho Magaly Lagos (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) afirma: “Se salvaron como 4 casas del pasaje y lo demás se quemó todo, todo”. Aquel incendio fue en el pasaje Huracán.

Siguiendo la misma idea Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien tenía 10 años en aquella época, recuerda:

En ese pasaje nosotros nos quemamos en el 59'. Se quemó una cuadra y ahí en esa cuadra nos quemamos nosotros. A nosotros se nos quemó todo, todo, no sacamos nada y estuvimos 6 meses viviendo en carpa aquí alrededor de la cancha. Venían los milicos a darnos la comida a nosotros. Se quemó toda la cuadra. Y toda esta gente que vive aquí alrededor, es la gente del incendio. Cuando yo llegué habían llamas, no se podía entrar. Lo único que recuerdo es que saqué a mi hermano menor y saqué un balde con losa, una máquina y una radio (...) Estuvimos 6 meses viviendo en carpa, en pleno invierno, con lluvia, con todo. Había que estar ahí. Estaba todo lleno. Y la demás gente, se quedaron en el club, adentro de la sede. Nos quedamos nosotros en carpa, porque éramos más.

Varios meses después del incendio le dieron un terreno a la madre de Sonia, frente a la cancha, y allí construyeron la casa donde vive hoy.

Pero ese no fue el único incendio, sino que ocurrieron varios más, sobre eso Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda: “Acá en Errázuriz se quemó una familia, una mamá con 2 niños. Ella salió a comprar y cuando volvió encontró la casa envuelta en llamas”. Sonia Villagra (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) agrega: “Estaba comprando pan donde la señora Marta”. Mientras que Thelma Olave (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) señala: “Yo la vi cuando vino a comprar, porque yo justo había abierto la bodega y pasó por ahí”. Y Carmen Acosta (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) concluye: “Los niños estaban arriba y ella estaba embarazada de otro niño, se metió nomás y se quemó con sus niños. Murieron cuatro”.

Se destaca que a pesar de las situaciones adversas ocurridas en el barrio, muchas de ellas causadas por la fragilidad del territorio y las precarias viviendas de sus habitantes, poco a poco ellos lograron sobreponerse y salir adelante, y lo hicieron de manera asociativa, ayudándose unos a otros y apoyando a los más necesitados.

4.4. EL BARRIO AURORA DE CHILE COMO EL LUGAR DE LO COMÚN.

La construcción del territorio permitió que los habitantes desarrollaran una vida en común a partir del uso de una serie de espacios, entre ellos: la cancha y sede del Club Deportivo Huracán, las calles del barrio, la escuela Santa Catalina de Siena, las industrias cercanas y los patios de las casas. Así como también de un conjunto de actividades que allí ellos realizaban: competencias deportivas, celebraciones, juegos infantiles, reuniones, trabajos, encuentros y oficios varios.



4.4.1. La cancha y sede del Club Deportivo Huracán, lugares de reunión.

La cancha fue construida en 1939 por los propios habitantes, quienes rellenaron el terreno y fundaron ese mismo año el Club Deportivo Huracán. La sede del club se levantó a un costado del arco norte. Ambos espacios se transformaron en lugares centrales del barrio, donde han tenido lugar –y lo siguen teniendo– diversas actividades: partidos de fútbol, celebraciones, fiestas, reuniones, etc.. Cada una de ellas congrega a un grupo importante de vecinos y ofrece una instancia de encuentro y participación colectiva.



Figura 26. Tribuna cancha Club Huracán, pasaje Huracán, barrio Aurora de Chile, 1970 aprox..
Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.²⁵

²⁵ En la imagen se aprecia a un grupo de hombres reunidos en la cancha del barrio Aurora de Chile en 1970. Ellos observan un partido de fútbol del Club Deportivo Huracán desde la tribuna situada en el borde de la cancha. El partido aludido no aparece en la imagen, ya que ésta solo muestra las reacciones de quienes lo observan. Aquellos hombres están ubicados uno al lado del otro, algunos sentados y la mayoría de pie, casi todos son adultos, de diversas edades, pero entre ellos hay también algunos niños. Posiblemente se trata de un domingo, día en que se acostumbra a realizar dicha actividad y donde la mayoría de los hombres pueden asistir a la cancha, ya que no trabajan. Destaca la gran concurrencia de público, el que se extiende hasta el final de la cancha y cubre toda la imagen. Es probable que el partido se haya disputado cerca del medio día, lo que se infiere por el reducido tamaño de las sombras.



Figura 27. Club Deportivo Huracán, Serie de Honor Primera Adultos, cancha barrio Aurora de Chile, 1980. De Carmen Rocha.²⁶

²⁶ En la imagen aparece el equipo de la “Serie de Honor Primera Adultos” del Club Deportivo Huracán. Los once jugadores que visten el uniforme oficial más el entrenador posan ordenados junto a uno de los arcos de la cancha del barrio Aurora de Chile. Es posible que la imagen haya sido capturada minutos antes de comenzar el partido. Si bien el público que los observa en esta oportunidad no aparece, es muy probable que sea similar al de la imagen anterior (figura 26), a pesar de que entre ambas hay más de 10 años de diferencia, ya que las personas que asisten regularmente a la cancha son siempre los mismos.



Figura 28. Serie Primera Infantil, Club Deportivo Huracán, cancha barrio Aurora de Chile, 1977. De Carmen Rocha.²⁷

²⁷ En la imagen se aprecia a un grupos de niños de distintas edades en la cancha del Club Deportivo Huracán en 1977. Los niños están ubicados a un costado de la sede del club. Se trata del equipo de la “Serie Primera Infantil”, que es parte de la escuela de fútbol de Huracán. Los niños visten el uniforme oficial de aquella época y están ordenados uno al lado del otro, algunos permanecen hincados, los de adelante, mientras los demás están de pie un poco más atrás. Junto a ellos hay algunos adultos, los encargados del grupo. En el fondo se aprecia una bandera con el nombre del club y sus años de existencia junto a dos banderas chilenas.



Figura 29. Club Deportivo Huracán, Serie infantiles, cancha barrio Aurora de Chile, 2000. De Carmen Rocha.²⁸

²⁸ En la imagen se aprecia a un grupos de niños de distintas edades en la cancha del Club Deportivo Huracán en el año 2000. Se trata del equipo de la “Serie Infantiles”, que es parte de la escuela de fútbol de Huracán. Los niños visten el uniforme oficial y están ordenados uno al lado del otro, de forma casi idéntica a los que aparecen en la imagen anterior (figura 28). La actitud corporal y los gestos de los niños son similares en ambas fotografías, a pesar de haber sido capturadas con 23 años de diferencia. En ese sentido es evidente que esta actividad y todo lo que ella implica, tanto emocional como físicamente, se ha transferido de generación en generación.



Figura 30. Aniversario Club Deportivo Huracán, celebración en la sede, barrio Aurora de Chile, 1963. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.²⁹

²⁹ En la imagen se aprecia a un grupo de hombres adultos reunidos en el interior de la sede de Huracán celebrando el aniversario del Club Deportivo en 1963. Los hombres permanecen sentados alrededor de una mesa. Varios de ellos levantan sus copas e incluso una botella como un gesto de alegría. Sobre la mesa hay varios platos por lo que es posible deducir que acaban de cenar, y en el fondo, sobre una barra, se vislumbran los trofeos que dan cuenta de los numerosos logros del club.



Figura 31. Once aniversario, Serie Tercera Infantil, sede Club Deportivo Huracán, barrio Aurora de Chile, 1977. De Carmen Rocha.³⁰

³⁰ En la imagen se aprecia a un grupo de niños reunidos en el interior de la sede de Huracán celebrando el aniversario del Club Deportivo en 1977. Los niños que componen el equipo de la “Serie Tercera Infantil” están tomando once sentados alrededor de la misma mesa en la que estaban los adultos de la fotografía anterior (figura 30). Junto a los niños está: Luis Aedo, en el lado derecho de la imagen, quien fue presidente del club durante varios años; Carmen Rocha, su mujer, en el centro de la mesa, quien le ayudaba a preparar esas actividades junto a las vecinas del barrio que están a su lado; Seferino Figueroa, en el costado izquierdo, uno de los fundadores del club deportivo; y junto a él, un jugador de las “Serie Adultos” del club, que colaboró también con esta actividad. Si bien hay 14 años de diferencia entre la figura 30 y 31 las posiciones y los gestos de quienes en ellas aparecen presentan varias similitudes. Aunque es difícil de corroborar, es muy probable que algunos de los adultos de la primera imagen sea el padre o abuelo de algunos de los niños de la segunda fotografía, ya que quienes participaban en el club generalmente integraban a sus hijos y nietos cuando éstos alcanzaban una cierta edad.



Figura 32. Aida Ramos y familia, paseo Club Huracán, desembocadura río Biobío, 1960. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.³¹

³¹ En la imagen aparece Aida Ramos, su marido y sus tres hijos en 1960, durante un paseo organizado por el Club Deportivo Huracán en la desembocadura del río Biobío. Los integrantes del grupo familiar se encuentran de pie, los niños adelante y los padres atrás, mientras que Aida sostiene un bebé en sus brazos. Todos ellos visten ropa ligera, por lo que se deduce que es época de verano. Al parecer la imagen fue capturada durante la tarde, ya que se aprecian las sombras alargadas de las personas en el suelo. Aida y su familia están junto a un arco de madera, cuya rudimentaria estructura parece recién instalada, posiblemente con el objetivo de poder realizar un partido de fútbol en ese lugar. Más atrás se vislumbran las siluetas de varias personas, seguramente los otros vecinos del barrio, quienes participan también del paseo. Todos ellos se encuentran rodeados por unos grandes árboles, propios de aquella zona.

Al ser consultados sobre los espacios y prácticas de carácter colectivo, los habitantes señalan a la cancha y sede del Club Deportivo Huracán como dos lugares relevantes, donde se realizan diversas actividades. Respecto a esto Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta: “Para los partidos, se llenaba todo el cuadrado, todo, todo, Era muy famoso el club Huracán”.

Por su parte Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma: “Venía harta gente a ver los partidos, se llenaba todo esto aquí. Harta gente, venían familias, todos a ver el partido”.

Siguiendo la misma idea Carmen Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien enfatiza en la relación entre la comunidad y el fútbol, agrega:

Los hombres siempre estaban pendientes de los partidos. La cancha se llenaba. No era peligroso, porque mujeres, niños, guaguas, todos estaban ahí viendo a los familiares jugar a la pelota en la cancha. Todas las familias iban a ver los partidos. Ahí toda la gente compartía, porque éramos todos conocidos acá.

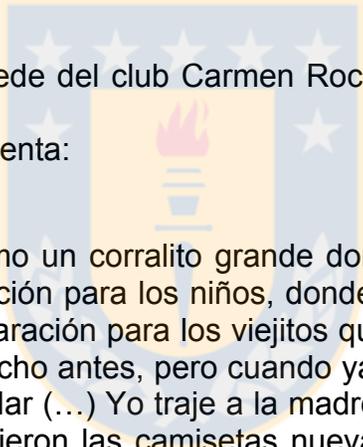
Por otro lado Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien pone el acento en el trabajo con los niños, señala:

Mi viejo salió presidente del Club Huracán. Él creo la escuela de futbol de infantiles, hizo un grupo y formó unos cuantos niños. Los chicos jovencitos jugaban ahí y fueron creciendo y todos iban perteneciendo al club (...) Después formó la serie de juveniles, de chico a juveniles grandes.

Como complemento a lo anterior Orlando Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma: “De Errázuriz hacia el río eran todos futboleros, nacían de la guata de la mamá y se ponían a jugar a la pelota. Mi hermano Sergio jugó en el club. Mi hijo también juega”.

En la misma línea Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala: “Mi hermano Sergio si que es metido con el club, ahí, desde que empezó a jugar como a los 11 años nunca más se salió”.

Respecto a la sede del club Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta:



La sede era como un corralito grande donde todo el mundo llegaba, se hizo una separación para los niños, donde iban a jugar ping pong, luego se hizo otra separación para los viejitos que iban a jugar al naipe (...) Yo no me metía mucho antes, pero cuando ya fui la señora del presidente le tenía que ir ayudar (...) Yo traje a la madre a la sede del club cuando los juveniles se pusieron las camisetas nuevas y la madre las bendijo y se las fue pasando a cada niño. Se hizo una ceremonia bien bonita y una once. Estábamos ahí, junto al mesón, yo, la señora Marta, la monjita, Lucho y los que iban a recibir las camisetas. Todavía hay caballeros de edad y se acuerdan cuando sus hijos iban a la once.

En la sede se celebraba también el aniversario del club. Sobre eso Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma:

(...) cuando salían campeones hacían la fiestaza. Cuando ganaban se hacían comidas en el club, también para el aniversario se hacía una comida grande (...) Se hacían fiestas grandes, bien organizadas. Bien bonitas las comidas, se hacían con entradas. Se llenaban las comidas, eran con tarjetas, amanecían bailando con orquesta en esos tiempos.

Ante la falta de espacios comunes en el barrio, la sede se utilizaba también para realizar otro tipo de celebraciones. En relación a eso Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda:

En el club Huracán hacían fiesta todos los fines de semanas. Celebraban también ahí el 18 de septiembre. De repente había una fiesta para celebrar algo y ahí partíamos todos, se pasaba bien. Adentro de la sede se hacían las fiestas. Le ponían ramas en la puerta e íbamos todos. Pero era de amanecida, llegaban las 7 de la mañana y la gente seguía bailando y no se quería ir.

Por su parte Carmen Acosta (comunicación personal 15 de diciembre de 2017), quien destaca el rol de la sede como lugar de encuentro, señala: “En la sede se hacían los bailes. Mi hermano se enamoró ahí de mi cuñada en un baile. Mi hermana, la Yolanda, igual se enamoró de mi cuñado también ahí, se conocieron en un baile”.

Siguiendo la misma idea Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien hace hincapié en los cambios que ha sufrido el barrio, afirma:

En la sede en esos años se hacían malón. No eran bailes, eran malón. Se hacían para los 18 ramadas, pero ahora no, ya no hacen esas cosas. Ahí mismo hacían las ramadas, pero era todo sano. Toda la gente de la población participaba, pero ahora hay mucha gente de afuera que llegó, hay mucha gente mala. Hay gente que uno ni conoce y no sabe ni de donde son. Antes uno conocía a toda su gente. Ahora ya somos pocos los antiguos que estamos quedando.

Por otro lado, la sede del club guarda además la enorme cantidad de trofeos obtenidos por el equipo de fútbol en los distintos torneos. “Campeón estuvimos saliendo como 10 años seguido más o menos, de aquí de Concepción, pero después el Huracán salió campeón nacional el 2003, campeón de Chile, de todos los fútbol amateur” (Huracanino, citado en Ferrada, 2011, p. 124).

Es a partir de aquellos logros deportivos que los habitantes se sienten orgullosos del club y se identificaban con el equipo. Incluso un grupo numeroso lo seguía cuando le tocaba jugar afuera del barrio. Sobre esto Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta:

La gente salía a paseo, si Huracán iba a jugar a Ñipas, iban todos en buses, porque la gente aquí si es hincha del club (...) la mayoría de la gente aquí, son Huracán de corazón y son fieles a Huracán.

En la misma línea Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma:

Yo iba a ver los partidos cuando jugaban afuera, me acuerdo que iba con otras señoras en la micro, me guardaban asientos para que fuera, íbamos todas cantando la canción de Huracán: Huracán valiente, noble y aguerrido, no serás vencido ante el enemigo.

Otra de las actividades del club deportivo que se realizaba afuera del barrio eran los paseos que se organizaban cada año para celebrar su aniversario.

Cuando se celebraba el aniversario del Club se iba a la desembocadura en carretón, toda la gente iba en caravana, eso es el 15 de marzo, algunos se iban en la noche para arreglar y se iba todo el día a la desembocadura. El partido de fútbol de solteros y casados se jugaba allá, los que eran solteros formaban un equipo y los que eran casados formaban otro equipo. (Huracanino, primera generación, citado en Ferrada, 2011, p. 124)

De la sede salían los paseos, eran como las fiestas todos los años en marzo, porque ese año cuando ya quedó fundada empezaron a organizar el paseo en carretón a la desembocadura, habían siete, ocho carretones, eran de siete carretones, pero toda la gente... increíble porque el barrio era chico, pero toda la gente era unida, no habían peleas. (Maruquita, primera generación, citada en Ferrada, 2011, p. 125)

Se destacan los espacios ligados al Club Deportivo Huracán como la cancha y la sede, ambos son señalados como lugares de reunión, encuentro y socialización relevantes del barrio, donde los vecinos desarrollan diversas actividades, a partir de las cuales mantienen un estrecho vínculo con el club y fortalecen las relaciones sociales. El Club Deportivo es indicado además como un símbolo del barrio con el cual un gran número de habitantes se identifica.

4.4.2. Las calles del barrio, lugares de juegos e interacción.

Ante la falta de plazas y parques en el interior del barrio Aurora de Chile, las calles han cumplido un rol importante, principalmente como espacio de juegos para la niños y como lugar de encuentro para los adultos.



Figura 33. Niños jugando, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1957. De Roberto Maldonado.³²

³² En la imagen aparecen dos niños jugando en una calle del barrio Aurora de Chile en 1957. La calle se ubica próxima a la línea férrea y a la Fábrica de Paños Bío Bío, en un área que cuenta con adoquines y baldosas. No hay nadie más alrededor de ellos y al fondo se aprecia la fachada de la fábrica de zapatos Caprice. El niño corre con una vara de madera entre las piernas como si montara un caballo, se dirige hacia una niña un tanto mayor, que se encuentra unos metros más allá, la niña tiene sus brazos levantados y sus manos junto a su cabeza.



Figura 34. Danilo Maldonado, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1974. De Roberto Maldonado.³³

³³ En la imagen aparece Danilo, de dos años de edad, en una calle del barrio Aurora de Chile en 1974. Él observa algo que está más allá del límite derecho de la imagen. Se encuentra en compañía de su padre, ya que fue él quien capturó la fotografía. Danilo explora su entorno, el mismo lugar que años más tarde recorrerá junto a sus amigos y vecinos. A su alrededor no se ve nadie más. La calle de tierra se pierde en el fondo, donde se halla el río Biobío. Se nota que las veredas, también de tierra, han sido construidas artesanalmente. En el lado derecho se observan algunos postes del tendido eléctrico que proveen iluminación. En el lado izquierdo hay algunas casas de madera construidas sobre suelo firme y a lo lejos se alcanzan a ver un par de automóviles. Llama la atención que el niño tiene su brazo levantado y su mano apoyada en su cabeza, de forma similar a la niña de la imagen anterior (figura 33), presumiblemente le está indicando algo a su padre.



Figura 35. Niños jugando, calle Errázuriz, Aurora de Chile, 1980. De Roberto Maldonado.³⁴



Figura 36. Niños disfrazados, cancha Huracán, barrio Aurora de Chile, 1990 aprox.. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.³⁴

³⁴ En ambas imágenes aparecen grupos de niños en el barrio Aurora de Chile en 1980 y 1990 respectivamente. El primero se compone de 16 niños, todos de distintas edades. Ellos están en calle Errázuriz, ya que a su derecha se aprecia un costado de la Fábrica de Paños Bío Bío. La imagen fue capturada durante una tarde, debido a las sombras alargadas que se proyectan sobre el suelo. Seguramente los niños están celebrando una fiesta de cumpleaños y acaban de salir a jugar a la calle. El segundo grupo se compone de 14 niños de una edad similar y están en la cancha del Club Deportivo Huracán. No hay partido en ese momento y la mayoría de ellos están disfrazados. Al parecer están celebrando la Navidad, posiblemente en una actividad organizada por la junta de vecinos. En ambas imágenes destacan la posición y los gestos de los niños, los que evidencian cercanía y familiaridad.

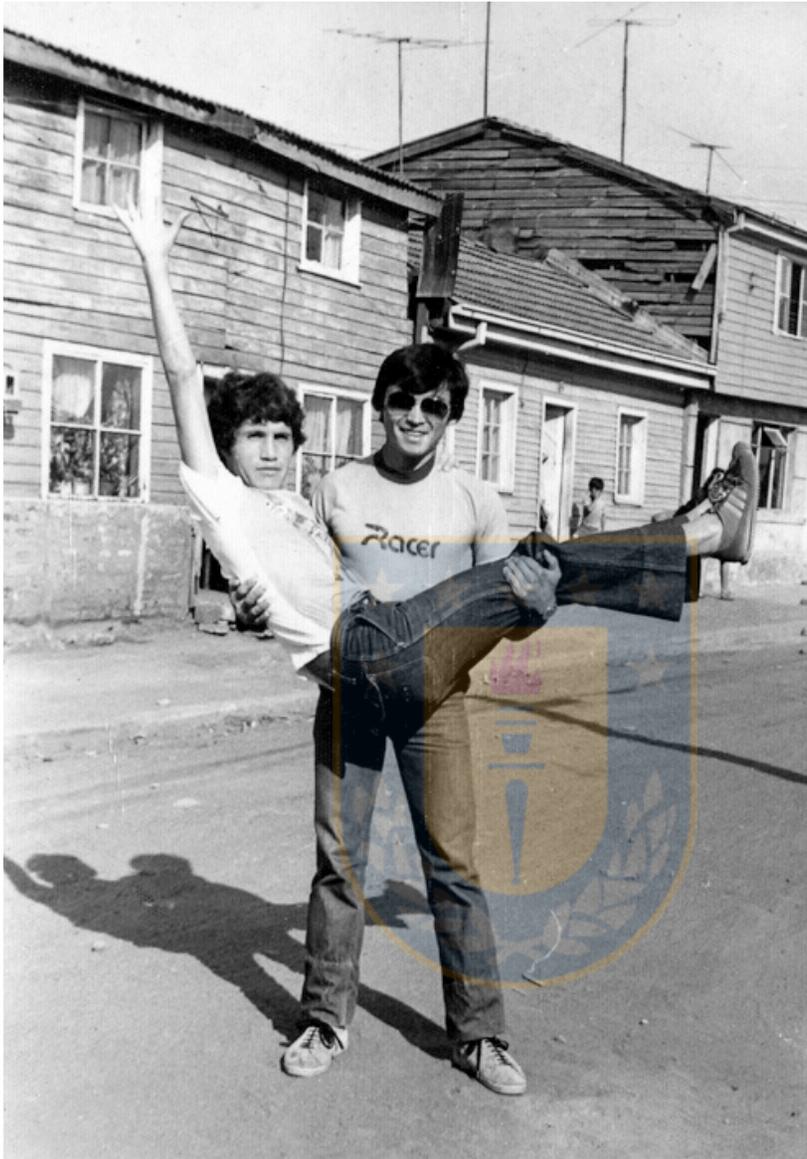


Figura 37. Fernando y Caluga, calle Errázuriz, barrio Aurora de Chile, 1970. De Carla Lagos. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.³⁵

³⁵ En la imagen aparecen dos personas en medio de la calle Errázuriz del barrio Aurora de Chile en 1970. Uno de ellos, el que lleva gafas oscuras, sostiene al otro en sus brazos, ese gesto que en primera instancia parece lúdico y trivial, revela la confianza y el compañerismo que hay entre los vecinos. En el fondo hay algunas casas en cuyos techos destacan antenas de televisión, que en aquella época alcanzó un uso masivo, llegando también al barrio.

Al consultar a los habitantes, otro de los espacios del barrio que ellos reconocen como relevantes son las calles, el lugar preferido de los niños para jugar. Respecto a esto Carmen Acosta (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) afirma: “Todos jugaban en las calles”.

Siguiendo esa misma idea Isabel Burgos (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta:

En todas las calles donde nosotros vivíamos jugábamos afuera. Nos juntábamos con los vecinos de las otras calles y jugábamos a la tiña, a la pelota, a la escondía. Casi todos los niños se juntaban en las calles.

Por su parte Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero 2018) recuerda:

Cuando yo era chica nos dejaban jugar en esta cuadra. De esquina a esquina podíamos jugar a la pelota, al paquito libre, a todo lo que quisiéramos. Los papás se ganaban afuerita y de ahí nos miraban (...) Era un barrio muy unido, teníamos la libertad de salir a jugar un rato a la calle, no había peligro de nada. No como hoy en día que uno anda con miedo.

Por otro lado Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero 2018), quien reconoce haber sido más aprensiva, señala: “Mis hijas tenían que jugar aquí nomás, no las dejaba ir para allá, pero había una que era buena para andar en bicicleta, la Sandra, esa recorría toda la cancha”.

Durante los días que no habían partidos de fútbol, la cancha se transformaba en una extensión de la calle y era utilizada por los niños también

como una zona de juegos. Sobre esto Sonia Villagra (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) afirma: “En la cancha jugábamos”.

Por su parte Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) comenta:

En la cancha estaba todo con varas, nosotros andábamos por las varas pasando, cabras chicas. Nos subíamos para darnos vueltas en las varas ahí. Juagábamos al cordel que era muy lindo, a la pelota, a la del diez.

En la misma línea Magaly Iagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala: “En la cancha hacían juegos, a veces iban algunos niños de acá, pero no todos (...) los niños jugaban, hacían competencias, que se yo”.

Mientras Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017), quien una vez adulta realizó actividades para los niños, menciona:

(...) hice hartos números artísticos. Les hacía carreras en bicicletas, en sacos, tirar la cuerda. Para el 18 hice una ramada, hice cantar a los niños, todo eso era lindo.

A diferencia de los demás, Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016), quien hace hincapié en la calle como espacio de tránsito, menciona:

Me casé a los 29 años y conocí a mi señora en el paradero (...) ahí decidimos pololear. Luego nos casamos. Nos conocimos camino al trabajo, entonces las familias se generaron aquí mismo dentro de la población.

Se destaca que en el interior del barrio se han ido tejiendo una red de vínculos y relaciones entre los habitantes. Sobre eso Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) afirma:

Uno camina de aquí a un par de cuadras más allá y el saludo típico porque igual es gente que se conoce por siempre, se reúnen en pos del fútbol y de otras actividades, de fiestas patrias y todo eso, entonces igual se conocen, se comunican y se saludan.

Se destacan las calles del barrio como zonas de interacción múltiple, tanto para los niños como para los adultos, en el primer caso las calles son utilizadas como área de juegos, donde los niños comparten con sus pares y se divierten libremente, de esa manera se amplía el patio de las viviendas hacia el exterior. En el segundo caso, las calles funcionan como espacios de relación, donde los adultos se encuentran, se conoce y sociabilizan.

4.4.3 La escuela Santa Catalina de Siena, lugar de educación y apoyo.

El otro espacio cerrado que reunía a los habitantes del barrio a través de distintas actividades era y sigue siendo la escuela Santa Catalina de Siena, la única que funciona en el interior de la Aurora de Chile. Aquella escuela ha sido mucho más que un establecimiento educacional, ha cobijado a los vecinos en diversas instancias y los ha apoyado en momentos difíciles.



Figura 38. Familia Aedo Rocha, escuela Santa Catalina de Siena, barrio Aurora de Chile, diciembre de 1972. De Carmen Rocha.³⁶

³⁶ En la imagen aparece Carmen Rocha (izquierda) y su familia en el interior de la escuela Santa Catalina de Siena en 1972. Ella está junto a su marido Luis Aedo, quien está a su lado, sus cuatro hijos, su madre Antonia (centro) y Sinforosa, una tía (derecha). Todos ellos han ido hasta allí para participar en la celebración del aniversario de ese establecimiento, donde estudian los hijos de Carmen. En esa oportunidad Daniel, el hijo menor de Carmen, ha sido elegido rey feo, es por eso que él y la niña que está a su lado, quien lleva una corona, están vestido de una manera particular. Al otro lado de Daniel está Sandra, su hermana (de lentes) y Rosario, su hermana mayor. La familia se encuentra en lo que parece ser una sala de clases y detrás de ellos se vislumbran las siluetas de varias personas, que seguramente también ha llegado hasta allí para ser parte de la celebración.

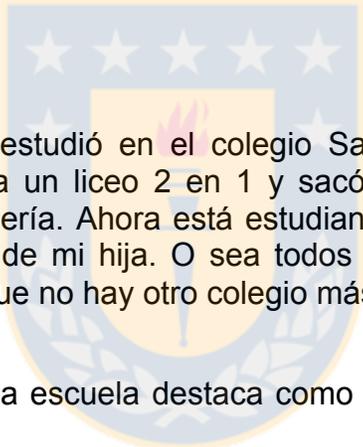


Figura 39. Danilo Maldonado, pastoral juvenil, capilla escuela Santa Catalina de Siena, barrio Aurora de Chile, 1990 aprox.. De Roberto Maldonado.³⁷

³⁷ En la imagen está Danilo, hijo de Yolanda Acosta, junto a un grupo numeroso de adolescentes, en la capilla de la escuela Santa Catalina en el año 1990. Danilo es notoriamente mayor que los demás, mientras él permanece de pie, la mayoría de los jóvenes están juntos y sentados. Esto marca una diferencia entre ellos. Él es el guía de aquel grupo de adolescentes en la pastoral juvenil de la capilla.

Al preguntar a los habitantes, otro espacio que ellos destacan es la escuela Santa Catalina de Siena, fundada en 1956. Respecto de ella Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) menciona: “La Marcela, que este año cumple 50 años, ella fue a primero ahí y la escuela era chiquitita todavía, pero de a poco se fueron agrandando”. Este hecho se repite, ya que la mayoría de los hijos de los vecinos estudiaron en ese establecimiento.

En la misma línea Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta:



Mi hija Maritxa estudió en el colegio Santa Catalina, salió de octavo. Después entró a un liceo 2 en 1 y sacó su cuarto y después hizo un curso de enfermería. Ahora está estudiando mi nieta ahí y mi otra nieta también, la hija de mi hija. O sea todos los niños se han educado ahí porque resulta que no hay otro colegio más cerca.

La cercanía de la escuela destaca como un factor relevante. Sobre eso

Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016) comenta:

El colegio está al lado de mi casa, entonces yo pasaba por un portón a mi colegio. No tenía que caminar una cuadra o dar vuelta a la manzana, abría la puerta de mi casa, daba unos pasos y llegaba.

Siguiendo la misma idea Carmen Rocha (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma:

Daniel, mi hijo chico, estudió ahí. Ese venía a buscar su mamadera desde el colegio a la casa. Llegaba, yo estaba en la cocina, con sus manitos atrás, y le decía: ¿qué anda haciendo hijito?, y me decía: hazme mi leche. Después tenía que ir a dejarlo.

Por otro lado Rodolfo Soto (comunicación personal, 09 de junio de 2016), quien acentúa el estrecho vínculo entre los habitantes y la escuela, señala:

Terminé la básica acá, después me metí en el área pastoral, hice talleres matrimoniales, de catequesis con mi señora, todos mis hijos estudiaron acá, entonces yo llevo toda una vida ligada al colegio. Además en la actualidad soy el guardia (...) El colegio le permitió estudiar a toda la gente de la Aurora de Chile, todos los pobladores pasaron por acá. Entonces hay una comunión entre colegio y el poblador, quien escucha hablar por ahí del colegio Santa Catalina a cualquier poblador se van a acordar del colegio donde estudiaron, es como la segunda casa de cada poblador. Ellos estudiaron, luego los hijos, los nietos y así varias generaciones. Entonces hay cierto cariño de todas las personas por el colegio.

Además de su labor de enseñanza, la escuela albergaba otras actividades. Sobre eso Isabel Ribera (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta: “La juventud se reunía en la escuela La Catalina y ahí se hacían actividades. Ahí se juntaba toda la juventud, los niños y hacían viajes”.

Por su parte Pricila Hernández (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) recuerda: “En la escuela había un policlínico. Adentro había una sala y ahí atendían”. En relación a eso Miriam Burgos (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) afirma: “Cobraban poquito. Todos íbamos porque era lo que quedaba más cerca, las últimas veces terminamos pagando como 200 pesos. Había médico, dentista y una enfermera que hacía curaciones”. Y Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) agrega: “Lo cerraron porque habían días que no iba nadie a ver médico, los chiquillos se empezaron a aburrir y después no vinieron más”.

Por otro lado, en la escuela también funciona una capilla, donde se realizan misas, casamientos y bautizos. Además, este lugar históricamente ha sido un espacio de apoyo para los vecinos más necesitados. Con respecto a eso Pricila Hernández (comunicación personal 20 de junio de 2015) afirma:

Después de la dictadura se pasó harta hambre en el barrio, se pasó mucha necesidad. Y ahí estuvo la ayuda del colegio, el colegio fue una parte súper importante en esos momentos. El colegio nos prestaba los materiales para estudiar, el vestuario para los que no tenían, la comida para los que no tenían (...) nos mandaban a todos comidos pa la casa. Las madres en ese entonces fueron súper importantes en la comunidad de la Aurora.

Se destaca la escuela como un lugar de enseñanza y educación, para las distintas generaciones del barrio, así como también un espacio de apoyo material, emocional y espiritual con el que los vecinos pueden contar.

4.4.4. Las industrias cercanas, lugares de referencia.

En el barrio funcionaron una serie de industrias durante el siglo XX y algunas lo continúan haciendo hasta el día de hoy. Varias de ellas se transformaron en punto de referencias para los habitantes, tanto por su envergadura como por su extenso periodo de funcionamiento.



Figura 40. José Acosta, calle Errázuriz, barrio Aurora de Chile, 28 de febrero de 1971. De Yolanda Acosta.³⁸

³⁸ En la imagen aparece José Acosta, hermano de Yolanda y Carmen, jugando con una pelota en la calle Errázuriz del barrio Aurora de Chile en 1971. En el costado superior izquierdo de la fotografía, detrás de José, se aprecia una parte de la fábrica de Paños Bío Bío, el edificio que estaba ubicado entre las calles Andrés Bello y Eleuterio Ramírez. Esa área de la fábrica ocupaba prácticamente toda la cuadra y hoy ya no existe, debido a que fue demolida para poder terminar la construcción del puente Bicentenario. Se destaca tanto la envergadura de la fábrica como también el cuerpo de José, que a pesar de estar en movimiento, quedó enmarcado por la antigua construcción.



Figura 41. Yolanda Acosta junto a la fábrica de Paños Biobío, calle Andrés Bello, barrio Aurora de Chile, 1996. De Yolanda Acosta.³⁹

³⁹ En la imagen aparece Yolanda Acosta caminando por la calle Andrés Bello del barrio Aurora de Chile en 1996, justo en el tramo que está cubierto por adoquines y baldosas. En la parte superior de la imagen se aprecia la fachada principal de la fábrica de Paños Bío Bío, que en aquella época todavía se encontraba en funcionamiento. Actualmente esa área de la fábrica permanece desmantelada y se mantiene solo su estructura. Al igual que en la imagen anterior, se destaca la envergadura de la fábrica y del cuerpo de Yolanda, que también se encuentra en movimiento y está enmarcado por la antigua construcción.



Figura 42. Danilo y Marcela, hijos de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, junto a la línea férrea, barrio Aurora de Chile, 1972. De Roberto Maldonado.⁴⁰

⁴⁰ En la imagen se aprecia a Danilo y Marcela, los hijos de Yolanda, con apenas unos años de edad, sentados en la línea férrea uno al lado del otro. La imagen es de 1972 y corresponde al tramo situado junto al barrio Aurora de Chile. Los niños están acompañados de Roberto, su padre, quien capturó la fotografía. Destaca la actitud tranquila de ambos, como si el lugar en el que están les fuera completamente familiar, sobre todo teniendo en cuenta que detrás de ellos hay un enorme tren detenido que pertenece a la empresa de los Ferrocarriles del Estado.

Al ser consultados sobre aquellos lugares que consideran como puntos de referencia en el barrio, ligados a trabajos establecidos, Thelma Olave (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta:

Había una fábrica de Albano, se había ido y ahora volvió, la fábrica de zapatos. En la esquina estuvo pinturas Serrano. Después del terremoto todavía estaba, el 2011 cerró (...) La fábrica de grasa, yo estaba al frente y veía como llegaban los tambores, sabe que una pudrición, si dependiendo del viento el olor llegaba a Prat. Traían animales del matadero.

Por su parte, Pricila Hernández (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) recuerda:

Estaba la Favianovich, una tornería donde hacían tornillos. Ahí hacemos ahora, en ese terreno hacemos las fiestas del 18. Esa tornería funcionó hasta el 2010 (...) Hay dos imprentas, la del Lalo, que es la imprenta del barrio y la otra es la de "Los Pitucos", porque ellos son bien pesados. Todavía siguen, los hemos invitados a participar, pero no vienen. El Lalo si participa.

Siguiendo la misma idea Carmen Acosta (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) indica: "Es chica, mucho más chica que la de los pitucos, es una casa nomás, pero es muy antigua esa imprenta, la del Lalo Cuevas".

Entre los lugares mencionados hay dos que destacan sobre el resto, por su envergadura y porque funcionaron durante todo el siglo XX, otorgándole a este sector un carácter industrial, ellos son: la fábrica de Paños Bío Bío y la Empresa de los Ferrocarriles del Estado. Ambos ocuparon grandes terrenos en el barrio y se transformaron en puntos de referencias para los habitantes.

Respecto a eso, Camila Ferrada (2011), que pertenece a una de familia de Colonos, afirma:

Sin duda la Fábrica Paños Bio-Bío es un hito espacial sumamente trascendental, no sólo por ser la industria más importante del sector ni ocupar gran cantidad del espacio barrial debido a su gran tamaño, sino porque se encuentra en el barrio incluso desde antes que éste se formara como tal, antes que llegaran mis tatarabuelos, cuando el territorio no era más que un gran terreno desocupado junto al río, a fines del siglo XIX aproximadamente. Además fue la única industria que, siempre activa y en funcionamiento, vio pasar junto a ella toda la historia del barrio. (p. 174)

Al preguntar por los trabajadores de la fábrica, se confirma que actualmente quedan pocos en el barrio, ya que varios de ellos fallecieron y otros tantos se mudaron. Sobre esto Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) menciona: “Yo tengo algunas amigas de por aquí que trabajaron en la fábrica, una de ahí de la esquina, la señora Nelly. Queda poca gente ya de las que trabajaron en la fábrica”.

Por su parte, Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) recuerda:

Lo más importante era la fábrica, lo más importante (...) A los 15 años me retiré del colegio porque no era tan buena para estudiar y después mi padre me metió a la fábrica de Paños Bio Bío y ahí trabajé 15 años. Después cuando me casé, me retiré (...) Mi padre fue nacido y criado ahí en Manuel Montt. Él fue hijo único y estudió poco también, tuvo la oportunidad de entrar a trabajar a la fábrica de paños Bio Bío, ahí conoció a mi madre, se casaron y formaron su hogar. Mi madre también trabajó ahí, 25 años. Mi papá trabajó 54 años, todo una vida (...) Mi padre era hilandero, yo era tejendera, mi madre también fue tejendera. Mi padre trabajaba con una máquina grande de 300 y tantos hilos (...)

Cuando venía la máquina, entraba y salía, entonces cuando salía uno iba tomando el hilo y lo iba colocándolo en el rodillo (...) la de mi mamá también era grande, (...) esa tenía como 2 metros 50 y eran telares donde el tubo pasaba haciendo el género y después cuando terminaba eso, uno tenía que amarrar 3000 o 4000 hebras.

Las jornadas de trabajo eran extensas y habían un par de pausas durante el día. Con respecto a eso Nelly Ibarra (comunicación personal, 20 de abril de 2017) comenta:

Yo entraba a las 7 y salía a las 11 de la noche. El almuerzo era de 12 a 1, así que había que comer rapidito y después a las 5 de la tarde tomábamos la once y después a seguir trabajando. Se hacían ponchos, frazadas, géneros delicados.

Por otro lado Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien a pesar de no haber trabajado en la fábrica la reconocen como un lugar importante, señala:

Nosotros mirábamos por los vidrios que estaban por el lado de la fábrica, siempre habían vidrios quebrados y ahí nos subíamos a mirar como trabajaban (...) vi cuando hacían los manteles, las frazadas (...) Conocí también la tienda, porque las telas que ellos fabricaban las vendían ahí mismo en la tienda.

En relación a lo anterior Carmen Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma: “A los trabajadores de la fábrica les daban una cuota de género y ellos vendían esos géneros por toda la población, yo todavía tengo géneros”. Es decir que los mismos trabajadores hacían circular por el barrio los productos que fabricaban.

Fue el terremoto del año 2010 el que provocó el cierre definitivo de la fábrica y con ellos la desvinculación de todos sus trabajadores. Acerca de eso Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda:

Mucha gente trabajaba en la fábrica, mucha gente, cuando fue el terremoto todavía la fábrica funcionaba y me acuerdo que yo me encontré con un grupo y les pregunté, ¿porqué la fábrica se vino abajo?, y me dijeron que se cerraba e incluso ni siquiera les pagaron a esa pobre gente, porque eran señores mayores. Un caballero me dijo: “yo llegué aquí a los 16 años y tengo 64, y ahora que va a ser de mi con 64 años ¿Dónde voy a trabajar?”. Eso pasó mucho, porque era mucha gente mayor, porque la mayoría que entró ahí nunca más se salió.

La otra industria de gran envergadura que existía en el barrio era la Empresa de los Ferrocarriles del Estado. Al respecto Magaly Lagos (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta: “En Bilbao con Errázuriz estaba la maestranza de ferrocarriles. Todo eso desapareció (...) Había una inmensa muralla que dividía la línea con la población”.

Siguiendo la misma idea Pricila Hernández (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) señala: “El muro daba vuelta a la pera. Luego habían casas y después comenzaba de nuevo el muro”.

Por su parte Isabel Ribera (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) recuerda: “Las casas eran de ferrocarriles, se les pasaba a la gente que trabajaba ahí”.

Por otro lado Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018), cuyos padres trabajaban en Ferrocarriles del Estado, comenta:

Mi papá era número. Él sacaba las maletas cuando llegaban los trenes. Él tenía un número en su gorra, el 5, y sacaba con un carrito las maletas y las cosas que traía la gente que venía de Santiago. Ahí trabajaba de 8 a 7 de la tarde, cuando se iba el último tren, se venían para la casa. Mi mamá trabajó de empleada doméstica en los pabellones de los ferroviarios. En esas casas que estaban aquí en Prat, donde ahora está el SERVIU, era empleada de los jefes de la estación.

En un contexto donde aquella empresa tenía una presencia importante en el barrio, los habitantes se familiarizaban con los trenes desde muy pequeños. Sobre eso Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) afirma: “Yo anduve tanto en la línea, porque iba a dejarle el desayuno a mi papá”.

Por su parte Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018) comenta:

Nos escapábamos y nos íbamos a jugar al ferrocarril, estaban las máquinas, estaba la maestranza. Uno entraba y se podía mirar y ver un poco como la gente trabajaba (...) Éramos chicos, yo tenía unos 8 años, con un hermano y un amigo que vivía al frente de nosotros (...) nos metíamos a sapear un rato, pero no era que ellos autorizarán, sino que nosotros a escondidas entrábamos. Había gente, pero como ya nos conocían, íbamos a mirar. A uno le llamaba la atención cuando las máquinas hacían cambios, el carbón porque en ese tiempo funcionaban con carbón los trenes. Había como un como un túnel y ahí es donde daban vueltas las máquinas. (...) A la estación llegaba gente de los campos, de los pueblos, con cosas, aquí era la vega en ese tiempo, llegaban con canastos y se vendía de todo: harina, queso, pescado”.

Siguiendo la misma idea Pricila Hernández (comunicación personal, 20 de junio de 2015), quien acentúa la importancia de la Estación, comenta:

Ahí uno iba a comprar el queso me acuerdo yo antiguamente, llegaban los viejitos de los campos a vender (...) y se iban quedando, pero yo pienso que los primeros que se posesionaron de estas tierras fueron la gente de ferrocarriles.

Se destaca la Fábrica de Paños Biobío y la Estación de Ferrocarriles como puntos de referencias para los habitantes del barrio, tanto para aquellos que trabajaron en ellas como también para los que no y que solo las observaron desde el exterior. Se reconoce además que ambas cumplían un rol importante ligado al comercio de aquella época, tanto a una escala mayor como también a una escala local o barrial.

4.4.5. Los patios de las casas, lugares de economía a pequeña escala.

Varios habitantes del barrio acondicionaron ciertos espacios de sus viviendas para desarrollar un negocio u oficio. En algunos casos éstos funcionaban en una habitación destinada a ello y en otros, en los patios de las casas. Es así como dichos espacios que originalmente eran parte de la vivienda, se abrían para recibir a los destinatarios de los servicios que allí se ofrecían, transformándose en lugares intermedios entre lo familiar y lo público.



Figura 43. Orlando Lagos, taller Maestro Lagos, barrio Aurora de Chile, 1963 aprox.. De Magaly Lagos.⁴¹

⁴¹ En la imagen aparece Orlando Lagos en el taller de su padre en 1963. Su padre era desabollador de automóviles y el taller estaba ubicado en el patio de la casa donde ellos vivían en el barrio Aurora de Chile. El pequeño Orlando está de pie junto a un enorme camión y tiene su mano derecha apoyada en el parachoques. Está vestido de traje, por lo que se deduce que acaba de participar en algún evento importante o se está preparando para hacerlo. Destaca además la palabra Ñuble en el parachoques del camión, de la cual se infiere que al taller no solo llegaban vehículos de personas cercanas al barrio sino también de diversos lugares de la región. El camión a medio reparar es además un símbolo del trabajo que desarrollaba el padre de Orlando en el patio de su casa, es probable que por eso haya sido elegido como escenario para esta fotografía, no es casualidad que ocupe más de la mitad de la superficie de la imagen. A partir de lo anterior es posible concluir que la imagen fue capturada por el padre. Por otro lado, en el fondo del patio se aprecia a la madre de Orlando junto a otras dos mujeres, quienes observan como éste es capturado por la cámara.



Figura 44. Magaly Lagos, taller Maestro Lagos, barrio Aurora de Chile, 1964 aprox.. De Magaly Lagos.⁴²

⁴² En la imagen aparece Magaly Lagos, hermana de Orlando, en el taller de su padre en 1964, ubicado en el barrio Aurora de Chile. Ella está sentada sobre el capó de un vehículo en reparación. Detrás de Magaly se aprecia el portón del taller que marca el límite con la calle y más atrás se encuentra la muralla que separa el área de ferrocarriles de la población. En el costado izquierdo hay otros automóviles en reparación. Al igual que la imagen anterior, la persona que aquí aparece, en este caso Magaly, está apoyada sobre un vehículo a medio reparar, lo que sugiere que dicha imagen también fue capturada por el padre y evidencia lo significativo que resulta el taller para él, que de alguna forma representa el sustento de su familia.



Figura 45. Orlando Lagos (Padre), taller desabollador, barrio Aurora de Chile, 1965 aprox.. De Magaly Lagos.⁴³

⁴³ En la imagen aparece Orlando Lagos, el padre de Orlando y Magaly, amarrando los cordones de uno de sus zapatos. Él tiene su pie derecho apoyado en el parachoques de un vehículo que se encuentra estacionado en la calle, justo afuera de su taller en el barrio Aurora de Chile. El automóvil está en perfectas condiciones, por lo que posiblemente corresponde a uno que ya fue reparado y que está a la espera de su dueño. Llama la atención la posición del padre, que al estar apoyado en uno de los vehículos que el mismo reparó, es similar a la de sus hijos en las dos imágenes anteriores.



Figura 46. Ana Mella y sus hijos, Orlando Lagos y Magaly Lagos, patio de la casa, barrio Aurora de Chile, 1963 aprox.. De Magaly Lagos.⁴⁴

⁴⁴ En la imagen está Ana y sus hijos Magaly y Orlando, acompañados de dos sobrinas, en el frente de su casa ubicada en el barrio Aurora de Chile. La imagen es de 1963 y al parecer fue capturada el mismo día que la figura 43, ya que Orlando lleva puesto un traje similar. Él está sentado sobre un triciclo, mientras que su hermana menor está de pie tomada de la mano de su madre. Si las tres fotografías anteriores exponen el área más pública del patio, aquella dedicada al trabajo del padre, ésta última muestra el límite donde comienza la zona familiar, representada por la puerta de la casa. El triciclo del pequeño Orlando evidencia que, además de ser una zona de trabajo, el patio es también un área de juegos para él y su hermana.



Figura 47. Niña lavando ropa, patio de una casa, barrio Aurora de Chile, 1950. De Marcia Rivera. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.⁴⁵

⁴⁵ En la imagen aparece una niña pequeña en el patio de una casa del barrio Aurora de Chile en 1950. Ella está lavando una prenda de ropa en una fuente, seguramente le ayuda a su madre a realizar esa labor. Atrás de ella hay varias prendas de ropa tendidas en un cordel y a su alrededor una serie de materiales o restos de alguna construcción. Ella tienen un aspecto serio, probablemente porque está concentrada en la actividad que está realizando. Por el tipo de vestimenta que lleva puesta es posible que la imagen haya sido capturada en época de verano.



Figura 48. Marcela Maldonado, hija de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, patio de la casa, barrio Aurora de Chile, 1975 aprox.. De Roberto Maldonado.⁴⁶

⁴⁶ En la imagen aparece Marcela, hija de Yolanda Acosta y Roberto Maldonado, en el patio de su casa del barrio Aurora de Chile en 1975. Ella tiene alrededor de 7 años y posa de pie rodeada de ropa tendida. Llama la atención que su actitud es opuesta a la de la niña de la imagen anterior (figura 47), quien está trabajando y tiene un aspecto serio, mientras que Marcela, que solo posa, sonríe a la cámara. Es probable que ambas niñas hayan sido fotografiadas por sus padres.



Figura 49. Luis Pérez y un grupo de hombres en una bodega, barrio Aurora de Chile, 1960. Archivo Aurora de Chile, Walter Blas.⁴⁷

⁴⁷ En la imagen se aprecia a un grupo compuesto por 12 hombres en el patio de una casa en 1960, se trata de un patio cubierto que funciona como bodega o cantina. Los hombres están reunidos alrededor de Luis Pérez, el único que está sentado, probablemente celebrando un acontecimiento importante. La mayoría de ellos sonríe y lleva puesta una chaqueta negra de similares características. Al momento de la fotografía están todos muy cerca, uno al lado del otro, posiblemente porque el espacio en el que se encuentran es reducido. Sus ropas y sus gestos evidencian que entre ellos existe una cierta confianza y familiaridad.



Figura 50. Ana Mella, Hortensia Mella y Hernán Mella, bodega Las Calladitas, barrio Aurora de Chile, 1970 aprox.. De Magaly Lagos.⁴⁸

⁴⁸ En la imagen aparece un grupo de personas en el patio de una casa en 1970, se trata de un patio abierto, donde ingresa la luz del sol, que funciona como bodega o cantina. Es la bodega de “Las calladitas”. El grupo esta compuesto por dos mujeres: Ana mella a la derecha y Hortensia Mella a la izquierda. Ambas son parte de “Las calladitas”. Y cuatro hombres: Hernán Mella a la derecha; un hombre de traje en el centro, de quien se desconoce su identidad; y dos carabineros que visten el uniforme característico de la época. El patio tiene el suelo pavimentado y cuenta con murallas de piedra y madera. Junto al grupo hay un tambor grande y sobre él una jarra de vidrio con vino, que posiblemente está bebiendo el hombre de traje. Destaca la presencia de los uniformados en la bodega, ya que generalmente esta funcionaba de manera clandestina. De lo anterior se infiere que entre la familia Lagos Mella y los uniformados existe una relación cercana, quizás estos últimos son también vecinos del barrio.

Al ser consultados respecto de los negocios u oficios que se desarrollaban en las casas del barrio Aurora de Chile, principalmente en los patios, Manuel Jorquera (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) recuerda: “Había un peluquero antes en el pasaje Huracán, pero por el pasillo. Era un viejito canoso, de lentes”.

Por su parte Pricila Hernández (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) agrega: “Habían varios zapateros, había uno a la bajada del puente, había otro también, el de Juanito, él vivía en el pasaje Huracán”.

En la misma línea Magaly Lagos (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta: “En la esquina estaba la carnicería de la Sinfrosa, que cerró como el 75, porque pal golpe todavía estaba. Yo nací y esa carnicería estaba, era la única que había en la población”.

Por otro lado Carmen Acosta (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) señala: “El papá de mi cuñado tenía la desabolladora ahí en Andrés Bello con Errázuriz”.

En relación a lo anterior Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) agrega:

El papá de mi marido fue vulcanizador. Aquí a la vuelta, en Andrés bello, tenía la vulcanización, tenía su ruma de neumáticos y sus herramientas. Llegaban buses, micros, camionetas, camiones, de todo. Él parchaba las ruedas. Hasta yo metía mano ahí, porque le ayudaba a mi suegro a sujetar.

Aquellos lugares se multiplicaron con la masificación del automóvil. En relación a esto Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018), quien hace hincapié en el trabajo que su padre realizaba en el patio de su casa, comenta:

Aquí en Manuel Montt tuvo un taller grande con hartos trabajadores, era el más conocido en ese tiempo, porque él lo hacía a mano. El taller funcionaba en el patio de la casa donde nosotros vivíamos (...) No porque era mi papá, pero él era un excelente desabollador, yo veía cuando llegaban los autos chocados y después los entregaba nuevos y era maravilloso.

Otras actividad que se llevaba a cabo en los patios de las viviendas era el lavado de ropa. Mientras que para la mayoría era algo doméstico, algunos habitantes lo hacían a cambio de una remuneración. Sobre eso Sonia Villagra (comunicación personal, 18 de enero de 2018) recuerda:

En esos años mi mamá lavaba ropa ajena, entonces tenía las tinajas y las bateas llenas de ropa ajena en el patio. Me acuerdo que ella le lavaba la ropa a los dueños de tiendas muy famosas, la tienda Nido, donde vendían ropa interior, a ellos les lavaba. A una doctora también que vivía allá en el centro (...) también le lavaba a los inspectores de los trenes. Porque antes usaban camisita blanca, con cuellito con almidón. Con almidón de trigo que compraba mi mamá (...) La enjuagábamos, la secábamos, la planchábamos y la íbamos a dejar (...) Yo iba a buscar la ropa y la iba a dejar, tenía 10 años. La llevaba aquí, en brazos, y en bolsas. Me iba caminando.

Otro negocio que funcionaba en los patios eran las “bodegas”. Sobre eso Yolanda Acosta (comunicación personal, 18 de enero de 2018) señala:

Aquí antes habían hartas bodegas, ahí estaba en la esquina la de González. Acá estaba la de don Pedro Esquella, que hace ya como un

año que murió (...) La de Sótero todavía se mantiene, había otra de Gómez, los Parra a la vuelta y también estaban Las Calladitas.

Por su parte Carmen Acosta (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) comenta: “Había otra bodega en Errázuriz con Ramírez, en toda la esquina”. Y Ruth Barrera (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) agrega: “Esa era la bodega del finado El Gato, primero se llamaba El Gato. Y después se llamaba “Mardoqueo”.

En la misma Línea Pricila Hernández (comunicación personal, 15 de diciembre de 2017) recuerda:

Ruth tuvo una bodega por años en Andrés Bello al final del río. Ella vive ahí y ahí mismo tenía la bodega, es que el sitio era grande. En la parte de atrás tenía la bodega y una cancha de tejo.

Por otro lado Magaly Lagos (comunicación personal, 18 de enero de 2018), cuya familia tuvo una bodega en el barrio durante años, recuerda:

(...) tenían permiso para vender el vino hacia fuera, pero no para venderlo adentro del negocio, porque antes no era permitido eso, pero ellas dejaban pasar a la gente igual, como el sitio era grande, pasaban adentro y jugaban al tejo y mi mamá cuando pasaban los carabineros, no sé porqué en ese tiempo le decían la comisión, y como los hombres hablan fuerte y gritan, entonces ella les decía: calladitos, que anda la comisión. Ya, no fue más que ahí las inauguraron y les empezaron a decir “Las Calladitas”. Y nunca más les dejaron de decir y aquí todo el mundo las conoce por “Las Calladitas” (...) Mi tío, el hermano de mi mamá, ayudaba a cuidar el negocio. Después que murió (...) mi mamá decidió no tener más negocio y lo arrendó (...) se llamaba Pedro (...) él le puso otro nombre, “La Eliana” (...) la gente decía: “ay, el nombre que le puso, nada que ver, póngale Pedro Callado”. Así que quedó por “El

Pedro Callado”. El negocio duró como 20 años después que lo dejó mi mamá y unos 3 años antes del terremoto él se fue y ahí nunca más.

Se destacan los patios de las casas como espacios que se sitúan entre lo familiar y lo público, al albergar tanto actividades propias de las familias del barrio, como también una serie de trabajos u oficios que desarrollan sus habitantes, a través de los cuales abren dichos espacios al resto de la comunidad, la ciudad y la región. A partir de esto se propicia una economía a pequeña escala, mediante la cual se generan relaciones económicas y sociales.

4.5. ANÁLISIS.

A partir de los datos obtenidos se logra identificar que los elementos que la comunidad de la Aurora de Chile valora son: la lucha del barrio ante los procesos de renovación urbana; el río Biobío como espacio de encuentro; el territorio como reflejo de la comunidad; y una serie de espacios y prácticas colectivas, que dan cuenta del barrio como el lugar de lo común.

Se proponen aquí un conjunto de lecturas vinculadas a los conceptos de memoria y visualidad, entendidos como representaciones del pasado cuyos sentidos son elaborados socialmente, con el fin de comprender los significados que los habitantes le asignan a su territorio, a partir de los elementos que ellos señalan.

La memoria es reconstruida a través de los relatos de los habitantes, donde se entrelazan espacios, cuerpos, acciones y temporalidades. En ese proceso aquellos elementos vinculados al pasado son re-significados al ser leídos desde el presente. De esa manera la memoria surge como una dinámica abierta, siempre sujeta a nuevas reinterpretaciones por parte de los actores sociales, donde se inscriben las marcas de procesos históricos atravesados por el poder, la cultura y las experiencias de los individuos, se elaboran subjetividades, individuales y colectivas, creando identidad (Ricoeur, 2000).

Si bien es cierto que los recuerdos de los habitantes del barrio surgen de forma individual, atraviesan la memoria de los otros, ya que están vinculados a espacios y actividades que la mayoría de ellos comparte, como: los paseos en el río, el fútbol en la cancha, las fiestas en la sede, los juegos en las calles, la enseñanza en la escuela, los oficios en los patios de las casas, etc.. Esto confirma lo expuesto por Ricoeur (2000), quien plantea que la memoria posee un carácter social, puesto que los recuerdos son siempre compartidos, debido a que cada uno de ellos tiene un marco social y éste es inseparable del proceso de rememoración.

Mientras algunos habitantes recuerdan las situaciones en las que participaron, otros lo hacen con las historias de sus antepasados. A pesar de eso todos ellos admiten esa memoria como propia y a través de ella se reconocen como parte de una comunidad, el barrio Aurora de Chile. Lo anterior

se vincula a lo que Halbwachs (2004) define como memoria colectiva, ese espacio donde los recuerdos compartidos siguen vivos, ya que quienes rememoran los hechos estuvieron implicados en ellos de manera directa o se encuentran actualmente experimentando sus consecuencias, por lo tanto esa memoria los identifica, como individuos y también como parte de un grupo, diferenciándolos de otros.

Como la memoria popular, de barrios y comunidades, no suele ser considerada en el relato oficial promovido por el Estado, que oculta las desigualdades sociales, son los propios habitantes quienes conservan su memoria, a partir de un conjunto de saberes transmitidos en forma oral de una generación a otra. De acuerdo a lo planteado por Richard (2001), son precisamente los relatos de los habitantes, que se sitúan en los márgenes de lo oficial, los que permiten releer el pasado a través de miradas descentradas, laterales u oblicuas, con el fin de reconstruir las historias hechas de fragmentos y residuos que escapan a la oficialidad y la interpelan, dotando a la memoria de toda su potencia disruptiva y renovadora. Esas nuevas lecturas buscan devolverle al pasado su vínculo con el presente, para que resurjan sus elementos comunes y también sus contradicciones. De esa manera se pretende relevar aquellos elementos que han sido invisibilizados e iluminar el deliberado andamiaje que sostiene la memoria oficial.

En ese contexto Garcés (2002) le confiere a la memoria una condición política y la instala como un campo de disputa de los significados del pasado. Una posibilidad para que aquellos sectores históricamente marginados, como los barrios, puedan cuestionar el relato oficial que sostiene el poder político y poner en valor lo que ellos consideran relevante de su historia y entorno, con el fin de resguardar parte de su identidad. En ese sentido la memoria popular o barrial surge como un ejercicio de resistencia ante la oficialidad impuesta por el poder, proponiendo otra manera de narrar el pasado.

Aquella disputa se torna doblemente compleja en el escenario actual, donde el barrio Aurora de Chile está siendo sometido a una profunda metamorfosis, al ser adaptado a las condiciones urbanas de la ciudad neoliberal, cuya oficialidad se impone a través de un diseño determinado por las lógicas del capital. Es muy probable que ese proceso destruya aquellos espacios del barrio que funcionan como puntos de anclaje de la memoria de sus habitantes, borrando sus marcas y olvidando su historia. En ese contexto la visualidad se presenta como una forma de conservar la memoria del barrio, rescatando su legado para la posteridad.

Por su parte la visualidad es estudiada en un cuerpo de imágenes del barrio Aurora de Chile, a partir de ciertos acuerdos de interpretación que depositan significados en ellas, de tal manera que permite conservar y transmitir la memoria colectiva de ese lugar. Aquellas imágenes exponen acciones,

espacios, cuerpos, objetos y temporalidades, reflejando el pasado del barrio y dando cuenta de lo que Barthes (2016) define como lo que “ha sido”, a partir del vínculo que dichas imágenes mantienen con su referente. Ese vínculo se expresa a través de la materialidad lumínica de cada fotografía y produce lo que Sontag (2016) llama un trazo de realidad, una huella de algo que alguna vez existió y que se ha desvanecido. Cada imagen del barrio es entonces un rastro de otro tiempo, un vestigio que revela a su vez una presencia y una ausencia (Huberman, 2014). Lo que el barrio fue en un momento dado y lo que ya no es, puesto que se ha ido transformando con los años, a partir de la incidencia que el modelo neoliberal ha tenido en la planificación de la ciudad, a tal punto que la Aurora de Chile podría llegar a ser irreconocible una vez que concluya la renovación de la costanera.

Así como la economía neoliberal transforma las ciudades, hace lo mismo con sus imágenes, domesticándolas y sometiéndolas a las lógicas del mercado. De acuerdo a Huberman (2014) esto es lo que expone a los pueblos a desaparecer, volviéndolos invisibles, al convertirlos en estereotipos, a partir de la alienación de sus imágenes bajo las dinámicas del capital. En ese sentido es la imagen, transformada en objeto de consumo, la que no da cuenta de los pueblos y sus particularidades. Para evitar lo descrito anteriormente, se analizaron las imágenes del barrio Aurora de Chile, contrastándolas con los relatos orales de sus habitantes, con el fin de evidenciar los tiempos heterogéneos y las memorias entrelazadas que las atraviesan y les otorgan

distintas dimensiones y densidades. De esa manera cada imagen del barrio fue pensada como un hecho de memoria, lo que según Huberman (2014) transforma a la imagen en un acto de resistencia, capaz de revelar ciertos vestigios de humanidad y combatir desde allí las fuerzas dominantes del espectáculo, preservando así el lugar de lo común, de lo humano, propio de los pueblos y comunidades.

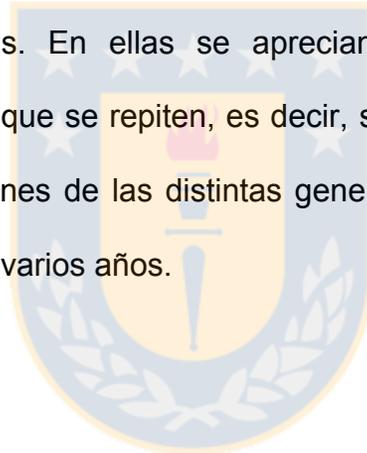
Las imágenes elegidas muestran a los habitantes reunidos en diversos lugares del barrio, evidenciando lo que Huberman (2014) define como “puesta en reparto”⁴⁹, es decir, la “copresencia” de los individuos que en dichas imágenes cobran figura, quienes al comparecer juntos afirman la idea de un “nosotros”, concepto base de toda comunidad. Aquella “contigüidad” de los vecinos patente en las imágenes no solo manifiesta una cercanía tangible, sino también una “coexistencia” entre los miembros del barrio, quienes comparten un espacio físico, social y simbólico, una memoria y una historia común.

Para estudiar el pasado del barrio a través de las imágenes se propone aquí un modelo distinto de representación del tiempo, definido a través del montaje, que ordena y vincula imágenes de tiempos heterogéneos –en cada categoría de análisis–, evitando la linealidad cronológica del relato histórico, con el fin de acercarse a una nueva forma de historicidad. Lo que según Huberman

⁴⁹ El concepto de “puesta en reparto” se manifiesta en las siguientes figuras: 2, 4, 6, 8, 9, 10, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 35, 36, 37, 38, 39, 46, 49 y 50.

(2008) permite pensar la historia ya no como un saber fijo sino a través de nuevas relaciones de temporalidad, donde a partir de las discontinuidades surgen anacronismos y supervivencias, es decir, marcas históricas, sociales y culturales que permanecen en la memoria colectiva y retornan en las imágenes como síntomas de otros tiempos, cuyo poder simbólico permanece intacto, generando así un diagnóstico.

Es posible identificar anacronismos y supervivencias en varias de las imágenes⁵⁰ estudiadas. En ellas se aprecian formas, actitudes, gestos y posiciones corporales que se repiten, es decir, sobreviven al paso del tiempo y retornan en las imágenes de las distintas generaciones del barrio, a pesar de estar distanciadas por varios años.



⁵⁰ Se aprecian anacronismos y supervivencias en las siguientes imágenes del barrio: en las dos familias que hacen un picnic en la orilla del río en 1940 y 1975 respectivamente (figuras 8 y 9); en la de Yolanda y sus hijos que posan en el puente viejo en 1968, 1973 y 1987 respectivamente (figuras 12, 13 y 14); en los grupos de habitantes reunidos en los patios de sus casas en 1951 y 1961 (figuras 17 y 18); en las tres familias de colonos retratadas en 1930, 1969 y 1990 respectivamente (figuras 21, 22 y 23); en el hombre y el niño que observan impávidos la inundación de 1950 y el incendio de 1959 respectivamente (figuras 24 y 25); en los equipos de fútbol del club Huracán que posan en la cancha en 1977 y 2000 (figuras 28 y 29); en los grupos de adultos y niños que celebran los aniversarios del club en el interior de la sede en 1963 y 1977 respectivamente (figuras 30 y 31); en los niños que exploran las calles del barrio en 1957 y 1974 (figuras 33 y 34); en los grupos de niños que juegan en las calles en 1980 y 1990 (figuras 35 y 36); en los grupos de personas que están en la escuela en 1972 y 1990 (figuras 38 y 39); en los hermanos que se desplazan junto a la fábrica de Paños Bío Bío en 1971 y 1996 (figuras 40 y 41); en las niñas que están en los patios junto a la ropa tendida en 1950 y 1975 (figuras 47 y 48); y en los grupos de personas que están en las bodegas en 1960 y 1970 (figuras 49 y 50).

Las imágenes elegidas exponen un conjunto de espacios y prácticas que los habitantes del barrio valoran, debido a que han estado vinculados a ellas durante décadas, primero sus abuelos, luego sus padres, después ellos, sus hijos y sus nietos. En torno a esos espacios y prácticas ellos han compartido diversas experiencias, confirmando así su “coexistencia” dentro de dicho grupo social. Es por eso que esas imágenes revelan síntomas de un pasado donde los miembros del barrio desarrollaron una vida compartida, conformando así “el lugar de lo común”. Pero esos síntomas no solo apelan al pasado sino que también interrogan nuestro presente, generando un diagnóstico: “el lugar de lo común” se encuentra hoy amenazado. La renovación urbana de la costanera, que está en pleno desarrollo, pretende imponer un tipo de ciudad planificada en función del capital, desmantelando las condiciones que hacen posible la vida en comunidad. En ese contexto la memoria visual surge como un gesto de resistencia ante la borradora que impone la ciudad neoliberal.

Con respecto a los elementos del barrio que los habitantes recuerdan y valoran, el primero corresponde a la lucha que ellos mismos han llevado adelante para defender su territorio ante los proyectos de renovación urbana impulsados por el Estado, entre los que se encuentran el Plan Ribera Norte y el puente Bicentenario, actualmente en construcción. Si bien es cierto que a través de esa lucha los vecinos consiguieron no ser expulsados de ese lugar, el barrio

está sufriendo importantes transformaciones, las que se viene gestando desde hace varios años.⁵¹

Aquellos proyectos mencionados anteriormente, que buscan renovar la costanera de Concepción, se enmarcan en lo que Janoschka (2014) define como urbanismo neoliberal, puesto que pretenden legitimar en el interior de la ciudad la hegemonía de una clase, aquella que se beneficia del capital, sobre el resto de la sociedad.

Según Theodore et al. (2009) el modelo neoliberal necesita del espacio urbano para acumular el capital, es por eso que en las últimas décadas los centros urbanos se convirtieron en sus objetos de deseos, ya que presentan las condiciones ideales para dicha acumulación. Esa es la razón por la cual la ciudad es intervenida, a pesar de que con ello se degrada socialmente, generando lo que dichos autores definen como “destrucción creativa” del espacio económico, político y social existente. Lo que se traduce en procesos que tienden a dismantelar estructuras sociales que son parte de la ciudad con el fin de reinstalar nuevas lógicas mercantiles. En el caso del Plan Ribera Norte, luego de renovar el área donde estaba la población Pedro del Río Zañartu, cedió una parte importante del sector a equipamientos comerciales. Por otro

⁵¹ Las figuras 1 y 2 expuestas son contundentes al respecto, los niños que en ellas aparecen, que representan el futuro del barrio, deambulan por una zona en la que acostumbraban a jugar y que en ese momento está siendo transformada por el estado. La nueva carretera que allí se construye clausurará sus antiguos usos e impondrá unos nuevos, propios de la modernidad.

lado, es evidente que la construcción del puente Bicentenario, una vez que los habitantes de la Aurora de Chile se trasladen a sus nuevas viviendas y se liberen los terrenos que ocupa actualmente el barrio, lo que pretende es impulsar nuevas inversiones de privados en el sector.

Aquella privatización del espacio urbano consolida lo que Ornelas (2004) llama La ciudad del capital, es decir: “(...) el territorio donde se asientan los soportes materiales necesarios para la producción y reproducción del capital” (p. 141). Una de las consecuencias importantes que trae consigo esta forma de planificar la ciudad es lo que Ruth Glass (1964) definió como gentrificación, un proceso causado por la renovación de ciertos barrios que conlleva un aumento en el costo habitacional, lo que provoca el desplazamiento de los pobladores tradicionales de menores ingresos hacia zonas periféricas, siendo estos reemplazados por otros que poseen mayor capacidad económica, generando así una alteración del espacio urbano. La actual renovación de la costanera, tal como se está desarrollando, podría desembocar en un proceso de gentrificación del barrio Aurora de Chile. Esto conduciría a lo que Carrión (2014) llama “urbicidio”, es decir, la muerte de una parte de la ciudad. El urbicidio modifica el espacio urbano y fractura el tejido social, destruyendo la memoria histórica de sus habitantes que funciona como mecanismo de cohesión social y de identidad colectiva, es por eso que conlleva la producción del olvido Carrión (2014).

En ese contexto, la lucha de los habitantes de la Aurora de Chile tiene como fin resguardar el barrio y su memoria. Al oponerse a los cambios que trae consigo el progreso de la ciudad, ellos reafirman su sentido de pertenencia respecto de su territorio y la intención de mantener el control de sus condiciones de vida en comunidad. Gravano (2008) asegura que el barrio siempre tiende a oponerse a algo, ya sea a la ciudad, al centro o a otros barrios, de esa manera –mediante la lucha– los vecinos ratifican su identidad y protegen los elementos con los que se identifican y a través de los cuales se reproduce lo barrial.

Un segundo elemento del barrio que los habitantes valoran es el río, al que recuerdan como un espacio de encuentro. Ellos mencionan una serie de actividades que han desarrollado en ese lugar prácticamente desde que se instalaron en la Ribera Norte del Biobío. Las prácticas que ellos evocan y que es posible identificar en las imágenes escogidas en esta categoría son: el lavado de ropa, los desplazamiento en botes y los paseos familiares.

El lavado⁵² de ropa era una actividad realizada principalmente por mujeres, las que iban al río a lavar debido a que en los inicios del barrio las viviendas no contaba con agua potable. Por otro lado, los botes⁵³ se utilizaban para transportar diversos productos desde y hacia la ciudad de Concepción, trasladar pasajeros y recolectar la leña que arrastraba la corriente del río.

⁵² En las figuras 3, 4, 5 y 6 se aprecia el lavado de ropa en la Ribera Norte del río Biobío.

⁵³ En las figuras 3, 4, 5, 6 y 7 se aprecian los desplazamientos en botes en la Ribera Norte del río Biobío.

En cuanto a los paseos⁵⁴ familiares, estos consistían en bañarse en el río, hacer picnic en la playa o caminar por el Puente Viejo (elemento de referencia para los habitantes). En esas actividades participaban la mayoría de los vecinos del barrio, tanto los adultos como los niños. A través de ellas los habitantes forjaron un estrecho vínculo con el río Biobío y con el paso de los años este se transformó en un elemento significativo de su territorio.

A partir de lo anterior es posible comprender el río como un “espacio vivido”, que Lefebvre (2013) define como el espacio dominado y experimentado por los habitantes, el cual se torna significativo mediante las experiencias que allí se generan. El espacio vivido trasciende el espacio físico al adquirir un valor simbólico asignado por sus usuarios. Para los habitantes, el río simboliza, por un lado, el origen del barrio, ya que sus antepasados al llegar a la Ribera Norte del Biobío se instalaron en un área que en ese entonces le pertenecía. Mientras que por otro lado, representa un espacio de trabajo, tránsito y recreación, al estar vinculado a una serie de prácticas colectivas. A pesar de que varias de esas prácticas han desaparecido, sus significados aún permanecen en la memoria colectiva del barrio.

Cabe señalar que las actividades que los habitantes llevaron a cabo en el río Biobío durante todo el siglo XX desmienten aquel supuesto del Estado que

⁵⁴ En las figuras 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14 se aprecian las actividades recreativas que realizaban los habitantes en la Ribera Norte del río Biobío.

plantea que Concepción le ha dado históricamente la “espalda al río” y por lo tanto sería necesario “acercar la ciudad”, slogan usado en cada uno de los intentos de renovación de la costanera, incluido la construcción del puente Bicentenario. Lo que esa postura desconoce es que el barrio Aurora de Chile también es parte de la ciudad, por lo cual ella siempre ha estado cerca del río y este ha sido constantemente usado por sus habitantes. Es evidente entonces que lo que pretende el Estado es acercar al río un tipo específico de ciudad, aquella ligada al mercado, es decir, la ciudad neoliberal, aunque para ello tenga que borrar esa otra ciudad, la del barrio.

Un tercer elemento del barrio que los habitantes valoran es el territorio, el cual se ha transformado en reflejo de la comunidad. Los vecinos mencionan que el proceso de construcción territorial que llevaron a cabo se desarrolló en distintas etapas: la apropiación del borde del río, el relleno de los terrenos y la consolidación del barrio. Sumando a ellas una serie de situaciones adversas que afectaron a la comunidad.

Los habitantes rememoran los relatos de sus antepasados, quienes al llegar al barrio se apropiaron de un espacio que en un principio le pertenecía al río Biobío y sobre esa zona que era azotada por constantes inundaciones levantaron sus viviendas con un sistema tipo palafitos.⁵⁵

⁵⁵ En la figura 15 se aprecian las viviendas tipo palafitos de aquella época en la Ribera Norte del Biobío.

Los habitantes luego fueron rellenando ⁵⁶ esos terrenos con los escombros de los terremotos, lo que implicó un largo periodo de tiempo y la participación de la mayoría de los vecinos del barrio, tanto adultos como niños. Una vez que terminaron el relleno de sus terrenos, comenzaron a llegar nuevos habitantes, lo que hizo que el barrio creciera, ante lo cual debieron definir categorías⁵⁷ de pobladores en relación a la época en cada persona llegó a ese lugar. Por último, en ese proceso ocurrieron situaciones adversas como inundaciones⁵⁸ e incendios⁵⁹, dejando en evidencia la precariedad de las viviendas y la fragilidad del territorio construido.

Aquel proceso de construcción territorial estuvo marcado por una serie de experiencias compartidas entre los habitantes del barrio, a través de las cuales se forjaron relaciones de amistad y confianza, dando pie a una vida en común. Estos vínculos se han extendido en el tiempo y se han traspasado de generación en generación, conformando lo que Delgado (2008) llama una comunidad:

“La *Gemeinschaft* es esa sociedad imaginada como natural, que se caracteriza por el papel central que en ella juega el parentesco y la vecindad, sus miembros se conocen y confían mutuamente entre sí, comparte vida cotidiana y trabajo y desarrollan su actividad teniendo

⁵⁶ Las figuras 16, 17, 18, 19 y 20 remiten al proceso de construcción territorial que se llevó a cabo en la Ribera Norte del río Biobío.

⁵⁷ En las figuras 21, 22 y 23 aparecen familias de colonos, primera generación, del barrio Aurora de Chile.

⁵⁸ En la figura 24 se aprecia la inundación ocurrida en la Ribera Norte del río Biobío en 1950.

⁵⁹ En la figura 25 se aprecia el gran incendio ocurrida en el barrio Aurora de Chile en 1959.

como fondo un paisaje al que aman. La existencia de la Gemeinschaft se asocia íntimamente con un territorio con delimitaciones claras, cuyos habitantes “naturales” ordenan sus experiencias a partir de valores divinamente inspirados y/o legitimados por la tradición y la historia” (p. 1)

Para los habitantes del barrio, el territorio refleja el esfuerzo, el arraigo y el sacrificio de la comunidad. Aquellos valores denotan las desigualdades históricas con las que han tenido que lidiar los habitantes de la Aurora de Chile en relación al resto de la ciudad y al mismo tiempo funcionan como elementos diferenciadores que le confieren identidad al barrio. Esto confirma lo planteado por Gravano (2003):

La base de la identidad es el conflicto estructural, presente necesariamente en toda sociedad humana, como resultado de relaciones históricas de poder. Lo específico de la identidad es el contraste objetivo y vivido en relaciones de alteridad, lo que implica su referenciación en prácticas y representaciones, esto es: dentro de la esfera de la cultura, como conjunto de significados compartidos y en contradicción. La identidad, por lo tanto, se expresa por medio de valorizaciones y a su vez es un pre-texto para expresar valores capaces de producir, mantener y transformar la significatividad de lo compartido y en contraste. (p. 259)

Un cuarto elemento que los habitantes valoran son los espacios y prácticas colectivas, que dan cuenta del barrio como el lugar de lo común. Los vecinos señalan una serie de lugares donde desarrollan actividades colectivas, entre los que se encuentran: la cancha y la sede del Club Deportivo Huracán, las calles de la población, la escuela Santa Catalina de Siena, las industrias cercanas y los patios de las casas.

En la cancha⁶⁰ se desarrollan los partidos de fútbol del club Huracán, los que tienen una gran concurrencia de público. Mientras que la sede⁶¹ es recordada como un espacio multifuncional, que alberga tanto las actividades de los niños de la escuela de fútbol, como también diversas celebraciones del club como los aniversarios y otras fiestas en las que participan los vecinos del barrio. Por otro lado, las calles⁶² son recordadas como una zona de juegos para los niños y un lugar de encuentro para los adultos. En cambio la escuela⁶³ cumple varias funciones, allí se educan los habitantes, pero también es un sitio de atención –antiguo policlínico– o reunión –actual capilla– y apoyo para los vecinos. Por su parte, las industrias⁶⁴ cercanas son indicadas como puntos de referencias en el interior del barrio. Y por último, los patios⁶⁵ de las casas, donde se realizan actividades económicas de pequeña escala como lavandería, desabolladora de vehículo, bodegas, etc..

⁶⁰ En las figuras 26, 27, 28 y 29 se aprecian las actividades asociadas a la cancha del Club Deportivo Huracán.

⁶¹ En las figuras 30 y 31 se aprecian las actividades asociadas a la sede del Club Deportivo Huracán. En cambio en la figura 32 se aprecia un paseo del club deportivo a la desembocadura del río Biobío.

⁶² En las figuras 33, 34, 35, 36 y 37 se aprecian las actividades asociadas a las calles del barrio Aurora de Chile.

⁶³ En las figuras 38 y 39 se aprecian las actividades asociadas a la escuela Santa Catalina de Siena del barrio Aurora de Chile.

⁶⁴ En las figuras 40, 41 y 42 se aprecian algunas industria que funcionaron en el barrio Aurora de Chile y su relación con el espacio público.

⁶⁵ En las figuras 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49 y 50 se aprecian las actividades que se desarrollaban en los de las casas de distintos vecinos del barrio Aurora de Chile.

La mayoría de los espacios señalados anteriormente surgieron durante el proceso de construcción territorial, es decir, son parte de la historia del barrio y están vinculados a una serie de experiencias colectivas, fueron hechos por los mismos habitantes y desde ese entonces ellos desarrollan allí distintas actividades. Por lo tanto es posible entender esos espacios como “lugares antropológicos”, los que según Augé (2000) poseen tres rasgos comunes, son identificatorios, relacionales e históricos. Estos son lugares vitales, donde confluyen las creencias y las actividades de un grupo de seres humanos, son de escala variable y es donde las personas se relacionan unas con otras. Es por eso que tienen sentido para quienes los habitan y pueden ser entendidos por quienes los observan. Son espacios de referencias para los vecinos, a partir de los cuales ellos se orientan en el interior del barrio, y poseen además una dimensión simbólica, ligada a las prácticas que contienen: cancha/deporte, sede/reunión, escuela-enseñanza, calle-diversión, capilla-espiritualidad, patios-economía, etc..

Aquellas prácticas congregan a los habitantes y representan valores colectivos, con los cuales ellos se identifican. Algunos de esos valores son: comunión, igualdad, fraternidad, solidaridad, arraigo, etc.. Dichos valores se ven referenciados en el espacio barrial, precisamente a partir de las prácticas que allí se realizan, que a su vez los reproducen y hacen que permanezcan en el tiempo, conformando la identidad del barrio. Esto resulta relevante teniendo en cuenta que las identidades no son fijas sino que siempre se enfrentan a la

posibilidad de una ruptura, es esta su condición de existencia, tal como lo expone Gravano (2003):

La forma de ser de la identidad social es el conflicto continuo entre su reproducción y su ruptura. Sólo es dable hablar de equilibrio o estabilidad de una identidad como un estado histórico de esa puja. Por eso la identidad implica reivindicación de valores. Sin peligro de ruptura no hay modelo que apunte a la reproducción de esos valores. (p. 265)

Entonces la identidad del barrio se configura siempre en esa tensión entre lo que cambia y lo que permanece. Por otro lado, dicha identidad remite a la relación entre el imaginario de la comunidad y el espacio barrial. “El espacio sirve de marca a las identidades de la misma manera que las identidades marcan lo espacial en el proceso de atribución de sentido” (Gravano; 2003, p. 259). En consecuencia, son las prácticas las que marcan el espacio y lo tornan representativo, pero para que eso ocurra Gravano (2003) afirma que es necesario que ellas encarnen los valores que identifican lo barrial.

En suma, las representaciones del barrio se referencian en prácticas específicas que hacen a la vida cotidiana con una significación particular, dada por los valores de lo barrial. La reunión en el espacio público barrial y semipúblico del comercio minorista, del club o de una institución adquiere el carácter de barrial cuando se acompaña de abiertas valoraciones del barrio. (Gravano, 2003, p. 242)

Es así como el conjunto de prácticas y representaciones que comparte un grupo social determinado y que se articulan alrededor de ciertos valores definen, según el autor, un “modelo” de lo barrial. Y es la sistematización de dichas prácticas lo que hace que la identidad del barrio permanezca en el

tiempo, ya que cada una de ellas se convierte en lo que Gravano (2003) llama un “rito”, es decir, una manifestación cultural capaz de mantener vigente la identidad barrial. Esto debido a su periodicidad y por sobre todo a la significación que los propios individuos le atribuyen, insertándola así en la memoria colectiva o imaginario barrial.

Hablamos de la capacidad de lo barrial para construir y ser construido por el imaginario social, lo que llamamos imaginalidad. De acuerdo con esta variable, el barrio adquiere la función de ser un referente de una representación, de una imagen sostenida por actores. Junto a su carácter físico-espacial pasa a ser un conjunto de rasgos, signos ubicables en la esfera ideológico-simbólica con vinculaciones entre esas imágenes y las ocupaciones del espacio barrial concreto. (Gravano; 2003: 266).

El imaginario barrial funciona como un sistema que establece un horizonte simbólico, que se reactualiza a diario y trasciende al grupo social y su contexto, teniendo la capacidad de permanecer en el tiempo. Es en ese sentido que Gravano (2003) afirma que éste puede ser entendido como cultura, lo que implica: “captar la producción de sentido referenciada en el espacio barrial, detectando las texturas de los entrecruces de representaciones y las formas estatuidas para que esas representaciones adquieran valor y significación histórica. (p. 270)

Al igual que no hay forma sin formación, no hay imagen sin imaginación. Entonces, ¿por qué decir que las imágenes podrían “tocar lo real”? Porque es una enorme equivocación el querer hacer de la imaginación una pura y simple facultad de desrealización. Desde Goethe y Baudelaire, hemos entendido el sentido constitutivo de la imaginación, su capacidad de realización, su intrínseca potencia de realismo que la distingue, por ejemplo, de la fantasía o de la frivolidad.



Georges Didi-Huberman,
Cuando las imágenes tocan lo real.
Ediciones Arte y Estética, Círculo de Bellas Artes,
Madrid, 2013, p.9.

¿Porqué imágenes? Porque para
saber hay que saber ver.

Georges Didi-Huberman,
Cuando las imágenes toman posición.
A. Machado Libros, Madrid, 2013.

CONCLUSIONES

El barrio Aurora de Chile corresponde a un área urbana situada en el centro de la ciudad de Concepción, que se encuentra delimitada por el río Biobío, la línea férrea, la calle Esmeralda y el mall Mirador. A pesar de que posee características que a simple vista son reconocibles como calles de tierra, casas antiguas, espacios irregulares y ausencia de áreas verdes y equipamientos, sus cualidades tangibles resultan insuficientes para definirlo, ya que no se trata solo de una unidad espacial, sino que el barrio también posee una dimensión simbólica, ligada a la memoria e imaginario de sus habitantes.

Aquella dimensión está constituida por un conjunto de valores que surgen a partir de las relaciones sociales que allí se producen y le otorgan al barrio una identidad. Esos valores se ven referenciados en una serie de espacios y prácticas colectivas, que los reactualizan, permitiendo así que se mantengan a través del tiempo.

Lo anterior adquiere una enorme relevancia en el contexto actual, donde la renovación urbana de la costanera y la construcción del puente Bicentenario, ambos proyectos enmarcados en una lógica de desarrollo del modelo neoliberal, amenazan con transformar el barrio Aurora de Chile y destruir aquellos espacios que funcionan como puntos de anclaje de la memoria de sus habitantes.

Esta investigación se planteó como una aproximación al barrio Aurora de Chile, cuyo objetivo general era comprender los sentidos y significados que los habitantes le otorgan a su territorio, a través de la reconstrucción y análisis de la memoria e imaginario barrial, desde la visualidad. En el contexto del proyecto de renovación urbana de la costanera que se encuentra en plena ejecución, la memoria visual del barrio surge como un ejercicio de resistencia ante la borradura que impone la ciudad neoliberal.

Para desarrollar la propuesta antes mencionada se articularon una serie de relatos visuales, utilizando imágenes de archivos y entrevistas a los pobladores, con el fin de dar cuenta de los elementos del barrio que representan valores colectivos.

Respecto al objetivo general señalado anteriormente, es posible concluir que el barrio se compone de un grupo de elementos físicos, sociales y simbólicos. Entre los elementos físicos se encuentran los que pertenecen al ámbito natural como el río, los inmuebles de referencia como las industrias y también aquellos espacios comunes que los propios habitantes construyeron como la cancha y la escuela. Como parte de los elementos sociales es posible reconocer una serie de prácticas vinculadas al proceso de construcción territorial, a la lucha que han emprendido los vecinos para defender su territorio ante las intervenciones externas, así como también las actividades cotidianas que ellos desarrollan en los distintos espacios del barrio. En cuanto a los

elementos simbólicos, se logró identificar un conjunto de valores que los habitantes le atribuyen a los espacios concretos que usan y a las prácticas sociales que realizan. Esos valores son la pertenencia, la comunión, el esfuerzo, el arraigo, el sacrificio, la igualdad, la fraternidad y la solidaridad. Las prácticas barriales encarnan dichos valores colectivos y hacen que esos espacios sean representativos y reconocibles por los miembros de la comunidad, dotando al barrio de una identidad.

Respecto al primer objetivo específico que tenía como propósito identificar, articular y describir los relatos visuales en torno a la memoria de los habitantes del barrio Aurora de Chile, es posible afirmar que se realizó a cabalidad. A partir de los datos recogidos de los archivos fotográficos y las entrevistas, de sus vínculos y diferencias, se configuró un conjunto de relatos visuales, compuestos de recuerdos entrelazados y tiempos heterogéneos, que dan cuenta de la memoria colectiva del barrio. El primer relato dice relación con la lucha que los habitantes han llevado a cabo para defender su territorio frente a las transformaciones que ha sufrido su entorno, quienes han realizado diversas actividades con el fin de dar a conocer su historia y el conflicto que los aqueja. El segundo relato está vinculado a las actividades que han tenido lugar en el río Biobío durante el siglo XX, un espacio que los vecinos han utilizado para lavar ropa u objetos (en los inicios del barrio), trasladarse y transportar productos (mientras era navegable), para actividades recreativas como bañarse y hacer picnic (cuando podían acceder a él) y paseos familiares por sus

alrededores (hasta el día de hoy). El tercer relato corresponde al proceso de construcción territorial que los habitantes llevaron a cabo y que comprende varias etapas, entre ellas: la apropiación del borde del río (origen del barrio), el relleno de los terrenos (formación del territorio) y la consolidación del barrio (crecimiento de su población). Y el cuarto relato agrupa una serie de micro-narraciones ligadas a los espacios comunes de la población (cancha y sede del club deportivo, calles, escuela, industrias y patios de las casas) y a las prácticas colectivas que los vecinos allí realizan (partidos de fútbol, celebraciones, fiestas, juegos, enseñanza, misas, trabajos y oficios, etc.).

En relación al segundo objetivo específico que tenía como fin reconocer e interpretar los espacios, prácticas y contextos de los relatos visuales, a los que los habitantes del barrio le asignan valores, se puede concluir que existen un conjunto de elementos que los vecinos identifican como propios y que encarnan significados compartidos por la comunidad.

El primer elemento es la lucha de los habitantes del barrio ante los procesos de renovación urbana que han tenido lugar en la costanera durante las últimas décadas, lo que considera una serie de actividades de carácter político, a través de la cual los pobladores buscan tener injerencia en las decisiones que afectan a su entorno. Aquella lucha reactivó el vínculo emocional que existe entre ellos y su territorio, estimulando la memoria colectiva del barrio y reafirmando en los habitantes su sentido de pertenencia.

El segundo elemento es el río, donde los habitantes desarrollan una serie de actividades, prácticamente desde los inicios del barrio, las que luego se extienden durante todo el siglo XX. Se trata de experiencias colectivas, a partir de las cuales los vecinos valoran el río no solo como un elemento concreto de su entorno sino como un espacio que propicia la comunión, a partir del trabajo, el tránsito y la recreación.

El tercer elemento es el territorio, donde los habitantes desarrollaron un proceso de auto urbanización que implicó un conjunto de vivencias compartidas, esto produjo estrechos lazos de confianza entre ellos, que perduraron en el tiempo y les permitieron conformar una comunidad. Este proceso que permanece en la memoria colectiva ligado a valores como el esfuerzo, el arraigo y el sacrificio, revela las condiciones desiguales que han marcado la historia del barrio y le han otorgado rasgos distintivos respecto al resto de la ciudad.

El cuarto elemento dice relación con los espacios y prácticas colectivas, con las cuales los habitantes se identifican, estas surgieron en su mayoría durante el proceso de construcción del territorio y por lo tanto son consideradas como parte de la historia del barrio. En ese sentido existen en la población un conjunto de espacios ⁶⁶ que funcionan como contenedores de

⁶⁶ Se mencionan en la página 258.

prácticas⁶⁷ sociales, las que a su vez representan valores⁶⁸ colectivos. Esos espacios, prácticas y valores compartidos dan cuenta del barrio como el lugar de lo común.

En cuanto al tercer objetivo específico que buscaba analizar los aspectos simbólicos del barrio, que emergen de la memoria de sus habitantes, con el fin de reconocerlos como un patrimonio inmaterial de la ciudad, es posible afirmar que aquellas prácticas sociales con las cuales los habitantes mantienen un estrecho vínculo desde hace varias décadas, se tornaron significativas y adquirieron una dimensión simbólica. Actualmente dichas prácticas encarnan valores compartidos por la comunidad, que se ven referenciados en el espacio barrial y se conservan en la memoria colectiva de los habitantes.

En relación a lo anterior, es factible entender el barrio Aurora de Chile como un sistema simbólico/cultural, que condensa un conjunto de significados colectivos, que además de vincular a los habitantes, les otorga una base para definir quienes son y la posición que ocupan en la estructura de la ciudad, desde una perspectiva social, económica y política. Dicho sistema deja en evidencia una serie de asimetrías históricas entre el barrio y su contexto. Es por eso que el barrio se encuentra en constante tensión con aquella cultura hegemónica, la clase política y el centro de la ciudad, quienes pretenden

⁶⁷ Se mencionan en la página 258.

⁶⁸ Se mencionan en la página 257.

imponer un dominio de clases, modernizando el espacio barrial, ante lo cual los vecinos se resisten, negándose a perder su autonomía y optando por un modo de vida alternativo al resto de la ciudad.

En consecuencia, además de sus cualidades físicas, el barrio Aurora de Chile posee una dimensión simbólica, basada en un conjunto de valores que permanecen anclados en la memoria e imaginario de la comunidad y que están vinculados a los espacios y prácticas barriales. A partir de dichos valores es posible reconocer el barrio como un patrimonio inmaterial de la ciudad, el cual es necesario conservar. Con mayor razón si consideramos que actualmente el barrio está siendo intervenido por un proyecto de renovación urbana, que probablemente va a alterar de manera radical sus espacios y prácticas. En ese sentido, el estudio de la memoria y visualidad del barrio adquieren una especial importancia, puesto que si el barrio se transforma o desaparece, su memoria visual, desplegada en esta investigación, como un ejercicio de resistencia, permite conservar su legado para la posteridad, otorgándole un carácter patrimonial.

Por último, cabe destacar de manera especial el uso del archivo fotográfico como elemento metodológico, ya que dichas imágenes no fueron utilizadas como meras ilustraciones de textos basados en relatos orales, como sucede en muchas investigaciones sociales, sino que fueron consideradas como fuentes de conocimientos, a partir de los cuales se sustentan los

hallazgos de esta investigación. Las imágenes y entrevistas permitieron explorar el pasado de la comunidad, así como reconstruir y analizar la memoria colectiva del barrio Aurora de Chile, aportando una serie de reflexiones acerca del barrio, su memoria y visualidad.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barthes, R. (1986). Lo obvio y lo obtuso. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Barthes, R. (2016). La cámara lúcida. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Benjamin, W. (1967). Sobre el concepto de historia. Ensayos escogidos. Buenos Aires: Sur.

Benjamin, W. (1994). El libro de los pasajes. Madrid: Akal.

Benjamin, W. (2008). Tesis sobre la historia y otros fragmentos. Madrid: Ítaca.

Bonetto, M. (2016). El uso de la Fotografía en la investigación social. Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social. No11. Año 6. Abril - Septiembre 2016. Argentina. ISSN 1853-6190. Pp. 71-83.

Borja, J. (2003). La ciudad conquistada. Alianza editorial. Madrid.

Campos Harriet, F. (1979). Historia de Concepción 1550-1970. Editorial Universitaria. Santiago.

Canclini, N. (1997). Imaginarios Urbanos. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.

Carrión, F. (2001). Centros históricos de América Latina y el Caribe. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.

Carrión, F. (2001). La ciudad construida: urbanismo en América Latina. Flacso-Ecuador. RISPGRAF. Quito, Ecuador.

Carrión, F. (2005). El centro histórico como proyecto y objeto de deseo. EURE (Santiago), 31(93), 89-100. Recuperado de: <https://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612005009300006>

Carrión, F. (2009). Santiago, una ciudad neoliberal. Crearimagen. Quito, Ecuador.

Carrión, F. (2009) "Los distritos metropolitanos (1)" Diario Hoy. Recuperado de: http://works.bepress.com/fernando_carrion/301/

Carrión, F. (2010). Ciudad, memoria y proyecto. Crearimagen. Quito, Ecuador.

Carrión, F. (2011). La ciudad es el espacio público. Diario Hoy. Recuperado el 18 de marzo de 2011 de: https://works.bepress.com/fernando_carrion/462/

Carrión, F. (2012). Espacio público: punto de partida para la alteridad. Flacso-Ecuador. Recuperado de: [file:///Users/cristiansaldia/Downloads/1228415744.Espacio_publico._Punto_de_partida_para_la_alteridad_2%20\(2\).pdf](file:///Users/cristiansaldia/Downloads/1228415744.Espacio_publico._Punto_de_partida_para_la_alteridad_2%20(2).pdf)

Carrión, F. (2014). Urbicidio o la producción del olvido. Observatorio Cultural n° 25. Diciembre 2014. Chile. Recuperado de: http://works.bepress.com/fernando_carrion/684/

Cartes, A. (2012). Álbum de Viaje, la provincia de Concepción en postales antiguas. Talcahuano. El Sur Impresores.

Centro de Desarrollo Urbano Sustentable, CEDEUS. (2015). Bases para un Plan Urbano Integral Población Aurora de Chile. Santiago de Chile: Recuperado de <http://www.cedeus.cl/wpcontent/uploads/2015/08/Bases-Plan-UrbanoIntegral-Poblaci%C3%B3n-Aurora-de-Chile-1.pdf>

Cociña, C.; Klenner, M.; Lira, I.; Sellés, J.; Valenzuela, N. (2006). Proyecto Ribera Norte. Recuperado de <http://cdn.plataformaurbana.cl/wp-content/uploads/2007/05/PAPER%20CTMA%20II.pdf>

Delgado, M. (2007). El espacio público como ideología. Jornadas Marx siglo XXI, Universidad de la Rioja, Logroño. Universitat de Barcelona. Recuperado de: <https://antropologiadeoutraforma.files.wordpress.com/2014/03/el-espacio-publico-como-ideologia-manuel-delgado.pdf>

Delgado, M. (2008). Lo común y lo colectivo. El espacio público como espacio de y para la comunicación. Medialab-Prado. Universitat de Barcelona.

Ferrada, Camila (2011). Reconstrucción histórica de la Población Aurora de Chile a partir de una geografía familiar: una experiencia autobiográfica de cotidianidad urbana en la ciudad de Concepción, Tesis de la carrera de Sociología, de la Universidad de Concepción, guiada por Rodrigo Ganter.

Garcés, M. (2002). Recreando el pasado: Guía metodológica para la memoria y la historia local. ECO, Educación y Comunicaciones. Santiago. Recuperado de: http://www.ongeco.cl/wp-content/uploads/2015/04/Guia_metodologica_Recreando_el_pasado.pdf

Garcés, M.; Nicholls, N. (2005). Para una historia de los DDHH en Chile. Historia de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, 1975-1991, Santiago, LOM Ediciones.

Garcés, M. (2017). La memoria como fuente de identidad y como disputa social y política. En Álvaro BELLO; Yéssica GONZÁLEZ; Paula RUBILAR; Olga RUIZ (Ed.), Historias y memorias: diálogos desde una perspectiva interdisciplinaria (pp. 14-31). Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco.

Geertz, C. (1987) La Interpretación de las culturas, Barcelona, Gedisa.

Goycolea, R.; Lagos, R. (2004). Patrimonio Moderno y Proyecto de Ciudad: Plan Regulador de Concepción (PRC-1960) de Emilio Duhart. Urbano vol. 7, Universidad del Bío Bío. Concepción. Recuperado de <file:///Users/cristiansaldia/Downloads/521-Texto%20del%20art%C3%ADculo-2124-1-10-20150406.pdf>

Gravano, A. (2003). Antropología de lo barrial : estudios sobre producción simbólica de la vida urbana. Editorial Espacio. Buenos Aires.

Gravano, A.; Boggi, S.; Caffarelli, C.; Leiro, M.; Zamora, P. (2005). Imaginarios sociales de la ciudad media: emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Red de Editoriales de Universidades Nacionales, Tandil-Olavarría. Buenos Aires.

Gravano, A. (2005). El barrio en la teoría social. Espacio Editorial, Buenos Aires.

Gravano, A. (2008). Imaginarios Barriales y Gestión Social. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de misiones, Posadas.

Halbwachs, M. (2004). La memoria colectiva. Traducción de Inés Sancho-Arroyo. Prensas Universitarias de Zaragoza. España.

Harvey, D. (1977). Urbanismo y desigualdad social. Siglo XXI, Madrid.

Harvey, D. (2007a.). Breve historia del neoliberalismo. Akal. Madrid.

Harvey, D. (2003). El nuevo imperialismo. Akal. Madrid.

Huberman, G. D. (2008). Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Huberman, G. D. (2011). *Imágenes pese a todo*. Paidós. Madrid.

Huberman, G. D. (2013). *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. Abada Editores. Madrid.

Huberman, G. D. (2013). *Cuando las imágenes tocan lo real*. Ediciones Arte y Estética, Círculo de Bellas Artes, Madrid. (Traducción de Inés Bertolo).

Huberman, G. D. (2014). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Ediciones Manantial. Buenos Aires.

Huberman, G. D. (2014). *Lo que vemos, lo que nos mira*. Ediciones Manantial. Buenos Aires.

Janoschka, M.; Hidalgo, R. (2014). *La ciudad Neoliberal: Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Lassalle, A. y Cabrer, C. (2000). *Memorias a orillas del Biobío* (1ª edición). Concepción: Siegfried Obrist.

Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. Recuperado el 23 de noviembre de 2011, Revista de sociología. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/47404221/Lefebvre-Henri-La-produccion-del-espacio>.

Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península. Barcelona.

Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península. Barcelona.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros. Madrid.

Matus, C.; Barraza, C.; Vergara, C.; Ganter, R. (2016). *Renovación urbana y gentrificación post-catástrofe en Concepción: el caso Aurora de Chile*. *Revista de Urbanismo*, (34), 89-110. Recuperado de <https://revistas.uchile.cl/index.php/RU/article/view/39576/43594>

Muñoz, M. D. (1995). *El Plan Regulador de Concepción-1960*. Roberto Goycoolea Infante, Premio Nacional de Arquitectura 1995. Arquitecturas del Sur. Chile. Universidad del Bio-Bío.

Nora, P. (2008). *Les Lieux de mémoire*. Traducido por Laura Masello. Ediciones Trilce, Montevideo.

Ornelas, J. (2004). Impacto de la globalización neoliberal en el ordenamiento urbano y territorial. *Papeles de población*, 10(41), 141-166. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252004000300005&lng=es&tlng=es.

Ortega y Gasset, J. (1966). *Obras Completas*, Tomo II. Ediciones Castilla, S.A. Madrid.

Pacheco, A. (1997). *Historia de Concepción Siglo XX*. Cuadernos del Bío Bío. Ediciones Universidad de Concepción. Santiago.

Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, No 9, 2000, 127 – 158.

Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.

Richard, N. (2001). *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Editorial Cuarto Propio. Santiago.

Ricoeur, P. (2002). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Rubén, G. (1992). "La teoría de la identidad en la antropología: un ejercicio de etnografía del pensamiento moderno". En: *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 2; 69-80.

Salinas, E. y Baeriswyl, S. (2017). El Programa de Recuperación Urbana Ribera Norte; veinte años de aciertos y desaciertos de una política de proyectos urbanos en Chile. *Revista de Urbanismo*, 36, 114-130. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.5354/0717-5051.2017.45676>

Sassen, S. (2015). *Expulsiones, brutalidad y complejidad de la economía global*. Katz Editores. Buenos Aires.

Silva, A. (1992). *Imaginario urbano, Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Tercer Mundo Editores, Bogotá.

Sontag, S. (2016). *Sobre la fotografía*. Penguin Random House Grupo Editorial S.A.. Buenos Aires.

Tella, G. y Silva, R. (2010). La dimensión simbólica del territorio: análisis de caso sobre mecanismos de diferenciación de lugar. La planificación territorial y el urbanismo desde el diálogo y la participación. Actas del XI Coloquio Internacional de Geocrítica, Universidad de Buenos Aires, 2-7 de mayo de 2010. Recuperado de: <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/geo/geocritica2010/242.htm>

Tenoch, A. (2014). La imagen y la visualidad: una perspectiva semioantropológica. Letra. Imagen. Sonido L.I.S. Ciudad Mediatizada, Año VI, # 12, Buenos Aires, Págs. 97 a 106. Recuperado de: <file:///Users/cristiansaldia/Downloads/Dialnet-LaImagenYLaVisualidad-5837677.pdf>

Theodore, N.; Peck, J.; Brenner, N. (2009). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. Temas Sociales, Vol. 66. Santiago de Chile : Ediciones SUR, marzo, 2009. Recuperado de: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=898>.

Wirth, L. (1988). El urbanismo como modo de vida. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

